

LA
SANGRE
DE LAS
BESTIAS

A circular, jagged hole in a metal surface, with a red liquid dripping from it. The hole is positioned over the word 'SANGRE' in the title. The liquid is dripping from the bottom of the hole, forming a single drop.

JOEL RODRÍGUEZ ALEMÁN

*A Ayoze, Pablo y Esther,
por dar forma a la arcilla*

REGALO PARA LOS LECTORES

Si te gusta la novela negra, no te pierdas este eBook gratuito:

Los 10 clásicos de la novela negra que tienes que leer



Descargar ebook: <https://bit.ly/3en1Wx8>

Si quieres saber más sobre mí, puedes seguirme en:

- Twitter: <https://bit.ly/2zrJpkD>
- Instagram: <https://bit.ly/3c2Qh52>
- Goodreads: <https://bit.ly/2M0AnO9>
- Mi blog: <https://bit.ly/2ZEnVM1>

PRIMERA PARTE
UNA NUEVA VIDA

Capítulo 1

Hacía ya tiempo que Damián se sentía como si la vida lo hubiera agarrado por el cuello y no lo soltara. La impasible mano apretaba cada día más y más, y cuando el flujo del aire empezó a cortarse, perdió la poca paciencia que le quedaba y cruzó el umbral que conducía a la senda de los perversos.

Era muy tarde y aún estaba en la oficina. Nada lo obligaba a ello, salvo su altruismo; un compañero, que iba atrasado en su trabajo, le pidió ayuda para cuadrar unos balances. La idea de hacer horas extras que nadie le iba a remunerar, sumada a lo mucho que despreciaba a aquel «mentecato incompetente», según sus propias palabras, le atraía tanto como a un ateo ir a misa. Sin embargo, debía hacerlo, pues las consecuencias de no terminar aquella tarea o, peor aún, terminarla mal, podían ser graves no solo para su compañero, sino para la propia empresa.

A medianoche, por fin bajó del autobús que lo dejaba a unos diez minutos de su casa. A pesar de la corta distancia, lo incomodaba recorrer aquellas calles repletas de drogadictos y carteristas. Miraba a todas partes y se maldecía por haberse quedado trabajando hasta las tantas.

A mitad del trayecto, vio a un muchacho con sudadera sucia y una gorra con la visera hacia atrás apoyado en la pared de un edificio y con una lata de cerveza en la mano derecha. Sintió una repentina opresión en el pecho. Parecía que aquel chico estaba absorbido por sus propios pensamientos y no albergaba intenciones aviesas, pero eso no lo tranquilizó. Aun así, siguió su camino como si nada.

Cuando estuvo a su altura, el muchacho soltó la cerveza, que cayó con un estruendo amplificado por el silencio de la noche, y le cortó el paso. Sacó una navaja con la destreza de quien se ganaba la vida con ella, y dijo:

—La cartera. Ya.

Damián levantó las manos. Temblaban.

—Voy, voy. —Su voz sonó más aguda de lo normal—. La tengo en el bolsillo izquierdo del pantalón. Voy a sacarla, ¿vale?

—Como me la juegues, te mato.

—No, no te la juego, te lo juro.

Entregó su deshilachada cartera al atracador. Este, mientras lo apuntaba con la navaja, maniobró con la mano izquierda para examinar el contenido: solo había un billete de cinco euros y algo de calderilla.

—Joder, qué mierda.

A pesar de lo tenso de la situación, Damián encontró suficiente ánimo para ofenderse. «A ver si te crees que te vas a cruzar con Bill Gates en este barrio», pensó.

—Dame tu móvil.

Bajó esta vez la mano derecha y extrajo de su bolsillo un Nokia de los antiguos, tan solo capaz de hacer llamadas y enviar mensajes SMS.

—¿Qué mierda es esta? ¿Por qué no tienes un móvil normal como todo el mundo? Me pagarán una miseria por esta basura.

Antes de que tuviera la oportunidad de contestar, el ladrón le propinó un golpe con el reverso de la navaja que le hizo caer al suelo, y huyó a toda velocidad, insatisfecho con su botín.

Damián encendió la luz, y su estudio de treinta metros cuadrados se tiñó del color amarillento de la bombilla del techo. La pintura de las paredes estaba desconchada aquí y allá. Sobre el escritorio, enfrente de la puerta, había un ordenador portátil con una raja en la carcasa, fruto de una desafortunada caída años atrás. A su izquierda, el somier hundido por el centro comunicaba al mundo que su uso prolongado haría peligrar la espalda de su dueño. La cocina, al fondo de la estancia, estaba justo al lado del baño, lo cual le producía una sensación desagradable a la que nunca se acostumbraba.

Se dejó caer sobre la cama, apoyó los codos sobre sus rodillas y se tapó la cara con las manos. La amargura, que había esperado con paciencia su momento, lo invadió. Aun así, no lloró, tan solo se lamentó de su desgracia. Normalmente, la soledad no lo afectaba, pero aquella noche lo ahogó. No tenía con quien hablar: ni mujer, ni hijos, ni tan siquiera un simple compañero de piso. Se acordó de sus

padres, pero bajo ningún concepto acudiría a ellos en busca de ayuda.

Tras desnudarse, apagó la luz y se acostó con la vana esperanza de dormirse; sin embargo, su corazón tardaba mucho en apaciguarse y aún bombeaba la sangre a demasiada velocidad.

Reflexionó sobre el incidente, pero también sobre su propia vida. Comprendió que ser atracado en plena calle no era más que la consecuencia de un problema más grande: sus escasos ingresos económicos lo obligaban a residir en un barrio conflictivo, en un piso miserable, sin opción a renovar su mobiliario, sus aparatos electrónicos o su indumentaria. Le dolía vivir así. Había soportado mil y una penurias con encomiable estoicismo durante muchos años, pero se acabó. Tomó una determinación que ya no lo abandonaría jamás: cambiar esa situación de una vez por todas.

Capítulo 2

Dos días después, un soleado jueves de finales de verano, Damián disfrutaba de un almuerzo con su amigo Mario en la terraza de un restaurante. Cobijados por la sombra de un toldo grueso mientras bebían unas cervezas frías, mitigaban los efectos del calor. Se encontraban en una calle peatonal repleta de comercios y viandantes.

—Gracias por invitarme —le dijo Damián.

—Nada, para eso están los amigos.

Mario poseía una panza y unos mofletes prominentes, pelo rizado y nariz ancha. Contrastaba con Damián, enjuto, de apariencia frágil y con un pelo lacio tan mustio que no se despegaba de su cráneo. Ambos llevaban sandalias y sus peludas pantorrillas al desnudo.

—Mario, necesito dinero. Estoy harto de vivir donde vivo, con miedo constante a que me pase algo, en un piso que parece que se va a venir abajo a las primeras de cambio. Estoy harto de mi trabajo, estoy harto de...

—Vale, vale, lo pillo. —Su amigo, un optimista perenne, no quería ver a nadie regodeándose en sus propias miserias—. Mira, es tu día de suerte: te voy a proponer un proyecto que nos hará ganar mucha pasta.

Damián, como cabría esperar, aguzó el oído:

—Te escucho.

Mario hizo un triángulo con ambas manos y las separó lentamente al tiempo que decía:

—Inteligencia artificial.

Su gusto por la teatralidad le hizo dejar una pausa dramática, pero no logró el efecto deseado. Damián se encogió de hombros y esperó a que continuara su discurso.

—Es el futuro, chaval. Voy a desarrollar una inteligencia artificial para procesar grandes volúmenes de información y detectar patrones que ayuden a decidir sobre esos datos. No es nada revolucionario, las grandes empresas llevan ya un tiempo haciéndolo, pero eso es bueno: significa que hay gente dispuesta a pagar por algo así. Y pagarán mucho dinero, muchísimo. ¿Te das

cuenta del enorme potencial que esconde un sistema informático de ese estilo?

—Me lo puedo imaginar. —No, no podía.

—El caso es que yo me encargaré de programar ese sistema, pero necesito a alguien que se ocupe de todo lo demás: buscar clientes, el *marketing online*... En fin, ese tipo de cosas. Así que... ¿qué me dices?

El rostro de Damián expresaba una inequívoca desconfianza.

—No lo sé, haces que suene demasiado bien. No me sirven las promesas, Mario, necesito algo sólido a lo que agarrarme.

—Esto es sólido, tío, es cemento puro. Llevo diez años trabajando de programador y cuatro dedicado a la inteligencia artificial. Es un campo que domino a la perfección.

—Sí, si eso no lo dudo. Lo que me preocupa es que no nos vaya tan bien como tú crees.

—Mira lo asquerosamente ricos que son Jeff Bezos, Mark Zuckerberg y tantos otros. No se me ocurre nada que dé más dinero que la tecnología, si aprovechas la oportunidad adecuada, claro. Y la oportunidad la tenemos aquí, en bandeja de plata. Solo debemos invertir un año de nuestra vida en montar la empresa y ganar clientes; a partir de ahí, despegaremos como un cohete.

Damián envidiaba las casas de la gente adinerada que salía en televisión, las fotos de paisajes exóticos que colgaban sus conocidos en las redes sociales o las mujeres atractivas con las que se casaban las estrellas de cine o los futbolistas. Quería todo eso: las mansiones, los viajes, los lujos, las experiencias, el sexo... Y la promesa de riquezas, en especial cuando la hacía alguien con tanto entusiasmo, era irresistible.

—Qué narices, cuenta conmigo.

Al cabo del año, habían hecho pocos progresos. Sí, la empresa tenía clientes, pero eran escasos y no pagaban tanto como Mario esperaba. Ni de lejos. Ganaban lo justo para mantener el negocio en pie. A cambio, Damián consumía la totalidad de su tiempo libre en promocionar su empresa en redes sociales y en mantener conversaciones en persona, digitales o telefónicas con todo tipo de

clientes potenciales que rara vez pasaban a engrosar su raquítica cartera. La paciencia con la que encajó este exceso de trabajo era más que suficiente al principio, pero sus reservas se fueron agotando poco a poco, hasta llegar a un punto de completa desesperación. Estaba seguro de que había cometido un grave error al dejarse llevar por los pájaros que tenía Mario en la cabeza.

Debatieron sobre el devenir de la empresa una y otra vez, y el informático insistía en continuar adelante. Damián, cansado de oír siempre lo mismo, pensó en tirar la toalla, pero no lo hizo. En la sala diminuta que habían alquilado al espacio de *coworking* más barato que encontraron, con tan solo una mesa alargada blanca en el centro y dos pizarras en la pared, su socio ganó su interés con la siguiente noticia:

—Mi primo nos va a salvar del atolladero.

—¿Tu primo? —repitió Damián con un tono a medio camino entre la vergüenza ajena y el hastío.

—Tú escucha. Mi primo, que trabaja en la administración pública, me ha dicho que el gobierno ha abierto una convocatoria para adjudicar un contrato de servicios informáticos a una empresa del sector privado. Y aquí viene el bombazo: él es capaz de conseguir que dicho contrato caiga en nuestras manos. ¿Te das cuenta? Nuestros ingresos crecerán como la espuma, no solo por lo que nos va a pagar esta gente, sino por lo que podremos hacer con ese dinero. Contrataremos empleados y ganaremos más clientes y prestigio. Es la oportunidad que llevamos buscando todo este tiempo.

—Claro que sí, campeón.

—¿Qué pasa?, ¿no me crees?

—Mario, este cuento ya me lo conozco, y no me gusta cómo acaba.

—Damián, es un negocio seguro, esta vez sí. Mi primo es el jefe de la comisión que adjudica el contrato, y se las ingeniará para que nos elijan. El resultado se anuncia el mes que viene. Ten paciencia y verás como nos va viento en popa a partir de entonces.

Se sentía estúpido por volver a confiar en las estrambóticas promesas de su amigo, pero, tras un año de suplicio, bien podía aguantar un mes más.

Quedaron para almorzar en el restaurante de la misma calle peatonal de siempre. Damián estaba expectante. Mario, para generar misterio, no le había revelado aún el resultado del concurso.

—¿En qué ha quedado la cosa? —La mala cara que puso el informático fue su respuesta—. Ostras, no me digas que no nos lo van a dar.

Mario negó levemente con la cabeza, confirmando sus peores presagios.

—¡Me cago en...! Pero, tío, ¿no decías que tu primo se encargaría de que nos lo adjudicaran?

—Sí, pero se ha echado atrás. Dice que no quiere jugársela: si lo pillan interfiriendo en el proceso, lo multan, o peor aún, lo meten en prisión. Como si no lo supiera de antemano el muy idiota... —añadió con una risa cargada de frustración.

—¿Y qué hacemos ahora, entonces?

—Nada. Ya lo llamé y le insistí para que mantuviera su palabra, pero no hay manera, no lo va a hacer.

Damián quería volcar la mesa y destruir todo lo que había a su alrededor; aun así, eso no hubiera bastado para desahogar toda su rabia contenida. De pronto, algo hizo clic en su interior. Había invertido sus esperanzas en ese concurso y se negaba a renunciar a él. En vez de abrazar el conformismo de su amigo, se entregó de lleno a explorar qué acciones garantizarían que la balanza se inclinara a su favor.

—¿Y si sobornamos a tu primo?

Mario lo miró a los ojos durante unos segundos. Damián no cambió su expresión ni un ápice, confirmándole que iba en serio. El grueso informático sonrió y fijó su atención en la multitud que recorría la calle peatonal a su izquierda, al tiempo que sopesaba la pregunta. Otras personas habrían reaccionado con discursos morales, sorpresa o, incluso, escandalizándose, pero no él, que tampoco tenía reparos en saltarse la ley para lograr lo que quería.

—¿Con qué dinero? En el banco nos queda una miseria.

—Yo me encargo de eso.

Capítulo 3

Tras demasiados años de explotación laboral insuficientemente retribuida, Damián no encontró impedimentos morales para sobornar al primo de Mario con el dinero de la empresa en la que trabajaba. Cuando volvió a la oficina al día siguiente, introdujo en el libro de cuentas un pago de quinientos mil euros que urgía efectuar a un proveedor. Al enterarse de aquel pago que había surgido de la nada para una empresa de servicios de publicidad de la que nunca habían oído hablar, sus compañeros reaccionaron de la forma prevista, pero le restó importancia. Por muy burda que fuese la operación, creyó que había logrado justificarla tanto en los registros como verbalmente.

No fue así. Alguien, nunca supo quién, avisó a la policía de ciertas irregularidades en la contabilidad de la compañía, lo cual propició una investigación. Damián vivió estos días en permanente estado de zozobra. Puesto que huir no le parecía una opción razonable, ya que equivalía a confesar su culpa, actuó con normalidad y confió en que no encontraran nada sólido que lo incriminara.

Por desgracia, sí que lo encontraron, y fue detenido poco después.

La vista del contable navegó por la sala. Se hallaba sumergido en una penumbra física y emocional. Física, porque la luz, poco intensa, no alcanzaba todo el espacio. Emocional, porque no estaba allí por voluntad propia y temía por su futuro.

Se rascó el cabello, así como otras regiones de su cuerpo. Le picaba todo. «Quizá son los nervios», se dijo. Tenía motivos para estar inquieto, pues su vida había dado un giro radical en poco tiempo. Hasta las once horas y veintidós minutos de la mañana anterior, era un hombre libre que trabajaba en una compañía de seguros. Un minuto después, estaba detenido, acusado de desfalco.

Aquella era la clásica sala de interrogatorios que Damián había visto una y mil veces en mil y una películas: una mesa blanca en el centro, una silla incómoda a cada lado y paneles de cristal, detrás

de los cuales solía haber alguien escuchando la conversación. Estaba solo, podía permitirse el lujo de pensar con un poco de calma, pero no fue capaz por más que lo intentó.

Por fin, tras unos minutos que le parecieron horas, Julia, la agente de policía responsable de su caso, entró. Vestía el uniforme reglamentario y llevaba su cabello rubio oscuro recogido en una coleta. Aunque la camisa los escondía, era evidente que sus músculos estaban ejercitados al máximo. Su torso era enorme, pero lo que más asombró a Damián fue la anchura de sus brazos y de su espalda.

La agente llevaba consigo varios documentos. Se sentó delante de él, abrió la carpeta y examinó su contenido durante un instante.

—Damián Soler, se te acusa de apropiación indebida... Te gusta el dinero, ¿eh? Sobre todo, el dinero de otros.

El interpelado mantuvo la boca cerrada.

—¿Sabes cuántos años de prisión te van a caer por estos delitos?

—¿No... no debería estar aquí mi abogado?

—¿Para qué? No te servirá de nada. Esta carpeta está llena de pruebas irrefutables que te incriminan inequívocamente. Tenemos testigos que las corroboran. Un abogado aquí es una pérdida de tiempo para ambos.

Julia se marcó un farol con la última frase, pero al ver el brillo de la frente sudorosa de Damián y cómo se agitaba en su silla, había juzgado con acierto que podía recurrir a esa estratagema.

—Empecemos de nuevo —continuó—. ¿Sabes cuántos años te caerán como mínimo, sí o sí?

—No...

—Dada la cantidad de dinero que has robado y los perjuicios que supuso a la empresa, hablamos de cuatro años de cárcel.

Damián sopesó las palabras de Julia. No le parecía un castigo tan horrible, después de todo. Con un comportamiento ejemplar, tal vez saldría antes, aunque no había garantías al respecto. Por otro lado, se trataba de la condena mínima.

—OK... ¿Y cuál sería el peor caso?

—Da igual —contestó la agente mientras se inclinaba hacia él y cruzaba las manos—, porque no durarás ni un día en prisión.

«¿Intenta ponerme más nervioso aún, o va en serio?». Damián no sabía qué pensar.

—He pedido muchos favores para que te trasladen a esta cárcel, porque aquí se encuentra Leonardo Ojeda. ¿Sabes quién es?

—No, la verdad es que no.

—Dirige una banda callejera, pequeña pero peligrosa. Es un cerdo psicópata. Una vez le partió las piernas a uno de sus subordinados solo porque le trajo una cerveza de una marca que no le gustaba. Imagínate lo que te hará a ti.

—¿Y eso por qué? —preguntó, confundido.

—Porque la empresa a la que originalmente iban a adjudicar el contrato es propiedad de la hermana de Leonardo.

Damián palideció de terror al atar los cabos.

—Como es lógico —dijo Julia—, cuando la susodicha se enteró de que le habían arrebatado su cuantioso contrato, se lo hizo saber a su hermano, quien no se lo tomó muy bien.

—¿Y este señor está en prisión?

—Si no lo estuviera, te habría matado antes de que te detuviéramos.

Damián tragó saliva.

—Supongo que no tengo que explicarte lo que te hará en cuanto pongas un pie aquí dentro, ¿verdad?

—Me hago una idea.

—Excelente.

Se dibujó una amplia sonrisa en el rostro de Julia. Partía con ventaja en la negociación que estaba a punto de desarrollarse. Abrió de nuevo la carpeta y sacó una fotografía, que puso delante de él:

—¿Conoces a este tipo?

Era una pregunta retórica, pues ya sabía la respuesta.

Damián echó un vistazo. Aunque habían pasado nueve años, sus rasgos físicos no habían cambiado demasiado. Estaba un poco más gordo, pero no tenía ninguna duda de quién era.

—Sí, desde que éramos niños.

—¿Cómo se llama?

—Lorenzo Méndez.

—¿A qué se dedica este señor?

—Es miembro de la familia Méndez.

—Correcto. La familia Méndez, nada menos. El pez más gordo de esta pecera. Tienen a toda la ciudad bajo su control, incluidos políticos, empresarios y hasta la policía. Son invulnerables. No podemos mover ni un dedo sin que los muy hijos de puta se enteren de lo que tramamos.

—¿Está usted sugiriendo lo que creo que está sugiriendo?

—Quiero que te infiltres en la familia Méndez y me ayudes a destruirla desde dentro.

Damián agitó la cabeza de un lado al otro, al tiempo que se reclinaba sobre su silla.

—No, no, no, no, no puedo hacer eso...

—Al contrario, solo tú puedes. Tu conexión con Lorenzo te otorga un privilegio único. Ya sé que no habéis hablado en años, pero me consta que erais muy amigos en su día, y explotaremos eso. Vas a retomar el contacto con Lorenzo...

—Espere, espere...

—Shhh, no he terminado. Como decía, vas a retomar el contacto con Lorenzo. Lo vas a convencer para unirse a los Méndez y, una vez estés dentro, me pasarás toda la información que te pida: fotos, vídeos, documentos, cotilleos de pasillo... Cualquier cosa que sirva para enchironar a esos sucios hijos de puta. ¿Entendido?

—No, no puedo hacer eso, es una locura. No estoy hecho para ser un mafioso. Seguro que meteré la pata y acabarán arrojándome al océano con zapatos de cemento. ¡No duraré ni dos días en la mafia!

—Ya es el doble de lo que durarás en chirona.

Ahí estaba el quid de la cuestión. Julia se reclinó en su asiento mientras Damián sopesaba sus opciones. Por mucho que lo aterrorizara la idea de infiltrarse en una organización criminal, no podía plantarle cara a Leonardo Ojeda. No sabía pelear y, aunque supiera, aquel delincuente lo superaría en número gracias a los secuaces que, con toda seguridad, lo acompañaban en prisión. Su muerte estaba poco menos que garantizada. En la mafia, en cambio, contaba con algo parecido a un amigo. A pesar de haber cortado los lazos con el hombre de la foto, existía la posibilidad de recuperarlos. Tal vez, si llegaba a unirse a los Méndez, Lorenzo lo ayudaría a sobrevivir de una forma u otra.

—Muy bien, usted gana. Solo tengo una pregunta.

—Tú dirás.

—Mi socio, Mario, ¿corre peligro?

—A tu socio no lo han trasladado, así que no debe preocuparse de Leonardo.

Damián respiró aliviado.

—Menos mal.

Julia volvió a inclinarse hacia delante y lo miró fijamente a los ojos.

—Puesto que vamos a trabajar juntos en la que posiblemente sea la misión más importante de nuestras vidas, creo que es justo que seamos honestos el uno con el otro, ¿verdad?

Damián se limitó a asentir.

—Voy a dejarte una cosa clara, Damián: solo te ofrezco este trato porque conoces a Lorenzo Méndez. Podría abandonarte a tu suerte para que Leonardo se ocupe de ti, pero tienes en tus manos la posibilidad de dismantelar a la familia mafiosa más temible que existe, y por mis reverendos ovarios que voy a aprovecharla. Juntos podemos exterminar las ratas que infestan esta ciudad, y por ese motivo te garantizo que cooperaré contigo durante toda la operación. ¿Harás tú lo mismo por mí?

¿Qué otra opción tenía? Desde luego, en aquel momento no se le ocurrió ninguna. Por ello, su respuesta fue:

—Qué remedio.

Capítulo 4

El pasado. Un monstruo del que Damián había huido, pero que volvía a su vida con fuerzas renovadas.

Una semana después, se encontraba en la cafetería Amores. Según Julia, era una franquicia propiedad de Luis Méndez, el jefe absoluto de la familia. Damián estaba sentado en una mesa junto al escaparate, y sus ojos no dejaban de acechar la calle, en busca de Lorenzo, quien aún no había hecho acto de presencia. Había cometido el error de pedir un café solo para amenizar la espera y, tras terminarlo, una súbita acumulación de energía se sumó a la intranquilidad previa y amenazó con hacerlo explotar como un globo que se ha inflado demasiado. Intentaba concentrarse en cualquier otra cosa, lo que fuera, de modo que echó un vistazo más a su alrededor. Era un martes por la mañana y había poca gente en el local. En el suelo, manchas de grasa, y en su mesa, migas de pan del comensal anterior. De fondo, oía la canción de moda en la radio.

No dejaba de pensar en lo que estaba a punto de acontecer. Nueve años después, volvería a ver a Lorenzo. Sentía que aquello era una trampa y que, en cuestión de segundos, alguien se le acercaría por la espalda y le rebanaría el cuello. Era una sensación visceral, incontrolable y muy incómoda. Sus latidos iban a mil por hora. Se habría marchado de allí a la velocidad del rayo, pero se quedó. Al fin y al cabo, no olvidaba ni por un momento su acuerdo con Julia. Aunque su muerte a manos de su antiguo amigo era uno de los posibles finales de ese encuentro, en la cárcel estaba garantizada.

Cuando estaba a punto de perder la paciencia, un Chrysler 300C negro, elegante y pulcro, aparcó en la acera de enfrente. El conductor se bajó, abrió la puerta trasera, y de allí salió un hombre vestido con un polo verde con manchas de comida, el pelo desaliñado y una panza prominente. Cruzó la calle sin mirar y entró.

Escaneó la cafetería con la mirada y se topó con los ojos de Damián, que se habían clavado en su rostro desde que salió del coche. Se levantó por instinto, pero no sabía cómo proceder. Prefería que Lorenzo hiciese el primer movimiento, fuera cual fuera.

Este mantuvo un semblante aséptico mientras se acercaba a él. Se detuvo a dos palmos y lo miró fijamente a los ojos. Damián, por su parte, no se atrevió a hacer ningún gesto. El silencio se volvía cada vez más angustioso para él, y unas gotas de sudor cayeron por sus mejillas. Se sentía como si toda la cafetería estuviera expectante por lo que pudiera pasar.

«Tendré que hablar yo, o nos quedaremos así para siempre», pensó al ver que Lorenzo no mostraba intención de decir ni hacer nada. Tosió ligeramente, y cuando estaba a punto de abrir la boca, Lorenzo se le adelantó:

—Pero qué feo eres, cabrón.

Acto seguido, se rio de manera estentórea y lo abrazó. Damián esbozó una sonrisa que intentaba ser lo más real posible para ocultar cómo había pasado del pánico inenarrable al alivio más absoluto.

—Anda, vamos a comer algo, que tengo hambre.

Se sentaron a la mesa y, a los pocos minutos, una camarera los atendió:

—¿Qué queréis, chicos?

—Agua natural sin gas —dijo el contable.

—Tu número de teléfono —dijo Lorenzo.

—Me temo que eso no está en el menú, caballero —contestó la camarera con una expresión neutral, aunque Damián detectó ira contenida.

—Pues entonces, un bocadillo de tortilla, guapa.

Lorenzo le miró el trasero mientras se alejaba.

—Está buenísima la cabrona, ¿eh?

—Supongo que sí.

—¡Supongo, dice! ¿Tienes la sangre de horchata o qué?

A Damián no le apetecía perder el tiempo en conversaciones que no llevaban a ninguna parte, pero no le quedaba más remedio. Debía mostrarse amistoso con Lorenzo, máxime después de nueve años sin siquiera dirigirle la palabra.

—No es eso, es que... Sí, es una chica muy bonita, qué duda cabe.

—¡Claro, tío! Para un polvo rapidito...

—¿Rapidito? Creía que tenías más aguante.

Se rieron y bromearon hasta que la camarera regresó. Tras servirles el agua y el bocadillo, abandonó la mesa de inmediato.

—Me sorprendió mucho tu mensaje —dijo Lorenzo—. Después de todo este tiempo, pensaba que no nos veríamos nunca más.

Damián se había traído la respuesta preparada de casa.

—Yo mismo tenía mis dudas sobre si era buena idea. Pero aún te debo una disculpa por haberme ido tan repentinamente.

—No me debes ninguna disculpa, sé por qué te marchaste.

—Ah, ¿sí?

—Descubriste que trabajo para la mafia.

En ese momento, más que nunca, agradeció que Julia lo obligara a ensayar aquel encuentro. Mostró reticencias al principio, ya que se sabía elocuente y gran improvisador y consideraba que no necesitaba practicar nada. Sin embargo, jamás había puesto en práctica su retórica en situaciones de vida o muerte. Tras el miedo inicial y ver cómo la charla derivaba hacia asuntos espinosos, comprendió la importancia de aquellos ensayos.

—Cierto. Por eso estoy aquí, quiero disculparme. Era joven y un poco tonto, la verdad. No supe cómo reaccionar, y lo hice de la peor forma posible...

—Llegas nueve años tarde, pero acepto tus disculpas.

—Hiciste un gran trabajo ocultándolo, ¿sabes? No me enteré hasta bien entrado en la veintena.

—Tampoco te creas. Cuando solo llevaba unos meses como miembro de la familia, ya circulaban rumores sobre mí. Me daba igual que me vieran hacer el cafre. Por eso me pillaste dándole una paliza a aquel gilipollas...

Lorenzo aludía al incidente que tuvo en un local nocturno al que acudió con la que por aquel entonces era su novia. Un desconocido, que no tenía la menor idea de quién era la chica a la que cortejaba, se vio de repente arrastrado hacia la calle. Lorenzo le estampó la cara contra una farola y le propinó patadas y puñetazos hasta que le hizo perder el conocimiento. Acto seguido, cogió en brazos el cuerpo inerte, lo metió en el maletero del coche negro que apareció en escena a los pocos segundos, y se marchó.

Damián había presenciado el suceso, y su mirada se cruzó con la de su amigo por un instante. Cayó en la cuenta de que los rumores

sobre él eran ciertos: solo un mafioso apaleaba a alguien así y lo metía en un maletero. Dio media vuelta y corrió a toda velocidad sin mirar atrás. Pocas horas después, hizo las maletas y se montó en un tren, rumbo a otra ciudad.

—Si aquella mierda ocurriera hoy —concluyó Lorenzo—, no habría ni un solo testigo. Lo haría con la más absoluta discreción.

—Ya... —Damián no sabía qué más decir.

—Te llamé varias veces para explicarte que no tenías nada que temer, pero como no me cogías el teléfono, desistí. Me tocaste mucho los cojones, ¿sabes? Estuvo muy feo echarme de tu vida de esa forma.

—Lo siento.

—Da igual. Me puse en tu lugar y pensé: «Qué coño, seguramente yo habría hecho lo mismo».

Le sorprendió el buen humor que exhibía Lorenzo y la ausencia de rencor en sus palabras. Para ser un mafioso, tenía buen corazón. Otras personas, en teoría más bondadosas, no habrían reaccionado igual. Incapaz de pronunciar palabra, dio un trago a su vaso de agua, y Lorenzo aprovechó para preguntar:

—Entonces, ¿qué? ¿Has venido solamente a disculparte?

Había llegado el momento que esperaba. Se suponía que debía pedirle a su antiguo amigo que le permitiera unirse a la familia Méndez. Sin embargo, no pudo. Le parecía un grave error mencionar ese tema justo en su reencuentro, tras nueve años. Julia le había presionado para que lo hiciera, pero optó por continuar rescatando del olvido su amistad.

—Me gustaría recuperar el contacto. Cometí un error y quiero compensártelo.

Sabía que su amigo agradecía que la gente le hablara de manera directa, sin insinuaciones o ambigüedades. Si el Lorenzo que tenía delante era como el de antaño, con toda probabilidad lo invitaría a cualquier cosa que se le ocurriera.

—Eso suena bien. Vente este sábado a casa de mi padre. Va a celebrar su gran fiesta de cumpleaños y no le importará que aparezcas por ahí. Puede que incluso se alegre de verte.

—¿Tú crees? ¿No estará resentido conmigo por lo que te hice?

—No lo bastante como para quererte muerto.

—Por favor, no bromees con mi muerte.

—No es una broma, Damián, y ahí está la gracia.

Lorenzo se echó a reír. Damián también, aunque con menos entusiasmo.

Poco después de que el mafioso se despidiera, montara en su Chrysler y abandonara la zona, Damián anduvo hacia otro coche aparcado no muy lejos de allí. Abrió la puerta del copiloto, se sentó, cerró y resopló con fuerza.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó Julia.

—Quiere que vaya a una fiesta que celebra en su casa este sábado.

—¿Significa eso que te ha permitido unirme a la familia?

—No. Significa únicamente lo que te acabo de decir.

—¿Pero le has dicho que te quieres unir?

Damián respiró hondo antes de responder:

—No, no le he dicho nada. No me ha parecido buena idea...

—Ah, ¿no? —El enojo era palpable en la voz de Julia.

—Hace nueve años que no veo a este tío, ¿vale? No puedo quedar con él después de tanto tiempo y pedirle de buenas a primeras que me deje unirme a su mafia. ¿Cómo crees que se lo tomaría? ¿Qué clase de amigo sería yo? Toda esta operación se iría al garete si hiciera eso.

—No me gusta que me intenten engañar, Damián.

—Ya, ya lo sé, pero tienes que confiar en mí, ¿vale? Quiero que esto salga bien tanto como tú, ¿OK? No me arriesgaré a cometer ningún error.

La agente pareció comprender la situación y se concentró en el tráfico a su izquierda. Aun así, exhaló con ímpetu, lo cual denotó su claro malestar. Tras unos segundos de silencio incómodo, preguntó:

—Y en la fiesta del sábado, ¿harás lo que en teoría ibas a hacer hoy?

—Si se me presenta la oportunidad, sí.

Capítulo 5

Tres días después, con los colores de la madre naturaleza en su punto álgido, Julia y Sergio, su novio, recorrían un camino de montaña que prometía una vista esplendorosa de la costa al final. Si bien había vegetación aquí y allá, el paisaje era rocoso en su mayor parte.

Habían caminado durante una hora y media. Mientras que el ritmo de la chica no había descendido, el chico llevaba un rato rezagado.

—¡Venga, bomboncín, que ya queda poco! —bromeó Julia.

—Es la última vez... que propongo... hacer senderismo.

Los últimos minutos fueron un mero trámite para Julia, pero agónicos para Sergio. Al fin llegaron a la ansiada cima. La agente se acercó hasta el borde del precipicio y se deleitó con la vista de aquella bahía de un modesto kilómetro de extensión, en cuyo centro se hallaba un pequeño pueblo. A los lados, sendas arboledas se erguían orgullosas, como espectadoras privilegiadas del sereno mar. Mientras tanto, su pareja se había sentado en un banco de piedra cercano, aferrado con fruición a su botella de agua, que vació en un instante.

—¿Qué, mejor? —preguntó Julia.

—Sí, pero estaré mejor aún después de comer. Toma.

Sergio le pasó un bocadillo y un zumo. Tras el primer mordisco, él puso una mueca de disgusto.

—Me he pasado con la mantequilla.

—Me alegro, a ver si así engordas algo, que estás en los huesos.

—¿Qué eres ahora, mi madre?

—Si fuera tu madre, no te habría dejado salir de casa sin un bocadillo extra.

Ambos rieron y continuaron almorzando. Julia quería disfrutar del silencio del lugar, solo roto por el murmullo del viento y los gorjeos de los pájaros. Miró su bocadillo; era de jamón serrano, queso curado de oveja y mantequilla. A esas horas, Damián debía de encontrarse ya en la mansión de Luis Méndez. Era probable que se estuviera dando un festín. Ese pensamiento inesperado hizo que su expresión se volviera más seria, y a Sergio no le pasó inadvertido.

—¿Ocurre algo?

—Nada, da igual, preferiría no arruinar el día hablando de trabajo.

—No lo arruinas, mujer. Verás como te sientes mejor si me lo cuentas.

Julia se maldijo por revelar los sentimientos que pretendía esconder aquella mañana. Aun así, era una conversación que no podía evadir para siempre.

—¿Recuerdas lo que te dije a los dos meses de salir juntos?

—Claro que me acuerdo. ¿Recuerdas lo que te respondí yo?

—Sí, pero una cosa es imaginárselo y otra muy distinta es vivirlo, y ahora es el momento de la verdad. Sé que llevamos muchos años juntos, pero...

—Para, para, para —la interrumpió Sergio—, no sigas. No voy a romper contigo, no quiero romper contigo de ninguna manera. Te lo dije entonces y te lo repito hoy: si te metes en la boca del lobo, yo me meteré contigo, ¿vale? No te abandonaré, nunca.

Los ojos de Julia se humedecieron, por más que intentara evitarlo.

—¿Aunque tu vida esté en riesgo? —preguntó con un ligero temblor en la voz.

—Mi vida no vale nada si no puedo vivirla contigo.

Una lágrima brotó de los ojos de la agente, quien necesitó un momento y unos cuantos besos para recomponerse.

—Entonces —dijo Sergio, una vez que las aguas volvieron a su cauce—, ¿va en serio? ¿Vas a ir a por los Méndez?

Julia le puso al corriente de la operación.

—Guau. ¿Y estás haciendo todo esto tú sola? ¿De verdad que no hay ningún otro policía que te ayude?

—Hay unos pocos compañeros que son de confianza. Los conozco desde que me uní al cuerpo y sé a ciencia cierta que quieren librarse del control de los Méndez tanto como yo. Gracias a ellos, cerré el trato con Damián sin que el resto de la policía se enterase de lo que estoy tramando. Aunque prefiero no involucrarlos más de lo estrictamente necesario, al menos por ahora, que estamos empezando y puedo llevarla yo sola.

—Ya veo.

Por un instante, ambos trataron de desviar su atención a los sonidos de la naturaleza, pero sin éxito. Las palabras que acababan

de intercambiar pesaban como losas de granito sobre sus hombros, y sus pensamientos gravitaban hacia ellas sin remedio.

—Oye —dijo Sergio—, nunca me has contado por qué estás tan obsesionada con los Méndez. Ya sé que es un tema tabú y que no quieres hablar de ello, pero, después de tantos años, si este es el momento de la verdad, creo que me merezco saberlo.

Por más que le doliese, Julia estuvo de acuerdo: debía contarle su mayor secreto.

—Tenía diez años cuando ocurrió. Nos dejaron salir del colegio una hora antes porque uno de los profesores se había puesto enfermo. Al llegar a la puerta de mi piso, oí un ruido aterrador, como si estuvieran torturando a alguien al otro lado. Pensé que sería la tele o algo así, por supuesto, no me imaginaba que eso fuese real... Abrí y, al entrar en el salón...

Se le atragantaron las palabras. Sergio no la presionó, dejó que se tomara su tiempo.

—... al entrar en el salón, vi a mi padre amordazado y con las manos atadas a la espalda. Un señor lo sujetaba para que no corriera a ayudar a mi madre, que estaba...

Le sobrevino una angustia que la enmudeció. Respiró hondo y, cuando se sintió preparada, continuó su relato:

—... estaba desnuda de cintura para abajo, también con las manos atadas y con mordaza. Y... un matón de los Méndez la estaba violando, mientras el otro obligaba a mi padre a verlo.

—Qué horror —dijo Sergio.

—En cuanto aparecí, todo el mundo se fijó en mí. La mirada que me echaron mis padres era de absoluta desesperación. Jamás la olvidaré. Aquellos cerdos tenían clarísimo que no debían dejar testigos, aunque se tratara de una niña de diez años. Quise reaccionar, pero recibí un golpe en la cabeza y perdí el conocimiento. En la casa había un tercer hombre que no llegué a ver. O me dieron por muerta, o no se atrevieron a consumir el asesinato de una niña. Sea como fuere, desperté al cabo de un rato y... mis padres aún estaban ahí, sobre un charco de sangre. Los habían degollado.

Sergio, impactado por el relato de su novia, se mantuvo en silencio hasta que le vinieron las palabras:

—Julia, no sé qué decir... No puedo ni imaginarme lo que has sufrido...

—La policía me dijo que aquellos matones trabajaban para los Méndez y que irían a por ellos, pero nunca lo hicieron. Años más tarde, cuando me uní al cuerpo, al fin averigüé que mi padre se había negado a aceptar sobornos de los Méndez. Había montado su propio partido precisamente para acabar con ellos, porque sabía que los otros políticos ya estaban en su bolsillo, y los Méndez no podían tolerar eso.

Aquello encendió una chispa en la memoria de Sergio, que de pronto recordó un caso que fue muy mediático.

—Un momento, ¿tu padre era Juan Antonio Quevedo, el concejal?

—El mismo.

—¡Joder, vi el suceso en la tele hace años! No tenía ni idea, Julia, qué tragedia.

—Espero que me perdones por no habértelo dicho antes. Por más que lo intentaba, no era capaz.

—No hay nada que perdonar, cariño, de verdad.

La agente le dio un último trago a su zumo y concluyó su relato:

—Al final, cerraron el caso de mis padres sin ningún culpable. Y lo archivaron como si nada hubiera pasado. Cuando indagué por mi cuenta, me dijeron que no hiciera preguntas si sabía lo que me convenía.

—Qué cabrones.

Se hizo el silencio durante un instante.

—Por eso estoy tan obsesionada con los Méndez. No voy a parar hasta que cada uno de esos hijos de puta esté entre rejas.

Sergio la rodeó con su brazo derecho y le dijo:

—Y yo estaré a tu lado todo el tiempo, hasta que la muerte nos separe.

Capítulo 6

Damián esperaba a Lorenzo en la puerta de la misma cafetería donde se habían reencontrado. El mafioso sugirió recogerlo allí, ya que su amigo no podía adentrarse ni un mísero milímetro en los dominios de Luis Méndez si no iba con alguien que respondiera por él.

El mismo Chrysler del otro día aparcó justo delante. El cristal trasero de la izquierda bajó y Lorenzo se asomó desde su asiento.

—Vámonos, átomos —le dijo.

A Damián le sorprendió la referencia a *Los Simpson* y subió al vehículo riendo. Por dentro impresionaba tanto como por fuera: tapicería de cuero, un panel en forma de tableta, con el que se controlaba todo el coche, y un equipo de sonido de última generación, donde sonaba música de Los Chunguitos por deseo expreso de Lorenzo.

—Menudo cochazo —dijo Damián, incapaz de contenerse.

—Es la hostia, ¿eh? —dijo el mafioso, con sonrisa de suficiencia—. Me recomendaron que me comprara uno autónomo, de esos que se conducen solos, pero no me fío. Seguro que me acaba estrellando contra alguien. Además, mi chófer también hace de guardaespaldas, ¿a que sí, Alberto?

—Sí, señor —fue la lacónica respuesta de Alberto.

—Te vas a cagar cuando veas el pedazo de mansión que tiene mi padre, no como la casucha de mierda en la que vivía hace años.

Damián recordaba muy bien su antiguo hogar: un chalé de tres plantas y con piscina, ubicado en la zona más distinguida de la ciudad.

—A mí no me parece que estuviera tan mal...

—¡Que sí, hombre! Es basura comparada con la de ahora.

Optó por no discutir, no porque temiera una reacción airada de su amigo, sino porque no había visto su residencia actual y no podía opinar.

Durante los cuarenta y cinco minutos de trayecto en coche, se pusieron al día. Por fortuna, Lorenzo estuvo más interesado en contarle cómo le había ido en la mafia que en indagar en su vida.

Damián descubrió así que fue él quien solicitó a su padre entrar en la familia, y Luis Méndez aceptó de inmediato. Creía con fervor que su hijo pequeño era el hombre idóneo para perpetuar su legado, aunque Roberto, el mayor, ya era un miembro activo y valioso.

El vehículo salió de la ciudad y recorrió una carretera poco transitada, en mitad de las verdes praderas. Después, giró a la izquierda y avanzó por un camino estrecho, desde donde se divisaba la mansión del jefe.

—A mi padre le gusta vivir en las afueras, pero a los capitanes nos conviene estar cerca de nuestros negocios. Tenemos unos chalés de puta madre en la zona rica de la ciudad. Allí estamos Martín, Roberto y yo.

Damián conocía a Roberto, aunque no demasiado. Había coincidido con él en alguna que otra ocasión años atrás. Lo recordaba como un hombre de pocas palabras y arisco en el trato. Según Lorenzo, era así con los desconocidos, pero se mostraba más afable con su círculo de amistades. De Martín, no sabía nada.

Llegaron al final del camino. Un seto de gran altura rodeaba el vasto jardín de la mansión de Luis Méndez. En la verja de hierro había dos guardaespaldas, uno a cada lado. En cuanto verificaron la identidad de los ocupantes del vehículo, les dieron paso. Tras aparcar a la derecha de la entrada, se encaminaron hacia la fiesta, que tenía lugar en el jardín de detrás.

Damián comprendió pronto que Lorenzo no exageraba al desdeñar su anterior residencia. La mansión ocupaba mil quinientos metros cuadrados divididos en dos pisos. A esto se le sumaba el patio exterior, con una fuente de agua en el centro, flanqueada por dos hileras de columnas que daban soporte a una terraza a la que se accedía desde el segundo piso y delimitaban un pasillo en forma de U, por el que se podía caminar a la sombra.

—Y decían que el crimen no compensaba... —dejó escapar Damián.

—¿Quién dijo eso? —preguntó su amigo con tono jocoso.

—Algún mentecato.

Lorenzo rio.

A medida que se acercaban a la parte trasera, la algarabía aumentaba. Al llegar, vieron una marea de gente apiñada alrededor

de las mesas circulares repartidas de manera armoniosa por el jardín. Los camareros se apresuraban para mantener un flujo constante de canapés y bebidas. Había personalidades ilustres de todo tipo: políticos, empresarios, presidentes de clubs de fútbol, actrices, modelos, músicos, escritores, deportistas...

—Guau... —Damián no salía de su asombro. Allí estaban congregados sus ídolos de toda la vida, tanto artísticos como sexuales.

—¿Qué pasa?

—Nada, es que suelo ver a esta gente en la tele o en mi ordenador, y ahora que los tengo delante, estoy alucinando.

—Ah, sí. Bueno, llega un punto en el que ya te dan igual.

—¿Y a ellos no les preocupa que los...? —Damián se mordió la lengua para no ofender a su amigo.

—¿Que los vean con nosotros? —dijo Lorenzo.

El contable se disculpó, pero respiró con alivio al comprobar que se lo tomaba con humor.

—A nadie le preocupa eso. Estamos en una villa privada. Estos eventos jamás los haríamos en la ciudad, con tantos ojos y oídos indiscretos. Anda, vamos, que ahí está mi padre.

Lorenzo le dio una palmadita en el brazo con el reverso de la mano para que lo siguiera. No muy lejos de donde se encontraban, Luis Méndez hablaba con el presidente de la compañía eléctrica de la que era uno de los máximos accionistas. Trataba de averiguar por qué sus acciones habían bajado en los últimos meses. No le preocupaba el dinero, que no le faltaba ni le faltaría jamás, pero le gustaba presionar a sus subordinados para que no se relajaran.

Al ver a Lorenzo, el jefe de la familia se despidió de su interlocutor diciéndole que continuarían la conversación más tarde.

—¡Hijo mío! —exclamó al abrazarlo—. Creía que ya no harías acto de presencia.

—Sí, hombre, sí, ¿cómo no voy a venir? Fui a buscar a Damián, ¿te acuerdas de él?

Luis Méndez dirigió su mirada al contable. Sin embargo, este seguía ensimismado con la suntuosidad de la mansión, la belleza del jardín, los prestigiosos invitados comiendo de la mano de la

mafia... Lorenzo se vio obligado a sacarlo de su abstracción de nuevo:

—¿Estás en Babia o qué, tío?

—¿Eh...? —Miró a su amigo y luego a su padre—. Ah, sí, perdona. Se me había ido la cabeza a otra parte.

No cabía duda de que el anciano calvo y trajeado que tenía ante sí, enclenque pero de porte señorial, era poderoso, tal vez el hombre más poderoso de la ciudad. A pesar de depender de un bastón para mantenerse en pie, su mirada parecía forjada en acero. Damián la aguantó como pudo, pero no le resultó fácil.

—Ya te veo, ya, golfo —dijo Lorenzo—. Luego te presento a quien tú quieras, pero empecemos por mi padre. ¿Te acuerdas de él?

—Claro que me acuerdo. Me alegro de volver a verlo, señor Méndez.

—Pues yo no sé si debemos celebrar tu regreso. Desapareciste sin dejar rastro, y mi hijo ignoró qué había sido de ti durante años. Ahora apareces aquí, en mi sacrosanto hogar, después de casi una década, como si no hubiera pasado nada.

Damián no tenía previsto que se lo dispararan a bocajarro a las primeras de cambio, pero repitió la respuesta que le había dado a Lorenzo, la manera más inofensiva de decir la verdad.

—Lo sé, señor Méndez, y le pido disculpas por ello, del mismo modo que se las he pedido a su hijo. Era joven y estúpido, actué sin pensar. Por eso estoy aquí, para enmendar mi error.

—Ya veo... ¿Y qué has estado haciendo durante todo este tiempo?

Sabía que tarde o temprano lo obligarían a dar explicaciones. Por eso, había ensayado a conciencia la respuesta con la ayuda de Julia.

—Conocí a una chica colombiana, nos enamoramos y nos fuimos a vivir a su tierra.

—¿Cuál es el nombre de la chica?

—Viviana.

—¿Apellido?

—Gómez.

—¿De qué ciudad?

—Cali.

—¿Os fuisteis a vivir a Cali, entonces?

Lorenzo movía la cabeza como si estuviera disfrutando tranquilamente de un partido de tenis.

—No, nos fuimos a Bogotá.

—¿Por qué?

—Por trabajo.

—¿Ella tenía trabajo en Bogotá?

—Sí, señor.

—¿Y a qué se dedicaba?

—Es diseñadora de páginas web. —El interrogatorio estaba sacándolo de quicio, pero lo disimuló con maestría.

—¿En qué empresa?

—Trabajaba por su cuenta.

—¿Tenía su propia empresa?

—Sí, señor.

—¿Cómo la conociste?

«Déjame tranquilo ya, por Dios», pensó, cada vez más nervioso. Temía cometer un error en algún momento.

—Estudió diseño aquí.

—¿Por qué aquí y no allá?

—Ella piensa que las escuelas de diseño son mejores aquí que allá.

—¿Por qué no ha venido ella contigo?

—Hemos roto.

Luis Méndez no había dejado de escudriñar el rostro de Damián durante la retahíla de preguntas que le escupió a la cara, pero como no detectó ni una sola muestra de nerviosismo o de que ocultase algo, se dio por satisfecho. Confiaba en su habilidad para identificar mentiras, la había refinado con tesón durante sus largos años al frente de la familia. No contaba con que en la senectud había perdido perspicacia.

—Bienvenido a mi humilde morada, Damián.

«Humilde, dice», pensó este. El anciano se despidió de su hijo y caminó en dirección a la mesa más próxima.

—No le tengas en cuenta el interrogatorio. Mi padre no se fía de casi nadie —dijo Lorenzo.

—Me lo imagino, no te preocupes.

—Anda, vamos a saludar a Roberto.

El otro hijo de Luis Méndez se encontraba en la mesa que hacía las veces de bar, sirviéndose una copa de vino. No tuvo más remedio que estrechar a Lorenzo entre sus brazos, ya que este le hizo poco menos que un placaje.

—¡Cuidado, animal, que me tiras el vino encima! —lo increpó.

—¡Pues te echas más, mira qué problema! Ey, ¿te acuerdas de Damián? Ha venido de visita.

Roberto no había cambiado apenas. Seguía teniendo un aspecto físico que intimidaba: mandíbula cuadrada, pelo corto pero poblado y bien peinado, una barba recortada perfectamente y expresión severa. Vestía con la misma elegancia que entonces, escogiendo con esmero el traje para cada ocasión.

Igual que su padre, clavó la mirada en los ojos de Damián, que comenzaba a temer que se le notara el nerviosismo.

—Tú eres el que se piró de un día para otro, ¿no? —dijo Roberto.

—Sí, bueno...

—¡Sí, pero ha vuelto! —dijo Lorenzo—. Tú y yo vemos con frecuencia a gente a la que les suda la polla nuestra amistad.

Damián no dejaba de sorprenderse con la vehemencia con la que Lorenzo lo defendía. En su fuero interno, estaba agradecido: eso facilitaría su misión.

—Tú sabrás cómo eliges a tus amistades —dijo Roberto. Acto seguido, regresó con su acompañante, que le hacía señas desde lejos para que fuera.

—Bah, ni caso —dijo Lorenzo, quitándole hierro al asunto.

Lorenzo fue requerido por una miríada de invitados, y Damián disfrutó de cierta libertad para integrarse en la fiesta. Sin embargo, rodeado de personalidades ilustres, se sentía como un gato que trataba de codearse con una manada de leones. Se decía a sí mismo que eran seres humanos, igual que él, y que sus miedos eran infundados, pero no se atrevió a hablar con ellos. Al final, optó por entablar conversación con los pocos matones de los Méndez que Lorenzo tuvo tiempo de presentarle. Dado que iba a formar parte de la familia, valía la pena hacerse amigo de ellos cuanto

antes. Mientras tanto, Lorenzo iba de acá para allá, siempre con una copa llena en la mano. Damián comprendió que el alcohol lo haría más receptivo a su propuesta, pero, si bebía en exceso, tal vez cayera en saco roto.

Sobre las cinco de la tarde, la fiesta decayó y la mayoría de los invitados se marcharon. Damián aprovechó para llevarse a su amigo lejos de los que quedaban. Se acostaron en sendas tumbonas dispuestas enfrente de la piscina, en el lado oeste del seto que rodeaba el jardín. Aunque hacía calor, era soportable.

—Lorenzo...

—Dime.

Desconocía cuál era la estrategia óptima: conversar hasta que resultara propicio sugerir una posible unión a la familia, o soltar la bomba sin preámbulos. Consideró que Lorenzo valoraría más la honestidad directa y se decantó por lo segundo:

—¿Qué tengo que hacer para trabajar con los Méndez?

Lorenzo dejó escapar una risilla sarcástica.

—Nada, hombre, ahora te damos una pistola y te vas por ahí a pegar tiros...

Damián se mantuvo en silencio, con la mirada fija en su amigo y sin alterar su inexpresivo semblante. El mafioso irguió la cabeza:

—Espera, ¿vas en serio?

—Totalmente.

—¿Tú, Damián Soler, quieres trabajar para la mafia?

—Sí.

—¿Por eso has vuelto, cabrón? —gritó mientras se incorporaba para sentarse. Damián hizo lo mismo—. Te has pasado nueve años fuera de mi vida, no te has esforzado ni lo más mínimo en mantener mi amistad, ¿y ahora me pides unirte a la familia, así por las buenas?

—Sí, te entiendo, pero...

—¡Tú qué vas a entender! No, si al final Roberto va a tener razón. Vaya mierda de amigo. ¿Y para qué coño quieres unirte, si se puede saber?

Damián respiró hondo antes de contestar:

—Mi vida se ha ido al garete, Lorenzo. Los últimos cuatro años, he pasado once horas diarias en una empresa, de lunes a sábado, y

encima mi novia trabajaba los domingos, así que apenas la veía. Necesitaba el empleo porque teníamos que pagar una hipoteca enorme por un piso horrible de veintiséis metros cuadrados. Aun así, un día me cabreé tanto con mi jefe que dejé la empresa, pero entonces mi novia... —Aquí pausó su sarta de mentiras, volvió a respirar hondo y continuó—. Mi novia murió en un accidente de tráfico. Me vi de repente sin trabajo, sin pareja y con una deuda que no podía pagar. Y tomé una decisión: no volver a vivir en la mediocridad. Quiero un gran chalé, ganar más dinero del que sea capaz de gastar, acostarme con todas las tías que me apetezca y no rendirle cuentas a nadie.

La elocuencia con la que despachó este discurso provenía nuevamente de los ensayos con Julia. A pesar de todo, Lorenzo continuaba molesto:

—¿Y se supone que debo sentirme mal por ti?

—¡Pues sí, caray, soy tu amigo! —El capitán se disponía a interrumpirlo, pero Damián se adelantó—. Sí, ya lo sé, soy un amigo desastroso, pero sigo siendo tu amigo..., ¿no?

No estaba orgulloso de recurrir a un chantaje emocional tan barato, pero no le quedaba más remedio. En su fuero interno, respiró aliviado por tener que lidiar con Lorenzo. Hacerlo con Roberto, por ejemplo, habría sido como hablar con la pared.

El mafioso inhaló y exhaló aire con vigor, intentando tranquilizarse mientras perdía su mirada entre las tranquilas aguas de la piscina:

—Eres una puta mierda de amigo, que lo sepas.

Esa fue su forma de decir que hablaría con su padre.

Capítulo 7

En otros tiempos, Damián habría logrado relajarse gracias al murmullo del viento y de la fauna local. En aquel momento, sin embargo, estaba perdido en el eco de la tensión.

Habían pasado dos días desde la fiesta. Allá donde alcanzaba la vista, las montañas daban forma al valle. La diversidad de tonos de los arbustos era inapreciable a la mortecina luz que precedía al ocaso. Todo estaba en calma. Apoyado sobre la puerta delantera izquierda de su vehículo, con brazos y piernas cruzados, trataba de contener los nervios.

No había ningún otro ser humano cerca. Como bien le dijo Julia, era insólito encontrar gente en aquella carretera de tierra, por lo que la usarían como punto de encuentro. Damián no conocía la zona y salió de casa con bastante antelación. Aunque casi se perdió, llegó diez minutos antes de la hora convenida.

El coche de la agente se detuvo ante Damián con la puntualidad digna de un profesional.

—Entra —le ordenó.

—¿Hacía falta que nos viéramos tan lejos? No creo que la reunión dure más de cinco minutos —dijo al sentarse y cerrar la puerta.

—En la ciudad hay ojos y oídos en todas partes. Debemos tomar precauciones.

Damián no fue capaz de rebatir ese razonamiento.

—¿Novedades? —preguntó Julia.

—El sábado fui a la fiesta que organizaron los Méndez. Volví a ver a Luis y a Roberto después de tantos años, estuve hablando con Lorenzo, y tal.

—¿Y?

—Y nada, le pregunté si me dejaba unirme a la familia.

—¿Y qué dijo?

—Dijo que tenía que hablarlo con su padre.

—Joder...

A Julia la exasperaba la lentitud con la que se sucedían los hechos. A pesar de ello, tras expulsar una bocanada de aire y

ponderar la situación, determinó que era el mejor resultado al que podía aspirar, siendo realista.

—Eso significa que existe la posibilidad de que el plan funcione, ¿no?

—Eso espero, sobre todo teniendo en cuenta cómo me arriesgué. Se ofendió bastante cuando se lo pedí, ¿sabes? Pensé que había tirado la operación por la borda incluso antes de empezar.

—No había otro remedio. O colamos a alguien ahí dentro, o no habrá forma de tumbar a los Méndez; y, en estos momentos, el que tiene más posibilidades de hacerlo eres tú.

— Pffff... Pues no sé qué decirte. Dudo que esto salga bien.

—¿No se supone que Lorenzo y tú sois amigos?

—¡Fuimos amigos hace casi diez años! ¿Te crees que es fácil retomar una amistad, así por las buenas? Y no solo retomarla, sino pedirle favores el segundo día que lo ves, y no cualquier favor...

—Ya, ya, ya —le cortó Julia.

Se hizo de nuevo el silencio. Ninguno de los dos se sentía cómodo ni satisfecho con el desarrollo de los acontecimientos.

—¿Cuándo te dirá algo?

—No me ha dicho cuándo.

—Pues si pasan más de tres días sin que te dé una respuesta, insístele.

—Oye, tú no conoces a este tío, ¿OK? No puedes apretarle las tuercas tan alegremente sin esperar consecuencias. Estás poniendo en riesgo el plan y, dicho sea de paso, mi cuello.

—Tu cuello no podría importarme menos —dijo Julia con tono amenazador mientras se giraba sobre su asiento para mirarlo de frente—. Quiero resultados, y los quiero cuanto antes.

—¡Y te los daré, ten paciencia! Me escogiste para este plan porque conozco a Lorenzo, ¿no? ¡Pues fíate de mí y déjame gestionar esto a mi manera!

Julia sabía que Damián tenía razón, pero se mostraba inflexible con él porque, al igual que Luis Méndez, ella presionaba a sus subordinados para que no se relajaran.

—Nos veremos aquí cada semana. Mismo día, misma hora. Más te vale que la próxima vez me traigas alguna novedad. Fuera del coche.

De no ser porque estaba hablando con una agente de policía, habría manifestado su ira de alguna forma, tal vez insultándola o dando un portazo con todas sus fuerzas al salir. En su lugar, sin que ningún sonido escapara de sus labios, salió del vehículo y cerró la puerta con cuidado. La vio arrancar y dar media vuelta. Solo cuando Julia estuvo a una distancia prudencial, Damián dijo:

—Imbécil.

Damián hizo vida normal durante los cuatro días que siguieron a aquella reunión, con una significativa diferencia: sin razón alguna, estaba convencido de que los Méndez lo sometían a vigilancia permanente. La idea se posó en su cabeza por azar y la tachó de locura. «¿Pero y si no fuera una locura?», pensó más tarde. Desde entonces, veía personajes extraños clavando sus miradas en él cuando paseaba por la calle; a intervalos irregulares, espiaba el mundo exterior desde detrás de su persiana bajada, incluso recelaba de usar el teléfono por miedo a ser escuchado por terceros.

Mientras tanto, no había recibido respuesta por parte de Lorenzo. No sabía cómo interpretar ese silencio y, aunque disponía de tres días más de margen, era ya un manojo de nervios. ¿Estaría su amigo reflexionando sobre el mejor enfoque para plantear el tema a su padre? ¿Habría ignorado su petición, fruto del resquemor? ¿Debía ponerse en contacto con él? Después de cuatro días, quizá no era tan descabellado llamarlo, pero no las tenía todas consigo. No fue hasta el quinto que recibió un conciso mensaje de Lorenzo: una fecha, una hora y una dirección. Nada más.

A las tres de la tarde del día indicado, se presentó en la misma cafetería de siempre y se sentó en la mesa más alejada de la barra. Pidió un café solo para amenizar la espera.

Lorenzo apareció diez minutos más tarde.

—Ey, ya estás aquí. Ven, vamos a un sitio más privado —le dijo.

Había algo raro en su tono de voz, como si le preocupara algo. Damián tragó saliva, se armó de valor y lo siguió hacia la otra parte de la barra. Cruzó la puerta de la cocina, y luego, la que daba a una sala grande llena de estanterías dispuestas en fila. Lorenzo se

acomodó en una de las dos sillas que había en una mesa, no muy lejos de la entrada, y lo invitó a sentarse en la otra.

—Amigo mío —dijo mientras Damián tomaba asiento—, tengo dos noticias, una buena y una mala.

—Ajá.

—La buena es que tanto mi padre como Roberto y Martín acceden a que entres en la familia.

Era justo lo que deseaba escuchar, y esbozó una sonrisa. Sin embargo, la existencia de una mala noticia lo mantenía en vilo.

—¿Y la mala?

Por toda respuesta, alguien se acercó por detrás y le puso una capucha. Otros dos individuos le ataron las extremidades. Trató de resistirse, pero fue inútil: lo habían pillado desprevenido y lo superaban en número.

Sus captores cargaron con él y lo metieron en el maletero de un vehículo que los esperaba en la parte trasera del local.

Capítulo 8

¿Por qué lo habían confinado en un maletero? ¿Adónde lo llevaban? ¿Lo iban a ejecutar sin misericordia en un lugar apartado? ¿Era ese su fin? Le costaba respirar, sudaba a chorros y el corazón le latía a mil por hora. Estaba a punto de perder el control de sus funciones corporales y orinarse encima.

El trayecto duró unos quince minutos, durante los cuales el vehículo no abandonó la ciudad. Llegaron a un callejón estrecho donde estaba la puerta trasera de un edificio. Lo sacaron del maletero, le desataron los pies para que pudiera caminar y lo llevaron adentro, todavía con la cabeza cubierta. Tras unos metros, lo sentaron en una silla de madera y le quitaron la capucha.

Se encontraba en una habitación vacía, iluminada por una bombilla desnuda en el techo. Las paredes, de color grisáceo, estaban viejas y sucias, igual que el polvoriento suelo. No había ventanas ni muebles, a excepción de la silla donde estaba sentado, que parecía a punto de desvencijarse.

Roberto, enfrente de él, presidía la escena con las manos en los bolsillos de su impecable traje. Lorenzo estaba a su derecha, visiblemente afectado, y los matones que lo habían prendido, a su espalda, cada uno a un lado.

—¿Quién te crees que eres? —preguntó Roberto.

Damián quiso hablar, pero nada coherente fluyó de sus labios:

—Ah... Eh... ¿Qué...?

—Te he hecho una pregunta. Contesta.

—Eh... Nadie, no sé, ¿qué quieres decir? —Su voz parecía tan cerca de quebrarse como la silla.

—¿Te piensas que en esta familia puede entrar cualquiera?

—No, no, no...

—¿Que cualquier mindundi es digno de llevar el apellido Méndez?

—No, no, claro que no...

—Entonces, ¿por qué cojones quieres unirme a nosotros?

Roberto se había ido acercando poco a poco, y ahora su rostro estaba a un palmo de distancia del de Damián. Lo miró a los ojos, esperando una respuesta, pero él estaba demasiado ocupado

conteniendo sus nervios como para decir nada. Una gota de sudor le cayó en el ojo derecho. Le picaba, pero no podía rascarse porque tenía las manos atadas. Lorenzo, por su parte, seguía con atención cada una de sus reacciones.

—Os aportaré mucho valor.

—¿Cómo?

—Soy contable. Puedo llevar las cuentas de la familia.

—Ya tenemos gente que se encarga de eso.

—Pero yo...

—¿Sabes usar un arma?

—¿Qué?

—Responde a la puta pregunta: ¿sabes usar un arma o no?

—No, pero puedo aprender...

—Pff...

El resoplido de desaprobación de Roberto le impactó en la cara, y Damián disimuló el asco que sintió. El capitán se alejó de él y se dirigió a su hermano:

—Este tío es un inútil, Lorenzo. No sabe absolutamente nada del negocio, ni siquiera usar un arma. E insisto en que no es de fiar.

—¡Roberto, me cago en Dios, ya lo hemos hablado! Dale tiempo y aprenderá lo que haga falta. Y si crees que no es de fiar, haz lo que has venido a hacer y te convencerás de lo contrario de una puta vez.

El hermano mayor habría discutido durante horas si hubiera quedado alguna esperanza de convencerlo, pero la decisión estaba tomada.

—Si fuera por mí —dijo Roberto— jamás te unirías a nosotros, pero hemos perdido a uno de nuestros hombres en una operación y necesitamos un sustituto. Lorenzo quiere que entres, y a nuestro padre le parece bien si a mi hermano le parece bien, así que tengo que apechugar.

Damián estaba aterrorizado. Sí, había conseguido que lo aceptaran en la familia, pero todo indicaba que pagaría un precio alto por ello.

—Sin embargo, mi padre y yo coincidimos en que hacen falta ciertas garantías. No se entra en la familia así como así. —Sacó del bolsillo de su chaqueta sendos puños americanos y se los puso con

tranquilidad, saboreando el momento—. Di la verdad, y saldrás de aquí con vida. Miéntenos, y sufrirás la muerte más lenta y dolorosa que te puedas imaginar.

Damián quiso tragar saliva, pero había olvidado cómo hacerlo.

—Lo siento, tío —se disculpó Lorenzo—, no había otra opción.

Los matones lo sujetaron por los brazos. El contable era presa del pánico, estaba a punto de echarse a llorar.

—Roberto, por favor... ¿Qué quieres saber? ¡Te diré la verdad, lo juro por Dios! ¡No me hagas daño!

El mafioso hizo caso omiso de las súplicas de Damián. Se colocó en posición y, cuando estuvo listo, le propinó un fortísimo puñetazo en la cara.

—¿Eres de la poli?!

—¡NO!

Al segundo puñetazo lo siguió un berrido de su víctima.

—¿Para quién trabajas?!

—¡PARA NADIE!

Otro puñetazo, otro berrido.

—¿Quién te paga?!

—¡NADIE, MALDITA SEA!

Varios puñetazos después, Roberto se manchó las manos de sangre. Los allí presentes, a excepción de Lorenzo y Damián, se sentían muy cómodos con aquel espectáculo dantesco. Como Roberto no parecía dispuesto a parar, su hermano se interpuso:

—¡Déjalo ya, joder! ¡Ha tenido bastante!

Solo entonces se detuvo y los matones soltaron a Damián. Con el rostro bañado en sangre y lágrimas, sollozaba sin control. El sufrimiento nublabla su mente.

—Bienvenido a la familia —dijo Roberto mientras se limpiaba los nudillos.

Lorenzo condujo a Damián al médico de confianza de los Méndez, que trabajaba en exclusiva para ellos. Era un profesional consumado, con años de experiencia, que había salvado la vida a muchos de sus miembros y, sobre todo, nunca hacía preguntas.

—Madre de Dios, cómo te han dejado, chaval —dijo al ver a su paciente.

Desinfectó sus heridas, le puso puntos y le recetó una pomada que rebajaría la hinchazón de su rostro.

Los matones se ofrecieron a acompañarlo a casa en calidad de guardaespaldas, pero Lorenzo les dijo que lo llevaría él solo.

Pronunciaron pocas palabras durante el trayecto en coche. El dolor había enmudecido a Damián, que se pasaba una bolsa de hielo por ambos lados de la cara. Reflexionaba sobre lo que acababa de ocurrir y, en especial, sobre lo que le depararía el futuro. Estaba a punto de embarcarse en la labor más peligrosa de su vida, en la que la muerte era un desenlace más que factible, y todo con el objetivo de no morir en prisión. Lo que había pasado hacía unos minutos podría repetirse a manos de su propia familia o de otra, y de mil formas distintas. La tentación de huir a algún lugar recóndito, lejos del alcance de la mafia y la policía, cobraba fuerza por momentos. Sin embargo, la desechó porque estaba convencido de que, tarde o temprano, alguien acabaría encontrándolo y lo metería entre rejas o bajo tierra. Debía llevar aquella operación encubierta hasta las últimas consecuencias, cualquier vía de escape suponía una muerte segura.

Lorenzo quiso disculparse por lo ocurrido, pero ignoraba cómo hacerlo.

—Damián, este trabajo es jodidamente peligroso. Si has cambiado de idea, nadie te lo reprochará ni...

—¿Estás de coña? —exclamó, airado—. ¿Crees que dejo que me partan la cara por nada? ¡No voy a abandonar ahora!

—Vale, vale, perdona...

Damián había estado mordiéndose la lengua, pero no pudo contenerse por más tiempo.

—¿Cómo les has permitido que me hagan esto, tío?

—¿Pero tú qué te piensas? ¡Insistí hasta el infinito para que no lo hiciera! ¿Crees que había alguna posibilidad de impedírselo?

—¡Eres un capitán de la familia, claro que la había!

—¡Él también es capitán, joder! ¡No tengo autoridad sobre él, a ver si te enteras!

—¡Anda y que te den, Lorenzo! ¡Que te den!

El resto del viaje transcurrió en completo silencio. Damián no quiso hablar más. Lorenzo, por su parte, parecía que iba a estallar, no debido a la ira, sino a la frustración. Entendía la postura de su amigo y se sentía impotente por no haberlo protegido. Aparcó enfrente del portal de Damián y dijo:

—Te escribiré el próximo lunes para que vengas a mi casa y te ponga al corriente de todo. Hasta entonces, descansa.

Damián no respondió, ni con una palabra ni con un gesto. Se bajó del coche sin mirarlo, cerró la puerta sin girarse y se dirigió a su portal. El capitán lo vio entrar, y continuó su camino.

Capítulo 9

Damián imaginaba que la sensación que lo embargaba era la misma que la de un becario a punto de ser contratado por la empresa más poderosa del mundo, solo que su objetivo no era escalar posiciones en la jerarquía de la organización, sino derrumbarla hasta sus cimientos.

Llegó el lunes. Eran las once de la mañana, y se encontraba enfrente del portón que daba paso al camino de piedras que atravesaba el jardín del chalé de Lorenzo. Lo flanqueaban dos guardaespaldas que lo miraban con desconfianza, pero él concentraba su atención en la ostentosa residencia de su amigo. Se preguntaba si, cuando todo aquello hubiese terminado y estuviera libre del yugo policial, podrían compensarle sus servicios y el haberse jugado el cuello con uno de esos chalés. Estar tan cerca de esa opulencia para luego volver a su penosa vida anterior le dolía.

Mientras estaba sumido en estos pensamientos, su amigo lo llamó para que se subiera en su coche.

—Vamos, es hora de tu iniciación.

Damián arrugó el entrecejo, pero obedeció y esperó a estar de camino para preguntar qué era eso.

—La iniciación es algo que hace mi padre siempre que se incorpora alguien a la familia —explicó Lorenzo—. Es una manera de asegurar, hasta cierto punto, la lealtad de quien se une.

—Ajá. ¿Y en qué consiste?

—Ya lo verás. Puedes estar tranquilo, esta vez no te harán daño, te doy mi palabra.

Damián asintió, no del todo convencido de la veracidad de esa promesa.

Al cabo de un rato, llegaron a la mansión, se bajaron del coche y fueron al encuentro del patriarca de la familia. Tanto Luis Méndez como los capitanes estaban esperándolos en el despacho del segundo piso. Damián se fijó en la gran ventana del fondo y en las estanterías a cada lado, ambas llenas de carpetas de anillas. En las paredes laterales había cuadros extraños. En lugar de paisajes o personas, mostraban figuras geométricas, líneas y manchas de

colores que, según su criterio, carecían de sentido alguno. Una lámpara Chandelier colgaba del techo y una alfombra árabe decoraba el suelo.

—Bienvenidos —dijo Luis Méndez—. Pasad.

Estaba sentado en su mullida silla negra, detrás de un escritorio de diseño clásico, reminiscente de la época victoriana, con Roberto a su derecha y Martín a su izquierda.

A Damián se le erizaron los pelos de la nuca al ver al hermano de Lorenzo, con su impecable traje negro, la expresión poco halagüeña de siempre y las manos cruzadas a la espalda. Martín, en cambio, hacía oídos sordos a la pulcritud y apostaba por imponer miedo con su apariencia: vestía unos vaqueros azul marino y una camiseta blanca de tirantes para mostrar sus brazos tatuados desde los hombros hasta las muñecas. Era totalmente calvo, flaco y desgarrado; en su cara alargada, una cicatriz cruzaba su mejilla izquierda. Pero lo que más incomodó a Damián fue su mirada, desprovista de humanidad. Sus ojos no expresaban nada, ni positivo ni negativo. El contable apartó la vista y tragó saliva mientras se aproximaba a Luis Méndez, quien se levantó, no sin esfuerzo, para recibirlo.

—Compareces hoy aquí —dijo el anciano— porque se me ha comunicado que deseas servir a nuestra familia. ¿Es eso cierto?

—Sí, señor Méndez.

—En tal caso, para formalizar tu unión, tienes que demostrarnos, ante los ojos de Dios, que tu palabra es inquebrantable y que tu lealtad para con nosotros es absoluta. ¿Estás dispuesto a asumir ese compromiso?

La voz del patriarca sonaba monótona, burocrática. Sin duda, se sabía aquellas palabras de memoria.

—Sí, señor Méndez.

El anciano hizo un gesto con la cabeza y extendió su mano izquierda. Martín se acercó a la estantería más cercana y se agachó para coger una biblia de cuero negro con letras de color dorado que reposaba sobre el estante de abajo. La colocó en la mano del jefe de la familia, quien la puso enfrente de Damián.

—Posa tu mano derecha encima —le ordenó.

El contable obedeció, ante el desprecio de Roberto, la indiferencia de Martín y el orgullo de Lorenzo, que lo miraba como un padre al hijo que aprende a caminar. Se sintió intimidado por la enorme atención que le dedicaban, pero, al mismo tiempo, más tranquilo. Iba a ocurrir de verdad, iba a ser un miembro de pleno derecho de la familia Méndez. La primera parte de su operación estaba a punto de completarse.

—¿Juras, Damián Soler, respetar la jerarquía de la familia y cumplir con las tareas que te encomienden tus superiores sin importar cuándo, cómo, dónde ni por qué?

—Lo juro.

—¿Juras, Damián Soler, que serás en todo momento leal a la familia, que jamás traicionarás, mentirás ni delatarás a nadie que lleve el apellido Méndez?

—Lo juro.

—Las consecuencias de violar cualquiera de estos preceptos implica tanto tu muerte como la de tu familia. Siendo consciente de esto, ¿todavía deseas unirse a nosotros?

—Sí, señor Méndez.

Solo entonces el patriarca se dio por satisfecho. Devolvió la biblia a Martín, y dijo:

—Puesto que has jurado obedecer los preceptos que rigen esta familia, te doy la bienvenida, Damián Méndez.

Capítulo 10

Ironías de la vida: una semana después, Damián acabó yendo a prisión, pero solo de visita.

No era la cárcel en la que habían previsto que él ingresara, sino otra localizada a unos cincuenta kilómetros. Allí se encontraba Mario, su amigo y socio. Durante el trayecto en coche, se planteaba si era buena idea visitarlo, tras su reciente incorporación a la mafia, o debía mantenerlo apartado de su vida; pero sus ganas de verlo superaron a sus temores.

Una vez terminados los trámites correspondientes, lo condujeron al largo pasillo donde estaban los locutorios habilitados para las visitas, cada uno de ellos de dos metros cuadrados y mamparas de cristal. Entró en el que le indicó el policía que lo acompañaba, cerró la puerta y se sentó en la silla.

Mario no tardó en aparecer. Damián sintió que viajaba a un pasado que, sin serlo, le resultaba ya lejano. Al ver su uniforme de preso y su mirada apagada, desprovista del optimismo habitual, le dieron punzadas de dolor.

Ambos descolgaron sus respectivos auriculares.

—No me lo creo —dijo Mario—. ¿Cómo es que a mí me han detenido y a ti no?

—Caray, yo también me alegro de verte. ¿Cómo te va?

—¿Que cómo me va? ¿Aquí, en prisión? De maravilla. Es un lujo, Damián, créeme. Deberías probarlo.

—Oye, ¿a qué vienen esas malas pulgas? No me parece justo que me trates así.

—Ah, ¿no? Y dime, ¿te parece justo que esté yo aquí y tú no, cuando fue por tu culpa?

—¿Por mi culpa? —exclamó Damián, indignado—. ¡Eres tú tan culpable como yo, chaval! Bien contento te pusiste cuando te sugerí aquello, podías haberme dicho que no.

—¡De haber sabido que harías semejante chapuza...!

El policía que acompañaba a Mario le exigió que bajara el tono de voz. Este cerró los ojos y respiró hondo para calmarse.

—Mira —dijo Damián—, he venido porque considero que es lo correcto, pero si te vas a poner así, te mando a freír espárragos y me voy.

Se levantó, dispuesto a dar por concluida la visita, pero su amigo le rogó con un gesto que se quedara.

—Lo siento —se disculpó—. Gracias por venir, tío. Sienta bien que al menos una persona de fuera se preocupe por mí. Pero ahora en serio, ¿por qué no te han metido en prisión?

Esa pregunta era una de las principales razones por las que había dudado si debía visitarlo. Hacerlo partícipe de su situación actual podría ponerlo en riesgo. Sin embargo, Damián estaba desesperado por hablar con alguien.

—Te lo diré, pero tienes que prometerme que no se lo dirás a nadie, ¿de acuerdo?

—Vale.

—Va en serio. Es un tema muy delicado, y cuanta menos gente lo sepa, mejor. Júrame que mantendrás la boca cerrada.

—Tú ya sabes cuánto vale mi palabra, ¿no? Te juro que guardaré el secreto.

Ese aval le dio la confianza necesaria para hablarle de su trabajo como confidente de la policía e infiltrado en la familia Méndez.

—Venga ya —dijo Mario.

—Es cierto.

—Claro que sí, hombre. Tú de mafioso, nada menos, y encima filtrándole información a la poli. Ya me lo estoy imaginando.

La impaciencia afloró en el rostro de Damián, que se había cansado de la mofa de su amigo.

—Muy bien, listillo, respóndeme a esto: ¿tienes la menor idea de por qué me trasladaron a otra cárcel? ¿Por qué iba la policía a molestarse en hacer algo así?

Mario fue incapaz de contestar, y Damián lo puso al corriente de que en aquella prisión se encontraba un tal Leonardo Ojeda, que lo habría matado a la menor oportunidad. De este modo, lo habían obligado a que aceptara infiltrarse.

—Y para tu información —añadió—, ese Leonardo te tiene tantas ganas como a mí. Si te pilla, te descuartizará en mil pedazos, así que agradece que tú estés preso aquí y él, allá. Sabes que digo la

verdad —sentenció—. ¿A santo de qué me inventaría una mentira tan burda?

—Es que... —Damián lo había relatado con tal pasión que las reticencias de Mario a creerlo desaparecieron—. Joder, cuesta procesar todo esto.

—Dímelo a mí, que soy el que lo está viviendo en primera persona.

—Entonces, a ver, que yo lo entienda: ¿trabajas para los Méndez?

—Formo parte de la familia Méndez, pero trabajo para la policía, filtrándole información.

—¿Y no tienes miedo?

La expresión de su cara respondió antes que su boca:

—Estoy totalmente aterrorizado.

—¿Y por qué no huyes, tío? Pilla el primer avión a cualquier parte, y deja todo esto atrás.

—¿Y adónde iría? ¿Adónde? Sería un fugitivo de la justicia y me pasaría la vida con miedo a que me detuvieran otra vez. Además, ahora que formo parte de los Méndez, es aún peor, ya que ellos serían los primeros que me perseguirían si huyera. Y esta gente me haría algo mucho peor que meterme en chirona. Me guste o no, tengo que seguir con esto hasta el final.

Mario sentía que ninguna palabra de aliento cumpliría su función en aquel instante.

—Pues, tío, no sé qué decirte, de verdad...

—No te preocupes. Estaba a punto de reventar, necesitaba contárselo a alguien. Espero que no te importe.

—No, hombre, no. Para eso están los amigos.

Capítulo 11

—¿Me estás escuchando, Damián?

Salió de su ensimismamiento en cuanto oyó su nombre. En su cabeza, hacía balance del mes y medio que llevaba descargando camiones y almacenando cajas llenas de armas en una nave industrial. Este trabajo le sirvió para ganar algo de confianza en sí mismo y aprender un poco más de los entresijos de la mafia.

Sin embargo, su suerte no podía durar eternamente. Como el propio Lorenzo le dijo, era uno más de los cientos de matones con los que contaban los Méndez y, como cabía esperar, su labor implicaba usar la violencia y la intimidación en ocasiones. Despreciaba la idea de cometer actos execrables, sobre todo porque temía perder su humanidad, pero no había remedio. Era eso, o ir a la cárcel para perecer a los pocos días a manos de uno de los presos. No podía permitirse ningún tipo de dudas.

—Sí, te escucho, perdona.

Damián estaba en uno de los mullidos sofás frente al televisor apagado, en el salón de Valentino Méndez, disfrutando del aroma de su taza de café antes de beber. Su jefe directo, quien, a su vez, respondía ante Lorenzo, ocupaba el sofá central. Tenía un ligero sobrepeso, un bigote voluminoso y llevaba el pelo recogido en una coleta. Vestía un polo rojo y unos vaqueros. Con los codos apoyados sobre sus rodillas, miraba fijamente a los ojos de Damián.

—¿Sí me escuchas? Muy bien: ¿de quién estábamos hablando?

—Pues... —Por más que lo intentó, no le vino el nombre, solo una descripción vaga—. Del tío este, el que tiene la carnicería...

—¿Cómo se llama?

—Se llama... eh...

—Manolo —Valentino se cansó de esperar—, se llama Manolo.

—¡Eso, Manolo! Perdón.

Su superior le lanzó una mirada reprobatoria, pero nada más. Ni un insulto o amenaza, como Damián imaginaba. Parecía un ser humano cualquiera, razonable y tranquilo, pero no olvidaba que estaba hablando con un mafioso.

—Manolo es el dueño de la carnicería El Alegre Venado — continuó Valentino—, la que ves aquí. —Señaló una de las fotografías que había sobre la mesa de cristal que ambos tenían enfrente—. Nos debe dinero. Le tocaba pagar su cuota ayer, pero no lo hizo. Hay que darle un escarmiento, y ahí es donde entras tú.

Damián se acercó a los ojos una foto del carnicero. Sonreía en compañía de su mujer. Era un señor de cincuenta y cinco años, gordo y de calvicie avanzada. A juzgar por su aspecto, parecía un individuo bonachón.

—Por escarmiento te refieres a... ¿amenazarlo?

—No, este señor ya recibió las advertencias correspondientes cuando nos pidió el préstamo. Tienes que demostrarle las consecuencias de no pagar sus deudas.

—Es decir... —No era capaz de verbalizarlo.

—Es decir: darle una paliza, llevarte lo que tenga en la caja registradora y exigirle que pague el doble la próxima semana.

A pesar de lo buen actor que era, Damián no logró reprimir una mueca de disgusto, que no pasó inadvertida para Valentino.

—Mira, me dijeron que eras un novato, así que estoy siendo paciente contigo, pero más te vale que te acostumbres a esta línea de trabajo. No sé qué te esperabas al unirse a nosotros, francamente, pero aquí vamos a pedirte cosas de este estilo.

—Sí, lo sé. Ya me acostumbraré —dijo sin estar del todo convencido.

Veinte minutos más tarde, Damián aparcó el Chrysler 300C delante de la carnicería, en zona prohibida. La ciudad asociaba ese modelo con la familia Méndez, pues todos los capitanes lo usaban, por tanto, nadie se atrevería a protestar. No era normal que un simple matón lo condujera, pero Lorenzo se lo había prestado para que su primer trabajo le resultara lo más sencillo posible. De manera excepcional, Valentino lo acompañó para supervisarlos. Desconfiaba de que su subordinado fuera a hacerlo bien.

—Lo consideraré un éxito si no me veo obligado a intervenir, y por tu bien espero que así sea, porque hablaré con Lorenzo sobre cómo te desenvuelves. —La voz grave de Valentino sonaba melosa, serena, como quien le lee un cuento infantil a su hijo pequeño.

La ya de por sí elevada presión que sentía Damián se incrementó tras esta amenaza, pero mantuvo la compostura y trató de concentrarse.

—Vamos allá —dijo por toda respuesta.

Ambos se bajaron del vehículo y entraron en la carnicería. Una chica de unos veintitantos años, con el pelo recogido bajo una malla, atendía a un cliente mientras tres más hacían cola. Manolo estaba ahí, fileteando una pechuga de pollo. Damián había recibido instrucciones precisas sobre cómo actuar en estos casos, así que, intentando quedar bien ante Valentino, respiró hondo y gritó:

—¡A ver, señores, todo el mundo fuera!

El soldado sintió vergüenza ajena ante el temblor de voz de Damián, y esbozó una mueca de desagrado.

Los allí presentes se giraron hacia Damián, algunos con expresión desafiante. Aquel flacucho endeble, que ni siquiera portaba arma, parecía un simple trastornado.

—Pero bueno, ¿tú quién te crees que eres? —le espetó uno de los clientes.

La mujer del espontáneo reconoció a Valentino, y saltó como un resorte:

—¡Calla, Paco, que son los Méndez! ¡Hazles caso, vámonos! ¡Disculpen, por favor!

La sola mención del apellido bastó para atemorizar a toda la clientela, que abandonó la tienda de inmediato. Valentino puso el cartel de «Cerrado» en la puerta. Damián agradeció que no hiciera falta insistir, ya que pugnaba por contener sus nervios.

Manolo soltó la pechuga y el cuchillo, se limpió las manos en el delantal y caminó hacia el matón. Trató de aparentar calma, a diferencia de la chica, que se había arrinconado en una esquina y trepidaba de miedo.

—Buenos días, Valentino, me alegro de verlo. —Acto seguido, se dirigió a él—. Disculpe, no tengo el placer de conocerlo, ¿usted es...?

—Damián.

—Encantado, Damián.

Manolo le tendió la mano, pero él no hizo lo propio. Debía interpretar el papel de un despiadado miembro de la mafia, por

mucho que le doliese.

—Damián, escuche, sé por qué están aquí. Quiero pedirles perdón. Tenía que pagarles ayer y no lo hice. El negocio anda flojo ahora mismo, no he ganado lo suficiente. Pero, la semana que viene, prometo que...

—¿Nos tomas por tontos, carcamal? —lo interrumpió Damián, que lamentó haber elegido un insulto tan exagerado: Manolo solo era dos décadas mayor que él—. Aquí no damos prórrogas. Si no pagas cuando toca, te atienes a las consecuencias.

—Damián, por favor, entiéndame. —La voz de Manolo se resquebrajó un poco, lo justo como para que todos lo notaran—. Parece una persona razonable, seguro que comprende que en el negocio de la carne hay rachas, ¿no? Pagaré lo que les debo, lo juro, pero, por favor, tengan piedad.

Damián se preguntó si Manolo sabía leer la verdadera personalidad de la gente y por eso lo había llamado razonable, o si se lo habría dicho a cualquiera. Sea como fuere, sentía genuina lástima por el carnicero, que lo miraba con ojos llorosos. Debía seguir con su papel, pero el hervidero de dudas lo mantenía paralizado.

—Haz lo que tienes que hacer, o lo haré yo —dijo Valentino en voz alta y clara.

Un débil gemido se escapó de los labios de la chica. Damián entendió el mensaje a la perfección. No podía esperar más. Y actuó.

Propinó un puñetazo en la cara de Manolo con la fuerza suficiente como para hacerlo caer sobre el mostrador, y se manoseó el puño dolorido. La chica dio un grito de espanto y suplicó que dejara a su padre, pero él le golpeó en el abdomen con el otro puño. El carnicero se encorvó, y Damián aprovechó para agarrarlo por los hombros y arrojarlo al suelo. Le pateó en el vientre hasta que la chica se desembarazó de su parálisis y corrió para interponerse.

—¡Por favor, no le hagas más daño! ¡Por favor! —rogó entre lágrimas.

Solo entonces se detuvo: en parte, agradecido por la intromisión; en parte, porque ya había apaleado bastante a Manolo. Abrió la caja registradora y sacó todo el dinero. Miró a Valentino a los ojos, y este asintió. Aquella era la señal: su labor allí había concluido.

Justo antes de abandonar la tienda, Damián se dio la vuelta y dijo:
—La próxima semana nos pagarás el doble. De lo contrario, volveremos a por ti... y a por ella —añadió, señalando a la chica.

—No has estado mal —lo alabó Valentino, una vez sentados en el Chrysler—. Me preocupé un poco al principio, parecía que la situación te superaba, pero lo has hecho bien —dijo, dándole una palmadita en el hombro derecho.

Damián miraba sus manos y pies, perpetradores por primera vez en su vida de una agresión física. Estaba horrorizado, se odiaba por lo que había hecho. Y sin embargo, una infinitesimal parte de su ser se había regocijado con ello.

Capítulo 12

El tiempo era inmejorable: cielo despejado y poco viento, los ingredientes secretos para tener aguas cristalinas y en calma. El yate de Lorenzo reposaba no muy lejos de la costa. Damián estaba sentado a su derecha. Ante sus ojos, un pueblo al abrigo de una cala con frondosa vegetación a ambos lados. Disfrutaban del paisaje, del olor a mar, del sol, de una copa de vino y de la felación que sendas meretrices les estaban practicando.

El capitán fue el primero en romper el silencio.

—¿Te gusta mi forma de recompensarte por tu gran trabajo de ayer?

—No está mal. La vida tendría que consistir solo en esto.

—¿En viajar y follar? Que me digan dónde firmo, porque firmo ya. Lorenzo soltó un gemido de dolor.

—¡Cuidado con los dientes, necia!

—Perdona, amor.

—¿Necia? —terció Damián—. Tal vez sea la palabra más culta que te he oído.

—Vete a la mierda...

La prostituta continuó como si no hubiera ocurrido nada, aunque se mostró más cuidadosa.

Pasaron algunos minutos en completo silencio. En teoría, ambos estaban disfrutando del momento, pero el antiguo contable no paraba de darle vueltas a la misión que le había encomendado Julia: sonsacarle a su amigo qué agentes de policía habían comprado.

—Lorenzo, hay una cosa que no hemos comentado aún.

—Tú dirás.

—Eh... ¿es seguro hablar con ellas delante?

—Tú tranquilo, estas putas odian a la policía tanto o... Ah, espera...

Lorenzo estaba llegando al clímax. Agarró a la prostituta por el cabello y la hizo moverse más y más deprisa, hasta que descargó su semen dentro de su boca. Damián, demasiado tenso para dejarse llevar por la lengua de la chica, se encontraba aún lejos de eyacular.

—Sí que tienes aguante, cabroncete. Y eso que te ha tocado la más guapa —dijo mientras despedía a la prostituta con un cachete en la nalga.

—Sí, es que... no paro de pensar en una cosa...

—¿En qué?

—El otro día, me pareció ver en la fiesta al comisario. ¿Estoy en lo cierto o me lo imaginé?

—Sí, estuvo ahí, pero... ¿de qué coño conoces tú al comisario?

Damián se felicitó y maldijo al mismo tiempo. Sus sospechas eran correctas, pero no había ideado de antemano ninguna excusa para justificar por qué conocía al comisario. Tuvo que inventársela sobre la marcha.

—No sé, vi a un tío mayor hablando con tu padre, con la gabardina, la corbata, el porte... La pinta de los peces gordos de la policía.

—Pues, joder, menuda intuición.

Enmascaró su alivio bajo una capa de indiferencia. Lorenzo no sospechaba nada. No sabía si se debía a la amistad que le profesaba o a su estupidez. Sea como fuere, continuó hablando:

—A lo que iba: no hemos hablado de lo que pasaría si me detuvieran...

—Nadie te va a detener. Los Méndez somos intocables para la policía.

—Ah, ¿sí? —dijo Damián con una inflexión en la voz que fingía ignorancia—. Supongo que no me debería sorprender. Si el comisario estaba en la fiesta, entiendo que todo el cuerpo está comprado.

—No todo, solo Carmelo.

—¿Carmelo?

—El comisario.

—Ah, ¿solo el comisario?

—Sí, pero, a ver, un momento —dijo el capitán mientras se incorporaba—. Ala, guapa, no hace falta que termines. Vete a tomar el sol o algo.

La prostituta cesó en su labor y los dejó solos. Lorenzo se sentó, apoyó los codos sobre las rodillas y miró a su amigo a los ojos.

—La información que conoces es la que necesitas conocer, ni más ni menos. ¿Entiendes? Ya sé que somos amigos, pero un matón no debe hacer tantas preguntas.

—OK, sí, lo entiendo, ¿pero no crees que tendría que saberlo? Piensa que...

—No, no lo creo. Lo que creo es que estás abusando de tu suerte. A los matones no os corresponde preguntar, solo cerrar la puta boca y obedecer. Si Valentino te dice que mates a X, tú lo matas, y punto. Sin preguntas. ¿Está claro?

Lorenzo tenía una expresión terrorífica. Damián no pudo aguantarle la mirada.

—Clarísimo, disculpa.

—La estrategia de los Méndez para mantener a la policía bajo control es bastante curiosa —dijo Damián a Julia en su reunión semanal de los lunes, en el mismo lugar de siempre—. Solo tienen en nómina al comisario.

—¿Lo dices en serio?

—Eso fue lo que me dijo Lorenzo.

Julia procesó la información que acababa de recibir y verbalizó sus conclusiones:

—O sea, que es el comisario el que intimida a sus subordinados, y estos a los suyos, y así sucesivamente, ¿no?

—Eso parece.

—¿Me estás diciendo que, si quitamos de en medio a Carmelo, nos deshacemos de toda la corrupción del cuerpo policial?

—Siempre y cuando Lorenzo me haya dicho la verdad, sí.

La agente estaba eufórica. De repente, todo era mucho más sencillo de lo que había previsto.

—Genial, esto es genial, son muy buenas noticias. Ahora te toca conseguir pruebas que incriminen a Carmelo.

—¿Y dónde las encuentro? —Damián ni se molestó en quejarse. Sabía que no lograría nada.

—Luis Méndez es un tío bastante metódico y riguroso. Le gusta llevar un control férreo de todas las operaciones. No me extrañaría

que tuviera esa información archivada en algún sitio. ¿Se te ocurre dónde?

—Tal vez en su despacho. Estuve allí cuando me hicieron jurar lealtad a la familia. Vi dos estanterías llenas de carpetas.

—Pues ya sabes.

En efecto, Damián lo sabía, y la idea lo disgustaba en grado sumo.

Capítulo 13

Dicen que la espera es parte del disfrute, pero es difícil disfrutar cuando literalmente te va la vida en ello.

No había manera de proceder: de día, siempre había gente dentro o cerca del despacho, y de noche, la mansión estaba tan bien vigilada que era imposible entrar sin ser detectado.

Transcurrió un mes sin pena ni gloria, hasta que un día, mientras trabajaba en una de las naves, oyó la conversación entre dos matones:

—¿Es la semana que viene?

—Sí.

—¿Y vas a ir?

—¡Claro! No me queda otra, ¿no?

—Por lo que tengo entendido, a Roberto le da igual. A él no le gusta celebrar su cumpleaños.

—¿Y por qué hace una fiesta?

—No la hace él, sino don Luis.

—Entonces, si no voy, el que se cabreará es don Luis.

—Siempre y cuando note tu ausencia.

—No me la voy a jugar, tío, no tiene sentido. Iré.

Fue así como Damián supo que la espera había llegado a su fin.

Eran las dos y media de la tarde. Nubes blancas como la leche salpicaban el cielo y soplaba una ligera brisa fresca. Damián paseaba de nuevo por el jardín de la mansión de Luis Méndez, saboreando canapés carísimos mientras escuchaba al cuarteto de cuerda contratado para la ocasión. Lo rodeaba gente vestida con sus mejores galas, pero esta vez el lujo no lo encandiló. Se fue a una esquina, lejos del bullicio, atento a las puertas abiertas. Sostenía una copa de vino, y se esforzaba para no hacerla temblar. Su corazón palpitaba con potencia.

Mientras aguardaba su momento para actuar, vio pasar al cumpleañosero. Aunque debía dedicarle unas palabras, las postergó

todo lo que pudo. Una vez que reunió el valor suficiente, se acercó y le dijo:

—Felicidades, Roberto.

Este dio la callada por respuesta.

—¿Cuántos ya?

—No es de tu incumbencia.

—Vale... —No se lo ponía fácil—. Rober, ¿puedo llamarte Rober?

—No.

—OK...

Damián estuvo tentado de marcharse, pero deseaba hacer borrón y cuenta nueva con él.

—Mira, sé que te caigo mal, y lo entiendo. Francamente, hasta ahora tú también me has dado motivos para que no te trague. Pero quiero llevarme bien con todos. ¿No crees que sería lo mejor?

Roberto soltó una risa sarcástica.

—¿Quieres llevarte bien con el tío que te hizo la cara puré?

—Pues mira, suena raro, pero sí que quiero. Han pasado casi tres meses, y me gustaría...

—Si fuera por mí, ya estarías muerto. No eres de fiar. Lorenzo no lo ve porque es jodidamente estúpido, pero yo sí que lo veo. Y para tu información, mi padre también, pero le puede el amor por Lorenzo. Siempre ha sido su favorito. Con lo idiota que es, y con todo lo que he hecho yo por esta familia...

Al percatarse de que estaba hablando más de la cuenta, frenó en seco. Damián mantuvo la cara de póquer, pero se moría de ganas por sonreír.

—Da un paso en falso, solo uno. Es la excusa que necesito para volarte la tapa de los sesos.

Con esta amenaza concluyó la conversación y fue a buscar otra copa de vino. Damián comprendió que no había manera de caerle bien. Tendría que completar la misión sin ganarse su afecto.

Una vez que todos los invitados llegaron y la algarabía fue lo bastante intensa, Damián, que había estado hablando con uno de los matones con los que trabajaba con más frecuencia, se excusó diciendo que iba al baño y caminó hacia la mansión.

Subió la escalera del lado derecho, que daba al despacho de Luis Méndez. Le extrañó que no hubiera vigilancia. Supuso que el jefe de la familia pensaba que nadie era tan mameluco como para atreverse a hacer lo que él mismo estaba haciendo en ese momento, o bien todos los presentes eran dignos de su confianza. Sea como fuere, tuvo vía libre.

Giró el pomo, pero la puerta no se movió. Lo reintentó con ahínco, sin éxito. «Por supuesto», pensó. «¡Maldita sea! ¿Y ahora qué hago? A ver, a ver, a ver...». Le vinieron a la mente varias alternativas, pero las descartó, consciente de sus limitaciones: desconocía quién tenía la llave, era incapaz de hurtarla, aunque lo supiera, jamás había forzado una cerradura y no podía echar la puerta abajo, la opción menos sigilosa.

Echó un vistazo a su alrededor. Si una de las habitaciones colindantes estaba abierta, tal vez fuera posible colarse por la ventana del despacho. Fijó su atención en la de la derecha. Pegó la oreja con sumo cuidado y no detectó ningún ruido. Su cabeza era un hervidero de desenlaces funestos. ¿Habría alguien dentro, a pesar de no haber oído nada? ¿Y si abrían de repente mientras espiaba? ¿Subiría alguien las escaleras justo en ese momento? El bombeo de su corazón parecía agitar su cuerpo al completo.

«Lo más probable es que no haya nadie, pero si lo hay, tendré que reducirlo». «Reducirlo». Ni siquiera podía pensar en los términos «agredir» o, peor aún, «matar». Todavía estaba asqueado por la paliza al carnicero, pero lo más desagradable era asimilar su nueva realidad. Vivir rodeado de violencia y, en ocasiones, ser el ejecutor de esta, iba minando su sensibilidad, y eso lo horrorizaba.

«Venga, va, déjate de historias. Entra, y que sea lo que Dios quiera». Agarró el pomo, contó hasta tres y abrió. No había nadie dentro. Cerró de inmediato y echó un vistazo. Parecía un cuarto de invitados. Había dos esplendorosas camas, dos armarios, una cómoda y varios elementos decorativos. Al fondo, una ventana del tamaño de una puerta, idéntica a la del despacho de Luis Méndez. Se dirigió hacia ella, y tras comprobar que no había nadie a la vista, la abrió y miró a su izquierda. Un alféizar recorría la fachada y servía como decoración. Por fortuna, era lo bastante ancho para acceder a las habitaciones contiguas.

Tenía las manos sudorosas y su mente le ofrecía centenares de variantes de su eventual caída en picado, pero eso no le impidió poner los pies encima del alféizar. Pegó la espalda a la pared, y tras respirar con profundidad varias veces, se desplazó con la mirada al frente. «Por lo que más quieras, no mires abajo».

El viento soplaba con la misma languidez que antes, pero lo percibió como un huracán. Su frescura, además, helaba cada poro de su piel. Cuando el miedo le hacía perder el equilibrio, cerraba los ojos y se imaginaba tomando el sol en una playa caribeña. Así recobraba la calma y continuaba su recorrido. Cualquiera que hubiese estado enfrente de la mansión en ese momento lo habría visto, pero como la fiesta transcurría en el jardín trasero, no había testigos de su audaz tránsito de una ventana a otra.

A mitad de camino, se percató de que no tenía ningún plan en caso de que la ventana del despacho estuviera cerrada, pero se dijo que rompería el cristal. Habiendo llegado tan lejos, nada lo detendría. Por suerte, la encontró abierta.

Revisó los lomos de las carpetas de las estanterías hasta que halló uno en el que ponía «finanzas». Examinó cada folio hasta dar con un registro de pagos hechos a un individuo llamado Carmelo Nieto.

—Bingo.

No era un extracto bancario, sino una simple tabla con tres columnas: importe, fecha y destinatario. Se efectuaban cada mes y eran cantidades significativas, aunque paupérrimas si se comparaban con las ganancias de la familia Méndez. Solo figuraban los últimos seis movimientos. Imaginó que la información completa estaba almacenada en algún ordenador y que, con ese impreso, el patriarca revisaba cuánto le costaba mantener en nómina al comisario. Se lamentó de que no apareciera el ordenante, aquello no probaba la culpabilidad de nadie asociado a los Méndez.

Cuando se disponía a sacarle una foto, oyó la cerradura de la puerta. El latido de su corazón casi le rompió el pecho. Se escondió detrás de la ancha y mullida silla, pero no pudo ocultar los documentos que había desparramado sobre el escritorio. Sentado con las rodillas pegadas al pecho, se encomendó al dios en el que no creía para que lo dejara salir de allí con vida.

Lorenzo entró en el despacho. Su padre le había encomendado la tarea de llevarle unos habanos que había en la cómoda de la izquierda.

—Con lo viejo que está, y el muy cabrón no para de fumar — reflexionó en voz alta al sacar el paquete del cajón.

Fue entonces cuando reparó en el caos del escritorio. Le extrañó, ya que Luis Méndez era muy ordenado. Movido por la curiosidad, se acercó a los documentos. Damián contuvo la respiración. Detrás de la silla era invisible, incluso desde tan cerca. Aun así, estaba lejos de sentirse a salvo. «Por favor, que no me vea, por favor, que no me vea, por favor, que no me vea, por favor, que no me vea...», repetía para sus adentros.

—Puto comisario... No se merece tanta pasta —dijo Lorenzo al leer el registro.

Acto seguido, dio la vuelta y abandonó la estancia. En cuanto Damián oyó la cerradura, salió de su escondite. Estaba sudando a mares. Se secó con un pañuelo desechable y continuó con su misión. Fotografió los pagos con su móvil, se lo guardó en el bolsillo y devolvió los documentos a su lugar.

Respiró hondo. No le quedaba más remedio que salir por donde había entrado. Subió de nuevo al alféizar. A medida que se acercaba a la habitación contigua, oía unas ininteligibles voces entremezcladas con un sonido percutivo. Cuando estuvo a dos palmos, comprendió de qué se trataba: una pareja hacía el amor sobre una cama que chirriaba con cada movimiento de pelvis.

«¡No me fastidies! ¿En serio?».

Se quedó ahí, de pie, con la espalda pegada a la pared y la mirada en el horizonte, maldiciendo su nefasta suerte.

«¡La madre que los parió! ¿No podían buscarse otro picadero?».

Mientras esperaba a que los amantes terminaran, le llegó un mensaje al teléfono.

—¿Has oído eso? —dijo una chica.

—¿El qué? —dijo un chico.

—Me ha parecido oír algo en la ventana, como un móvil.

—No, mujer, ¿cómo va a ser eso? ¿Crees que hay alguien ahí o qué?

—Bah, sí, me lo habré imaginado.

Damián apagó el teléfono a toda velocidad. «¡Mira que soy idiota, lo tenía que haber puesto en modo avión!». Se le erizaron los pelos de la nuca: si hubiera recibido la notificación tan solo unos minutos antes, Lorenzo lo habría descubierto y estaría ya criando malvas.

Sonó un móvil. La chica le dijo al chico que parara y contestó. La llamada duró pocos segundos.

—¡Es mi padre, quiere que baje enseguida! ¡Corre, que nos vamos!

—¡Coño, no me jodas! ¡Si aún no me he corrido!

—¡Es lo que hay, no me mires así! ¡Venga!

La pareja se vistió apresuradamente y abandonaron la estancia.

«¡Por fin!», exclamó Damián para sus adentros.

Entró por la ventana, salió por la puerta y se reincorporó a la fiesta como si nada hubiera ocurrido.

Capítulo 14

Soplaban vientos de cambio, como Esteban estaba a punto de descubrir.

Era uno más en la larga lista de matones al servicio de la familia Méndez. Trabajaba en la rama de narcóticos, liderada por Roberto. Transportaba la droga en su camión del punto A al punto B, y desde allí se proveía a los distribuidores locales. No lidiaba con clientes ni con terceros, solo con hombres de su total confianza. Y si en algún momento un policía osaba detener su avance, una conversación de menos de diez segundos dirimía el entuerto, y se ponía de nuevo en marcha.

Excepto aquella noche.

Eran las doce y veinte de la madrugada. Esteban conducía su camión por la ruta habitual hasta que un policía le ordenó que parase. Aparcó a un lado.

—Buenas noches, señor —saludó el policía.

—Buenas noches. Trabajo para los Méndez, agente. Puede retirarse.

—¿Cómo dice?

Su tono de voz indicaba que no le había gustado la arrogancia del camionero, si bien este no se amedrentó:

—Ya me ha oído, agente. Si me hace llegar tarde, me encargaré de que el señor Méndez se entere y tome medidas.

—Baje del camión, caballero.

Era la primera vez, desde que estaba en la mafia, que un policía le daba órdenes. ¿Qué había sucedido para que perdiera el miedo a los Méndez?

—¿Tú me escuchas cuando te hablo? ¡Trabajo para los Méndez, subnormal! ¿Tienes idea de con quién te estás metiendo?

—Caballero, último aviso, bájese del camión.

No había vacilación alguna en el lenguaje verbal y no verbal del agente. Esteban desconocía el motivo, pero intuía que aquella noche la pasaría entre rejas, y dadas las circunstancias, no estaba seguro de que la familia pudiera ayudarlo. Por otro lado, todo intento

de huida era inútil: su camión no superaría en velocidad al coche policial.

Bajó gritando:

—No tienes ni idea del error que estás cometiendo, ¿te enteras?

El agente, imperturbable, le dio la vuelta y le puso las esposas.

—¡Carmelo hará que te despellejen vivo, te lo aseguro!

—Carmelo fue detenido hace un par de días —reveló el agente con una sonrisa de superioridad—. Ya no sois intocables, campeón.

Había transcurrido casi una semana desde la fiesta de cumpleaños de Roberto, quien transmitió a su padre la noticia de que habían detenido al comisario e incautado el cargamento que trasladaba Esteban. Luis Méndez citó a sus tres capitanes en su despacho para debatir sobre lo sucedido.

—¿Alguien sabe qué ha precipitado la detención de Carmelo? —preguntó el patriarca de la familia.

Se inició un partido de tenis dialéctico entre Roberto, que dio el primer raquetazo, y Lorenzo, que las devolvía todas.

—La policía encontró pruebas de que lo teníamos en nómina. No sé cómo, pero lo hicieron.

—Menudo gilipollas. Me sorprende que no lo pillaran antes.

—No, lo sorprendente es que lo hayan detenido después de tantos años sin ser detectado. Algo no ha ido como debería esta vez.

—Quizá se haya vuelto descuidado y algún poli lo haya descubierto.

—O quizá tengamos una rata en la familia.

El partido terminó. Todos callaron por un instante. Que se tratara de un traidor era factible, pero difícil de digerir. El patriarca permanecía sentado, con la espalda totalmente pegada al respaldo y los dedos entrelazados. Sus hijos caminaban de acá para allá. Martín, de pie en su sitio, seguía con las piernas abiertas y las manos cruzadas. No se había movido ni un milímetro.

—¿Crees que tenemos una rata, papá? —preguntó Lorenzo.

—Es una posibilidad que no debemos descartar —admitió Luis Méndez.

—Damián sería el principal sospechoso en tal caso —dijo Roberto, satisfecho de poder culpar de algo al antiguo contable.

—Venga ya —protestó su hermano—. Solo dices eso porque te cae mal, pero no tienes pruebas.

—¿Es coincidencia que esto ocurra justo cuando él ha entrado en la familia? —insistió Roberto.

—Lorenzo tiene razón —sentenció Luis Méndez—. No debemos sacar conclusiones precipitadas.

Roberto frunció el ceño y metió las manos en los bolsillos de su traje para que no le vieran apretar los puños. Deseaba darle un puñetazo a algo, pero se contuvo. Le dolía ver cómo miraba su padre a Lorenzo y cómo lo miraba a él. Si su hermano sugería que los Méndez construyeran un palacio en la luna, Luis Méndez movería cielo y tierra para que eso sucediese. Pero si él proponía una idea plausible, su padre mostraría reticencias para ponerla en práctica. El paso de los años no hacía que se acostumbrase a ese menosprecio, aquello parecía ser una herida que no se cerraba nunca.

Martín, que no había abierto la boca en toda la reunión, soltó una obviedad con su voz glacial:

—Tenemos que matar a Carmelo, puede que hable.

—Cierto. Encárgate tú —respondió el anciano.

Capítulo 15

Quitar una vida no debería ser nunca un asunto baladí, pero llega a serlo en determinados contextos. En el que Damián se encontraba, muchas vidas iban a ser arrebatadas aquella tarde.

El lugar estaba dominado por la inmundicia. Ratas y cucarachas corrían entre los vehículos reducidos a chatarra y los escombros iluminados por el color ámbar del sol crepuscular. Tras la desaparición de Carmelo de las filas de la policía dos semanas atrás, este escenario desolador había sido el escogido para realizar una transacción comercial con la máxima prudencia.

Lorenzo se rascaba la panza y Valentino se acariciaba el bigote mientras esperaban apoyados en el capó de su coche, con un cigarrillo en la mano. No muy lejos, los matones que los acompañaban, incluido Damián, compartían teorías sobre cómo iría el encuentro, congregados alrededor de otros dos vehículos.

—¿El Hernán este es de fiar?

—Valentino lo ha investigado y piensa que nos ayudará a expandir el negocio.

—Eso no responde a mi pregunta.

—A ver, hasta donde yo sé, Hernán no es más que un simple comerciante. No tendrá huevos de jugarlosa.

—No sé, me lo creeré cuando lo vea.

Pese a que no se preveían incidentes, la operación no estaba exenta de riesgo, por eso habían instruido a Damián en el arte de usar un arma. Se acercó a Lorenzo y le preguntó por segunda vez:

—¿Seguro que saldrá bien?

—Que sí, coño, tranquilo —le respondió en voz queda—. Nos saludamos, nos entregan las armas, les damos la pasta, y a otra cosa. ¿Quieres calmarte?

«Claro que quiero, pero no puedo», pensó Damián, y sonrió ante su propia ocurrencia. Palpó la pistola que reposaba en el bolsillo derecho de su pantalón con la vana esperanza de que le aportara cierto sosiego. Regresó junto a sus compañeros y dio vueltas alrededor de ellos como un tigre enjaulado.

Valentino había contemplado su breve intercambio de palabras sin decir nada. Al igual que a otros miembros de la familia Méndez, no le gustaba que un recién llegado sin experiencia en el oficio hablara de tú a tú a uno de los capitanes. Sin embargo, como buen profesional, dejó a un lado sus opiniones y se centró en el trabajo.

Tras varios minutos de espera, tres todoterrenos rojos aparecieron en la lejanía. El soldado sacó un maletín de su coche y se colocó a la derecha de Lorenzo. Los matones se pusieron detrás en fila horizontal, Damián incluido.

Los vehículos aparcaron a unos diez metros de la comitiva, y de ellos salieron un total de nueve personas. Iban vestidos con ropa informal, excepto el que parecía el líder, que lucía bombín, traje y zapatos de un blanco impecable.

El grupo se acercó a los Méndez, y el hombre de blanco habló con voz nasal y un tanto sobreactuada:

—Caballeros, muy buenas tardes.

—Hernán —dijo Lorenzo, haciendo una leve reverencia con la cabeza.

—Quiero empezar agradeciendo a la familia Méndez que me hayan considerado un digno compañero comercial, es un gran honor. Deseo que esta sea una larga y próspera asociación.

—Nosotros deseamos lo mismo, Hernán —respondió Lorenzo—, y estamos convencidos de que así será.

—Me alegra oír eso. No obstante, creemos oportuno poner sobre la mesa un último acontecimiento que, me temo, modifica los términos de nuestro acuerdo.

Este anuncio desagradó a los Méndez, pero esperaron a que Hernán se explicara.

—¿De qué se trata? —preguntó Lorenzo.

—Con mucho gusto os venderemos nuestro amplio abanico de pistolas, pero los rifles y los explosivos serán para el mejor postor.

—¿Cómo que para el mejor postor? ¿Estás de coña? Hicimos un pacto, Hernán. ¡Esas armas son nuestras!

Damián miraba a ambos. Los peores presagios sobre el devenir de la reunión se estaban materializando. Tenía la boca y los ojos muy abiertos.

—No hay honor entre ladrones, Lorenzo, me sorprende que no lo sepas. El que paga más es el que se lleva el botín.

El gesto de Valentino se había agriado conforme avanzaba la conversación. Él había sugerido a su superior cerrar un trato con aquel hombre, y se sentía responsable de haber puesto a los Méndez en ese compromiso.

—Hernán, ¿por qué haces esto? —preguntó—. ¿Quién es ese otro postor del que hablas? ¿Y por qué piensas que tus negocios irán mejor con él que con nosotros?

—Mi cliente me ha pedido mantener su identidad en secreto y respetaré mi palabra.

—¡Increíble! —exclamó Lorenzo—. ¡Respetas la palabra que le das a él, pero no la que nos diste a nosotros! ¿Te parece eso normal?

—Yo respeto al mejor postor. Ahora y siempre.

Valentino se maldijo. El hombre de blanco le había parecido alguien que cumplía con sus compromisos. Sin embargo, ante sí solo había un individuo con delirios de grandeza.

—Y si no piensas vendernos la mercancía —dijo el capitán de los Méndez—, ¿para qué coño has venido?

—Puede que no haya honor, pero hay respeto. Os respeto lo suficiente como para decíroslo en persona. Y sigo dispuesto a hacer negocios con mi vasto arsenal de armas cortas, si estáis interesados.

«¡Madre mía, este hombre está loco!», pensó Damián. «¿A qué juega? ¿Tantas ganas tiene de cabrear a los Méndez?».

—¡Pero qué huevazos, tío! —gritó Lorenzo—. Eres un hipócrita, ¿te enteras?! Hablas de respeto, pero luego rompes la palabra que nos diste. Entiéndeme bien: hoy te irás con nuestro dinero o con nuestras balas. La elección es tuya.

—Lorenzo, no he venido hasta aquí para iniciar un tiroteo.

—¡Ya me has oído! Cumple tu palabra o atente a las consecuencias.

Hernán exhaló aire al tiempo que negaba con la cabeza.

—¿Es así como quieres que acabe esto? Os superamos en número, amigo mío.

—Nos superáis en número, pero no en cojones.

Tras una risotada sobreactuada, Hernán dijo:

—Muy bien, que así sea.

Ambos bandos desenfundaron sus armas y Damián corrió a esconderse detrás del coche más cercano sin mayor preocupación que la de proteger su vida. Lorenzo y Valentino lo imitaron, pero también pusieron sus pistolas a trabajar. Los hombres de Hernán, más rápidos, habían iniciado la ofensiva. Uno de los matones de los Méndez cayó antes de que pudiera reaccionar.

Damián no estaba solo en su escondrijo. Otro de los matones de la familia lo acompañaba. Sin embargo, este no temblaba de miedo ni se veía sobrepasado por la situación. Al contrario, repartía balazos a diestro y siniestro y eliminó a uno de los hombres de Hernán.

—¿Qué coño haces, tío?! —le gritó—. ¡Ponte a pegar tiros de una vez!

Damián lo miró con la cara desencajada de terror mientras el otro volvía a concentrarse en la batalla. Se colocó en cuclillas y echó un vistazo a través de las ventanas del vehículo. Había ocho individuos en el bando rival, Hernán incluido. Por parte de los Méndez, eran seis. De momento, había caído uno de cada bando.

Una bala perdida atravesó el cristal. Le pasó tan cerca que un alarido escapó de su garganta, y cayó al suelo, no porque se hubiera puesto a cubierto, sino porque le fallaron las piernas.

—¡No te vengas abajo, coño! ¡Te necesitamos! —dijo el matón—. ¡Escucha, Lorenzo nos necesita! ¡Se va a quedar sin balas de un momento a otro y será el fin!

No quería admitirlo, pero el mafioso tenía razón. Si el capitán moría en aquel lance, sus días con los Méndez estarían contados. Poco importaba que ya llevase tiempo con ellos y se hubiera ganado el afecto de unos pocos; para la mayoría de la familia no dejaba de ser el protegido de Lorenzo, y desconocía lo que sería de él una vez desprovisto de ese privilegio. Además, Roberto seguía aborreciéndolo y, si su hermano moría, tal vez descargara su ira contra él, aunque no fuera el responsable de su muerte. Para no acabar así, debía pasar a la acción, por más que detestara la idea.

Tenía poca práctica con la pistola. De hecho, solo la había empuñado durante la clase que le impartió Valentino. Y las balas

eran un bien escaso. Sus compañeros, expertos tiradores, eran capaces de alcanzar a los enemigos desde esa distancia, pero él no. Necesitaba acercarse para maximizar las probabilidades de acertar con sus disparos.

Respiró hondo, contó hasta tres y corrió con la celeridad del rayo hasta esconderse detrás de una hilera de vehículos apilados en un lateral. Alguien intentó pararle los pies, pero la bala impactó en la carrocería de un coche.

Quienes lo vieron pensaron que se había acobardado y emprendía la huida. Pero Valentino se percató de la estratégica ubicación de esos vehículos: terminaban cerca de donde se encontraba la banda del hombre de blanco. Supuso que Damián iba a darle la vuelta para sorprenderlos por el otro lado.

Lo tenía todo de cara para hacer su jugada. Se acercó a la esquina de la hilera y preparó su pistola. «Venga, va, que tú puedes. Tienes que hacerlo, no te queda otra», se repetía una y otra vez.

Después de contar hasta tres, salió del escondite enarbolando su arma y comenzó a disparar. Mató al pistolero que tenía más cerca e hirió de gravedad al que estaba a su lado, que, con los reflejos de una gacela, le disparó antes de caer al suelo. Soltó un chillido estremecedor al sentir como la bala atravesaba su muslo derecho y se desplomó detrás de uno de los todoterrenos de Hernán.

Su grito fue distracción suficiente para que los Méndez aniquilaran a otros tres del bando rival. Solo quedaban vivos aquel al que Damián había disparado en el ombligo, que se desangraba como un cerdo y gemía de dolor, y el hombre de blanco, que comprendió que había perdido la batalla. Se aseguró de que los Méndez vieran como arrojaba su pistola al suelo, en señal de rendición.

Lorenzo, junto con sus matones, se acercó al hombre tendido sobre un charco de sangre y puso fin a su sufrimiento con un tiro en la cabeza.

—Lorenzo, escucha —dijo Hernán, quien confiaba en salir de aquel entuerto a golpe de labia—, sé que he cometido un error, ¿vale? He pecado de arrogante y, lo que es peor, os he faltado al respeto. Recuperemos el trato original, ¿de acuerdo? Mejor todavía: os hago un descuento mayor del que negociamos al principio. ¿Qué os parece?

—Nadie intenta joder a los Méndez y vive para contarlo.

—¡Espera, Lorenzo!, ¡por favor...!

Pero no esperó.

Capítulo 16

Los torpes movimientos de Damián al entrar en el coche llamaron la atención de Julia.

—¿Qué te ha pasado?

No quería hablar de su cojera, pero, conociendo a su interlocutora, no podía escurrir el bulto.

—Hubo un tiroteo hace un par de días.

—No jodas. ¿Qué ocurrió?

—Lorenzo iba a comprar armas a un tío excéntrico, por decirlo de manera suave. Seis de los nuestros nos reunimos con él y su gente. La cosa no salió bien y aquello se convirtió en una batalla campal. Tuve suerte de que solo me dieran en el muslo.

—Madre mía.

Julia analizó lo que acababa de escuchar. Damián escudriñaba su rostro. De pronto, ella lo miró:

—¿Tuviste que disparar?

—Julia, por Dios...

—No trato de juzgarte, solo lo pregunto porque no quiero que te vengas abajo ahora, con lo lejos que hemos llegado y con todo lo que nos queda por delante. Si te viste en la obligación de matar a algún cabronazo traficante de armas, entiendo que te resulte duro moralmente, pero no te tortures por ello, ¿vale? Aguanta un poco más, y ya verás como los metemos en chirona.

«Qué fácil es hablar. Tendrías que vivirlo en primera...». Se detuvo a mitad de reflexión. Ella era policía, probablemente ya lo había vivido.

—¿Lo dices por experiencia propia?

El semblante de Julia, siempre serio y sin concesiones, se agrietó, y de entre las rendijas se escapaban atisbos de empatía y humanidad.

—Sí.

—¿Cómo te sentiste la primera vez?

—Sinceramente... No sentí nada.

Aquella era la respuesta más imprevista.

—¿Nada de nada?

—Nada.

—¿Pero cómo...? Quiero decir...

—Me tocó hacer una redada en un piso que era un laboratorio de metanfetamina. Uno de los hijos de puta que había allí se puso rebelde y nos recibió a balazos. Incluso le dio a uno de los nuestros. Lo acorralamos, pero yo tenía mucha munición y estaba dispuesta a usarla. En cuanto vi mi oportunidad..., la aproveché.

Damián escuchaba expectante, su pregunta original seguía sin respuesta.

—Lo que quiero decir es que no dejé que aquello me afectara, ¿sabes? Era o ellos, o nosotros. Por lo que a mí respecta, hice mi trabajo. Plantéatelo así. Lo que estás haciendo dentro de la familia Méndez, por doloroso que sea en ocasiones, es trabajo, ni más ni menos. Piensa que gracias a ti lograremos que esas atrocidades lleguen a su fin. Sé paciente, aguanta, esto acabará pronto.

—Lo intentaré.

La agente se dio por satisfecha y prosiguió con el tema principal de la reunión:

—En otro orden de cosas, tu próximo objetivo es Martín Méndez.

Solo con oír ese nombre, le daban escalofríos. El aspecto de aquel individuo lo había intimidado desde el minuto uno. Y por si eso fuera poco, había oído historias sobre lo sanguinario y despiadado que era.

—Ese tío me aterra.

—Ese tío es uno de los mayores cabronazos de la familia. Trafica con mujeres. Coge chicas de países pobres de Latinoamérica y del sudeste asiático, las trae en contenedores industriales como si fueran una mercancía cualquiera y las obliga a ejercer la prostitución en condiciones infrahumanas. Y si a alguna infeliz se le ocurre rebelarse, la mata de la manera más salvaje que se le ocurra. Es un cerdo con mayúsculas. Debemos acabar con él cuanto antes, pero para eso necesitamos pruebas, y ahí es donde entras tú. Vas a espiarlo día y noche hasta que se te presente la oportunidad de grabar alguna de sus fechorías. Entonces iremos a por él.

—Vale, pero tengo una pregunta: ¿no sería mejor ir a por Luis Méndez directamente?

—Luis puede esperar. Los Méndez cometen crímenes todo el tiempo, pero este es uno de los peores. Están torturando a esas pobres chicas, hay que ayudarlas ya.

—Me preocupa que te dejes llevar por las emociones y no mantengas la cabeza fría.

Damián se sorprendió con su propio comentario. Tan solo unos meses atrás, no hubiera osado poner en duda las decisiones de un agente de policía, y menos aún con tanta frialdad. Julia reaccionó con ímpetu:

—No te atrevas a cuestionar mis órdenes, ¿te enteras? Harás lo que te digo, o irás derecho a prisión. ¿Está claro?

—Clarísimo.

Las alarmas de Mario se activaron cuando, al aproximarse a su silla, vio a Damián cariacontecido y cabizbajo al otro lado del cristal.

—¿Qué te pasa, tío? Parece que seas tú el que está en chirona y no yo.

Su broma no tuvo el efecto esperado. Damián apenas reaccionó. Le costaba emitir sonido alguno.

—Ey, ¿va todo bien con... aquello? —le preguntó el preso.

—Este trabajo va a acabar conmigo.

—¿Por qué?, ¿qué ha ocurrido?

—He hecho una cosa terrible.

—¿De qué se trata?

Damián dio un rápido vistazo a los policías cercanos, se inclinó hacia su amigo como lo haría si aquella conversación tuviera lugar en la mesa de un restaurante y dijo en voz queda:

—He matado a un hombre.

—¿Qué?

Mario había exclamado con el volumen suficiente como para que el policía que lo acompañaba le diera un toque de atención. Se disculpó, se volvió hacia Damián y le dijo:

—¿Estás hablando en serio, tío?

—Hubo un tiroteo con un traficante de armas. Una auténtica locura. Todavía no me creo que saliera vivo de aquello.

—La hostia...

El preso necesitó algo de tiempo para que las palabras de Damián se asentaran en su mente y tomaran forma.

—¿Y cómo te encuentras?

—Eso es lo peor de todo. Debería sentirme fatal, ¿sabes? Debería estar horrorizado por lo que hice y, sin embargo, me encuentro bien. Es más, hay una parte de mí que disfrutó disparando a ese tío.

—Damián, no digas eso, por Dios...

—Va en serio. Desde que estoy en la mafia, la violencia me fascina cada vez más, y eso es lo que de verdad me aterra: la clase de persona en que me estoy convirtiendo.

—Tío, mírame. —Acompañó sus palabras con un gesto de los dedos—. Escúchame bien: tú no eres así, ¿estamos?

—No lo sé, Mario. Toda mi vida he creído que no era así, pero cuando te ves obligado a hacer ciertas cosas... Es horrible, es un estilo de vida que saca lo peor del ser humano.

—Tú, hagas lo que hagas, no olvides quién eres, ¿de acuerdo? Mantén la cabeza fría, todo pasará pronto.

—No es tan fácil. —Damián movía su pierna izquierda sin parar, como si tuviera el pie en el pedal de una máquina de coser—. Suerte que te tengo a ti —prosiguió—. Ni a la policía ni a la mafia puedo contarles lo mal que lo paso. Finjo que nada me afecta, pero sí que lo hace. Me estoy convirtiendo en... Bueno, ¿qué digo? Me he convertido ya en un ser despreciable.

—Basta. No digas sandeces, que al final te las creerás. ¿Hasta cuándo tienes que hacer esto?

—Hasta que los Méndez sean historia.

—¿Y eso será dentro de cuánto? ¿Uno, dos, tres meses?

Damián negó con la cabeza.

—No lo sé.

Capítulo 17

¿Cómo se come uno a un elefante? Trocito a trocito. Y Damián había salido esa noche a por un nuevo bocado.

Casi dos meses de espionaje intermitente le hicieron falta para que se le presentara la oportunidad que buscaba. Era noche cerrada. Metido en su coche, iba tras la estela de Martín, que recorría la ciudad. Agradeció en su fuero interno que Valentino le hubiera enseñado a seguir a un vehículo sin levantar sospechas. Debía aplicar esa habilidad con miembros de bandas rivales, políticos o altos cargos de empresas, pero, por ironías de la vida, la estaba poniendo en práctica para ayudar a la policía a atrapar a uno de los capitanes de los Méndez.

Martín llegó al puerto y aparcó en una de las plazas disponibles en el aparcamiento de la entrada. Lo acompañaban tres matones, y Damián supuso que habría más gente trabajando dentro. Entrar allí era suicida, así que miró a su alrededor con el objetivo de que se le ocurriera alguna idea.

Reparó en la colina que había a su derecha. Condujo hasta arriba, desde donde disponía de una excelente vista del puerto y, en consecuencia, sería capaz de grabar al capitán en acción. Julia le había prestado una cámara de vídeo de precio superlativo y calidad similar. Se acostó boca abajo, la apoyó en una roca y comenzó a grabar. Los hombres parecían hormigas, de modo que acercó la imagen e hizo una panorámica de reconocimiento, en busca de Martín. Lo encontró hablando con un subordinado. Al poco rato, este último abrió uno de los contenedores. De su interior salieron unas mujeres maniatadas. «Ya te tengo, miserable», pensó mientras se aseguraba de que estaba grabando. Eran asiáticas y daban la impresión de rondar la veintena. Algunas, ni eso. Caminaban a la derecha del capitán, hacia una furgoneta cercana. Damián se preguntó por qué Martín estaba supervisando la operación, en vez de enviar a uno de sus soldados. El intento de huida de una de las chicas lo sacó de su reflexión.

Martín bramó una orden y la chica fue capturada de inmediato. La arrodillaron con violencia frente a él. El capitán se ausentó un

instante para ir al maletero de su coche y regresó con un instrumento en las manos. Tras un nuevo zum, descubrió que era un martillo. Martín habló al grupo de chicas maniatadas, si bien, desde tan lejos, Damián no oía sus palabras. A continuación, se giró hacia la chica arrodillada y le dio un martillazo en la boca. Varios dientes salieron disparados. Las otras chicas no pudieron reprimir un grito de horror. La agredida cayó al suelo y, cuando los matones la levantaron, Martín volvió a golpearla, esta vez desde el otro lado. Al alzarla de nuevo, sus compañeras vieron el reguero de sangre que manaba del horroroso hueco que había en su dentadura. El capitán la agarró del mentón y le dedicó unas palabras. La chica asintió. Acto seguido, Martín se dio la vuelta y habló al grupo. Todas negaron con la cabeza y caminaron en dirección a la furgoneta.

Damián no había apartado la mirada de la escena, ni siquiera cuando Martín agredió a la chica. En otro tiempo que parecía ya muy lejano, lo hubiera hecho, pero ahora lo seducía la sensación de poder, conseguir lo que quería mediante el uso de la fuerza con total impunidad, que, por el hecho de pertenecer a los Méndez, nada ni nadie pudiera detenerlo.

Por un instante, incluso olvidó que trabajaba para la policía.

Capítulo 18

Al día siguiente, como cada tarde a las tres, Martín acudió a la cervecería de su hermano. Julia y su compañero Javier, joven pero con temple, lo aguardaban en la calle, dentro del vehículo policial aparcado no muy lejos de la entrada. Damián había enviado el vídeo a la agente, así que ya tenían lo que necesitaban para detener al capitán.

—Si entramos ahí, cabe la posibilidad de que sea lo último que hagamos. Debemos esperar a que salga —explicó Julia a su compañero.

—¿Crees que hay vigilancia dentro?

—El hermano de Martín tiene su propio historial de violencia y de odio a la policía. Es probable que él mismo saque una escopeta y nos llene de plomo.

—De acuerdo, pero ¿y su guardaespaldas?

—Confío en que a ninguno de los dos les dé por hacer una estupidez en mitad de la calle a plena luz del día.

Al cabo de media hora, Martín y su guardaespaldas abandonaron el local. Julia dio la orden:

—Vamos.

Salieron del vehículo y caminaron hacia su presa.

—¡Martín Méndez! —exclamó la agente.

El interpelado y su acompañante se dieron la vuelta y cruzaron miradas con ambos policías.

—Queda arrestado por tráfico de personas y...

El capitán echó a correr en dirección opuesta. Julia lo siguió. Javier lo intentó, pero recibió un placaje del guardaespaldas.

El fugitivo giró a la derecha tan pronto como pudo. Apartaba con violencia a todo el que se interponía en su camino, al tiempo que buscaba la forma de dar esquinazo a su perseguidora. Se adentró en una vía peatonal atestada de gente. Julia aún lo divisaba, pero se le hacía difícil acercarse debido a la cantidad de personas. Lo siguió por una calle estrecha que salía de la peatonal y lo vio entrar en un edificio. Una señora mayor asomada al pie de las escaleras gritó que iba a llamar a la policía.

—La policía ya está aquí, señora —dijo Julia, sin disminuir la velocidad de su persecución.

Subió por las escaleras. Oyó como una puerta se abría, una súbita corriente de aire y el ruido del exterior. Continuó hasta la azotea, pero, antes de cruzar la puerta, frenó y sacó su pistola. A menos que Martín se hubiera jugado el cuello saltando a un edificio contiguo, estaría ahí, dispuesto a recibirla con un disparo.

—¡No tienes adónde ir, Martín! ¡Tira el arma y ponte de rodillas con las manos en la nuca ahora mismo!

Julia probó suerte. Si el capitán de los Méndez era lo bastante tonto, tal vez revelara su posición. Pero no hubo respuesta. Debía entrar.

La puerta estaba abierta de forma que podía asomarse por un lado sin ser vista por el otro. Preparó su arma y avanzó unos pasos. No había nadie a la izquierda. Por tanto, estaba a su derecha.

Julia pidió refuerzos.

—¿Has oído eso? ¡Los refuerzos están en camino! ¡No hay escapatoria! ¡Ríndete y todo será más fácil para ti!

—¡Vete a la mierda, zorra! ¡Ni con el ejército me sacáis de aquí! ¡Os mataré a todos!

A pesar de que oía su voz por primera vez, le pareció demasiado aguda y desafinada. Tal vez, al ver como su privilegio de estar por encima de la ley se desvanecía, había perdido los estribos. En cualquier caso, confirmó sus sospechas: Martín estaba en algún lugar, a la derecha de la puerta.

Por muy buenos reflejos que tuviera y por muy rápida que fuese con el gatillo, salir por ese lado era una temeridad. No deseaba poner a prueba la puntería de su contrincante. La otra opción era ir por la izquierda. La esquina se hallaba cerca, tanto como para llegar hasta ella pegada a la pared y doblarla sin ser vista gracias a la puerta, siempre y cuando Martín estuviese en el ángulo apropiado, que era lo más probable, dada la distancia.

En cuanto se sintió preparada, giró la esquina a toda velocidad. No oyó ninguna reacción. Avanzó con cautela pero a buen ritmo para cazar a su presa antes de que intentara huir por donde había venido. Dobló la siguiente esquina, segura de que no habría nadie. Acertó. Y continuó adelante. Al llegar a la última, se colocó en

posición y salió. Allí estaba Martín, con la mirada fija en la puerta abierta. Corrió hacia él, apuntándolo con la pistola, pendiente de cualquier alteración en su postura.

—¡Tira el arma y al suelo, ahora!

El rostro del mafioso mostraba ira contenida y decepción. Cerró los ojos y, cuando los abrió, trató de disparar a Julia, pero ella fue más rápida y lo tumbó con un certero balazo en la frente.

—¿Veis lo que ha pasado? ¡Esto ha sido culpa de Damián! —gritaba Roberto mientras deambulaba de un lado a otro. Estaba más alterado que nunca.

—¡Y dale con la misma mierda todo el rato! —protestó Lorenzo—. Lo acusas sin pruebas, solo porque te cae mal.

—¡Y tú te niegas a aceptar la verdad por tu estúpida amistad con él!

—Sosegaos los dos ahora mismo —dijo Luis Méndez.

—¿Calmarme, papá? ¿En serio? ¡Hemos perdido a uno de nuestros mejores hombres! Leal como ningún otro, implacable, eficaz, ¡lo tenía todo, joder!

—Encontraremos un sustituto.

—¿Pero por qué soy el único que se preocupa? ¿Es que no veis lo que pasa? Primero, Carmelo; y ahora, Martín. ¡Nunca nadie se había atrevido a ir a por nosotros de esta forma!

—Nadie ha ido a por nosotros, genio —dijo Lorenzo—. Carmelo era un gilipollas que dejó rastro hasta su botín secreto, y a Martín lo mató la policía, no una familia rival.

A Roberto le faltaban fuerzas para seguir gritando. Tras darse una pausa para respirar, explicó en un tono más tranquilo las razones de su desconfianza.

—¿De verdad no os parece raro que estos dos eventos hayan ocurrido en tan poco tiempo? No puede ser coincidencia. No olvidéis que, a pesar de controlar a la policía durante todos estos años, siempre nos hemos deshecho de las pruebas que nos incriminaban. ¿Sabéis cuántas de esas pruebas delataban a Martín? Cero. Absolutamente ninguna. Martín siempre fue un profesional como la copa de un pino, nunca dejaba pistas. Me niego a creer que se haya

vuelto descuidado de repente. Si la policía ha actuado contra él es porque tienen pruebas de su culpabilidad. Alguien de dentro se las ha dado, es la única explicación.

—No es la única, Roberto. Posees la suficiente inteligencia como para saberlo —dijo el anciano.

—No es la única, pero sí la más probable, papá. Dime, ¿alguna vez Martín hizo un trabajo que no fuera perfecto?

El hijo mayor hizo dudar a Luis Méndez, algo que poca gente había logrado.

—Todos somos humanos, coño —dijo Lorenzo—. Incluso Martín podía cometer errores.

—No, Martín no. En veinte años de trayectoria, jamás ha cometido uno. Jamás. Es culpa de Damián, papá. Estoy seguro, y sé que en el fondo tú también.

—No tenemos pruebas, papá. No puedes joder a ninguno de nuestros hombres sin pruebas.

—¡Basta! —exclamó Luis Méndez—. Silencio.

Sus hijos se callaron al instante. El jefe, agotado, se masajeó las sienes.

—Esta discusión es estéril —continuó—. Roberto, si tan convencido estás de la culpabilidad de Damián, consigue pruebas. En cuanto las tengas, considérate libre de acabar con su vida. Hasta entonces, dejad de agobiarme con este tema, los dos.

Aquello puso fin a la reunión, pero nadie salió satisfecho de allí.

Capítulo 19

El elefante, que veía como pedacitos de su cuerpo iban desapareciendo, quiso saber si unos parásitos se habían alojado en su piel.

Como cada semana, Damián se disponía a verse con Julia en el valle habitual, tras posponer el encuentro un día porque Valentino le había ordenado «dar un escarmiento», expresión que usaba a menudo en estos casos, a un pobre diablo que no había pagado la primera cuota del préstamo pedido. No le reveló a la agente la verdadera razón, se limitó a decir que tenía trabajo esa noche. Ya ejecutaba estos encargos con la misma serenidad y eficiencia que los balances cuando era contable. Ella, por supuesto, conocía de sobra la clase de tareas que su confidente se veía obligado a realizar, y este sabía que lo sabía, pero aún le resultaba difícil verbalizar esas acciones vituperables, por cómodo que se encontrase con ellas.

Así pues, se dirigió a su coche, aparcado como siempre en un descampado a tres manzanas de su casa. Eran las seis de la tarde, y la luz solar decrecía por momentos. Metió la llave en la cerradura de la puerta mirando a su alrededor con aire distraído. Dos individuos apoyados en la esquina del edificio colindante fumaban mientras mantenían una conversación distendida y un grupo de adolescentes pasó de largo, escuchando reguetón a todo volumen en un móvil.

—Cuanto más alta suena la música, peor es —dijo al sentarse.

Encendió la radio, con la memoria USB conectada, y se puso en marcha. Sonó el disco *Language* de The Contortionist. Tenía unos cuarenta minutos de camino por delante, de modo que aprovechó para pensar en su trayectoria dentro de la familia Méndez y en cómo había cambiado su vida en esos meses. De pronto, se acordó de sus padres, algo que procuraba evitar. Le hizo gracia imaginarse que, si se enteraban de que era un mafioso, reaccionarían con la misma indiferencia con la que lo trataron de niño. Hacía muchos años que no sabía nada de ellos, y lo prefería así.

Al llegar a un semáforo en rojo, echó un vistazo a su retrovisor de manera inconsciente, pero reparó en un detalle que lo inquietó: había un Toyota Corolla gris claro detrás de él y los ocupantes parecían los dos hombres que había visto charlando en la esquina de aquel edificio. «¿Me están siguiendo? No puede ser, se me va la olla», pensó. Continuó por la autopista durante veinte minutos más, siempre con un ojo pegado al retrovisor. No volvió a ver ningún Toyota Corolla gris claro. ¿Le habían engañado sus ojos? A pesar de que ya no lo seguía nadie, elucubró sobre quién podría espiarlo. Llevaba varios meses infiltrado y, hasta el momento, nada le hacía pensar que lo hubieran descubierto. No veía razón alguna para que fueran miembros de los Méndez. ¿Y si se trataba de otra familia? Tampoco encontró motivos que lo justificaran. Todas esas divagaciones se tradujeron en una ligera opresión en el pecho. «¿Quieres calmarte?», se decía. «Te estás volviendo paranoico».

La autopista cruzaba por un paisaje repleto de árboles y arbustos secos, últimos retazos del invierno. Damián tomó la salida que conducía al valle, pero paró en la gasolinera que se encontraba más adelante. Mientras le llenaban el depósito, se bajó del coche, no tanto para desentumecer sus músculos, que también, sino con la esperanza de deshacerse de los nubarrones que asolaban su mente. Estiró los brazos, tomó aire y lo soltó con un gran soplo. Se dio la vuelta, y entonces lo vio: el mismo Toyota Corolla de antes, aparcado a unos treinta metros. Entornó los ojos. No vio bien a quienes estaban en su interior, pero guardaban parecido con los individuos que había visto charlando. Su sospecha no era infundada: lo seguían.

—Cincuenta y nueve con cincuenta, caballero —dijo el trabajador de la gasolinera, que había terminado de repostar.

Damián, sin apartar la mirada del Toyota, le entregó un billete de cincuenta euros y uno de diez, y lo invitó a quedarse el cambio. Tenía la boca medio abierta y apenas parpadeaba. Se acordó de Julia, que lo estaba esperando. Volvió a meterse en el coche, sacó su móvil y la llamó.

—Escucha, no sé muy bien por qué, pero hay un Toyota Corolla de color gris claro que va detrás de mí todo el rato, desde que salí de casa. —Su voz sonó tranquila, tanto que hasta él mismo se

sorprendió. En ese instante fue consciente de lo mucho que se había acostumbrado a ese tipo de situaciones.

—No jodas —dijo Julia. A pesar de su sorpresa, mantuvo la calma

—. ¿Quiénes son? ¿Los has reconocido?

—No tengo ni idea.

—¿Crees que son de los Méndez? ¿Se te ocurre algún motivo para que sospechen de ti?

Damián se esforzó en encontrar alguno, pero no se le ocurrió nada. Salvo una cosa.

—Roberto me tiene ojeriza. Quizá sean hombres suyos, que intentan descubrirme haciendo algo que no debería.

—Pues casi lo consiguen, ¿no? ¿Dónde estás ahora?

—En una gasolinera, a diez minutos del sitio.

—Entonces, ¿no saben adónde ibas?

—No.

—Perfecto, reunión abortada. Vuelve a casa, ¿de acuerdo?

—Entendido.

Damián colgó y echó un nuevo vistazo al Toyota Corolla desde el espejo retrovisor. Recordó cuando se infiltró en el despacho de Luis Méndez y el tiroteo con los hombres de Hernán. A diferencia de esos episodios, en ese momento no sentía que su vida corriera peligro. Su instinto le decía que, de quererlo muerto, habrían abierto fuego contra él en el descampado. Lo único que pretendían era vigilarlo. Eso lo tranquilizó. Arrancó el coche y dio media vuelta, en dirección a su casa. El Toyota lo siguió, pero ya le daba igual.

Al día siguiente, el teléfono fijo de la mansión de Luis Méndez sonó. Uno de los mayordomos respondió:

—Residencia Méndez, ¿quién llama?

—Soy Roberto. ¿Está disponible mi padre?

—El señor aún duerme.

—¿En serio? Si son las nueve ya.

—Es cuanto puedo decirle. Su desayuno lleva esperándolo media hora.

—Haz el favor de ir a despertarlo, necesito hablar con él.

—Enseguida, señor.

El mayordomo caminó hasta la habitación del anciano. Llamó a la puerta con los nudillos dos veces.

—¿Señor Méndez?

No hubo respuesta.

«El señor tiene el sueño especialmente pesado hoy», se dijo. Al abrir, lo encontró en la cama, boca arriba, con los ojos cerrados y expresión plácida.

—¿Señor?

Ni un ínfimo movimiento. Ni siquiera el pecho o la barriga del anciano ascendían y descendían a intervalos regulares. No respiraba.

El mayordomo lo agarró del hombro y lo zarandeó, sin violencia pero con firmeza, repitiendo su nombre. Sin embargo, no existía posibilidad alguna de que despertara, pues había llegado su hora.

Capítulo 20

Aquello parecía un funeral de Estado. Personalidades de los altos estamentos de la sociedad presentaban sus respetos al sagaz líder de la familia, fallecido dos días antes. Lo quisieran o no, debían hacerlo por miedo a las represalias, pues cualquier ausencia se tomaba como un insulto. Sin embargo, muchos de ellos iban a cortar lazos con la mafia a partir de entonces. Algunos, porque su conexión empezaba y terminaba con el difunto, de quien eran amigos íntimos. La mayoría, en cambio, porque era sabido por todos que la policía iba a por los Méndez y no querían correr el riesgo de que los relacionaran públicamente con ellos. Esto, como cabía esperar, no le sentó bien a la familia, pero no tomaron medidas porque, con la policía respirándoles en la nuca, les convenía ser prudentes.

Una vez más, Roberto fue testigo de la predilección de su padre por su hermano, que se erigió como nuevo jefe de la familia por deseo expreso de Luis Méndez, quien lo había manifestado por escrito y de viva voz en reiteradas ocasiones a los capitanes de la familia. Lorenzo le arrebatava así el puesto para el que él se consideraba mejor preparado. Intentaba no estar resentido con ninguno de los dos, pero no podía evitarlo. Él había aportado mucho valor a la familia, sus decisiones eran siempre las correctas y su buen juicio y fuerza lo convertían en el digno sucesor; sin embargo, nada de eso había sido suficiente para ganarse la confianza ni el amor de su padre, al menos, no en la misma cantidad y calidad que Lorenzo. Aunque le dolía admitirlo, los odiaba por ello.

El cambio de líder era una ceremonia carente de pompa y boato pero repleta de solemnidad. Se celebró tres días después del funeral, alrededor del mediodía. Todos los miembros de la familia presenciaron el acto, celebrado en el jardín de la mansión del difunto Luis Méndez, ahora propiedad de Lorenzo. Se dispusieron sillas para los asistentes y se preparó comida para después. El hijo menor juró su lealtad a la familia una vez más, como siempre se hacía en actos de este tipo, y a continuación dio un discurso.

—Compañeros, voy a ser breve, ya que el tiempo es oro. En primer lugar, quiero informaros de que vamos a expandir nuestros negocios. Nos iniciaremos en el mundillo del juego. Tenemos ya licencias para abrir dos casinos, pero esto es solo el comienzo. Ya veréis, ganaremos un pastizal de puta madre.

La audiencia aplaudió con entusiasmo el prometido incremento de poder y de ingresos de la familia Méndez.

—En segundo lugar —continuó—, os anuncio quiénes serán nuestros nuevos capitanes.

La expectación del público aumentó.

—Martín será reemplazado por Eduardo.

Hubo un aplauso cortés para el recién ascendido, quien se levantó y dio las gracias a todo el mundo y, en especial, a Lorenzo, con una sonrisa de niño que no le cabía en el rostro. Su nombramiento entraba dentro de lo previsto, pues había sido la mano derecha de Martín durante años y era el que mejor conocía el negocio de la prostitución.

—Y yo seré reemplazado por Valentino.

Dedicaron una gran ovación a uno de los hombres más veteranos y respetados de la familia. Al igual que Eduardo, se levantó y saludó a los presentes en señal de agradecimiento.

—Y nuestro nuevo y flamante negocio del juego será liderado por Damián.

El aplauso tardó en producirse, y fue lánguido. Estaban en desacuerdo con la decisión de Lorenzo, pero se veían obligados a aceptarla. Todas las miradas se clavaron en el mencionado, en especial la de Roberto, cargada de odio recalcitrante. Sin embargo, eso no lo intimidó. Le había expresado esa animadversión de múltiples maneras en muchos momentos. Además, estaba abstraído en su batalla interior. Que lo nombrara capitán de la familia Méndez era el máximo honor al que podía aspirar, solo por detrás de ser el jefe absoluto, y le proporcionaba los privilegios que había codiciado toda su vida. Por otro lado, el puesto venía con unas responsabilidades enormes que quizá no supiera satisfacer. Debía trabajar más duro que el resto de los capitanes para ganarse el respeto de sus hombres.

Tras concluir su discurso, Lorenzo fue asaltado por su hermano:

—Tenemos que hablar, en privado.

El nuevo jefe de los Méndez asintió, consciente de que iban a dirimir la controversia suscitada por el ascenso de Damián. Subieron a la azotea de la mansión, un amplio espacio abierto delimitado por columnas con un estilo similar al corintio. Las praderas y montañas que se atisbaban desde allí lucían apagadas debido al cielo nublado.

Mientras Lorenzo se encendía un cigarrillo, Roberto expuso sus preocupaciones.

—¿Te has vuelto completamente loco o qué? ¿A quién se le ocurre hacer capitán a un matón de tres al cuarto sin experiencia con nosotros ni en el mundillo en general? Lorenzo, ni siquiera tú eres tan estúpido como para no darte cuenta: es una mala idea, una idea terrible.

—Tranquilízate, ¿quieres? —dijo su hermano tras dar una calada—. Damián es la mejor opción para dirigir el negocio del juego.

—Ya me dirás por qué. ¿Cuánto lleva con nosotros?, ¿seis meses, tal vez? La mayoría de nuestros hombres llevan años. ¿Por qué Damián y no cualquiera de ellos? —Sus palabras se tropezaban unas con otras, y se esforzaba en hacerlas inteligibles.

Lorenzo lo escuchaba, tratando de contener su temperamento.

—Porque, a diferencia de cualquier otro de nuestros hombres, Damián es contable. Un puto contable de verdad, quiero decir, con titulación y práctica. Es justo lo que necesitamos para controlar las cuentas de los casinos. Y si no tiene experiencia en el mundillo, da igual, yo mismo le enseñaré lo que debe saber, y aprenderá rápido. Por eso lo he ascendido. ¿Contento?

—Maravilloso —ironizó Roberto—, es el candidato ideal, ¿no? Salvo por un detalle: mis chicos estuvieron siguiéndolo el otro día: salió de la ciudad, paró a repostar en una gasolinera y, solo cuando se percató de que lo espiaban, se dio la vuelta y regresó a su casa. ¿Te importaría explicarme el porqué de ese repentino cambio de planes? Se supone que no oculta nada, ¿no? ¿Qué más le da que mis chicos lo vean? ¿Qué sentido tiene irse de paseo treinta kilómetros solo para llenar el depósito del coche?

—¿Y yo qué coño sé? —exclamó Lorenzo, que empezaba a perder la paciencia—. ¡Igual fue a visitar a su familia del pueblo y no

quería que tus chicos supieran dónde vive! ¿Se te pasó eso por la cabeza, eh? ¿A que no? Tú y tu puta obsesión con Damián, joder...

—¡Coño, pues que lo diga! Si de verdad es eso, ¿por qué no lo dice?

—¿Y yo qué coño sé? —repitió Lorenzo, hastiado.

Se hizo el silencio.

—Mira —dijo Lorenzo—, Damián está a punto de dar un gran paso en la familia y lo necesito concentrado, así que esa vigilancia tiene que acabarse de inmediato. No quiero que lo pongas nervioso con tus paranoias de mierda, ¿estamos?

—Dame un par de semanas más, y te aseguro que lo pillaré con las manos en la masa.

—No me hagas repetírtelo —respondió con voz grave y seria.

Roberto parecía a punto de explotar. Miró a las montañas, luego a su hermano, y dijo:

—Estás cometiendo un terrible error.

—Me han nombrado capitán —dijo Damián a Julia al día siguiente.

—No jodas. ¿Qué has hecho para que te asciendan?

—Ser amigo del jefe.

—¿Lorenzo?

—Sí.

La agente miró al horizonte y arqueó las cejas por un instante.

—Siempre pensé que Roberto sucedería a Luis Méndez.

—Eso hubiera sido lo lógico.

—Da igual. ¿Cómo se tomó el resto de la familia que te ascendieran? Imagino que no muy bien...

—Nada bien. Le caigo mal a más de uno, sobre todo a Roberto; pero, francamente, ha sido así desde el principio, ya no me importa.

—¿Has vuelto a notar que alguien te esté espiando?

—Que yo sepa, no.

—Perfecto.

Julia dio una larga calada a su cigarro, consumiéndolo casi por completo, y lo apagó en el cenicero del coche.

—Tras quitarnos a Martín de en medio —dijo la agente—, el negocio de la prostitución de los Méndez se ha visto mermado. Algunos proveedores —acompañó esta palabra con el gesto de las comillas— mantenían una relación estrecha con él, y ahora que ya no está, el nuevo capitán ha de ganarse la confianza de esta gentuza para que vuelvan a operar como antes.

—Siempre me sorprendió eso de Martín. Roberto y Lorenzo delegan bastantes responsabilidades, pero Martín prefería ejercer un control directo.

—En el cuerpo hemos hablado sobre quién debe ser nuestro próximo objetivo —prosiguió como si el confidente no hubiera dicho nada—. Queremos atacar la rama que más beneficios aporta a los Méndez, y esa es, sin duda, la de los narcóticos.

Damián esbozó una sonrisa.

—¿Vas a ir a por Roberto Méndez?

—¿Te gusta la idea?

—Ni te lo imaginas. Ese miserable me odia. Todavía recuerdo la paliza que me dio. Le tengo unas ganas tremendas.

—Me alegra oír eso.

Julia señaló la guantera.

—Hay un regalito para ti ahí dentro.

Damián la abrió y encontró un micrófono conectado a un pequeño dispositivo. Los examinó mientras la agente hablaba:

—Por fin ha llegado el momento de darte uno de esos. Ahora que eres capitán, participarás en las conversaciones entre los altos cargos de la familia. Además, cabe imaginar que nadie te registrará cuando mantengas estas reuniones, por aquello de la confianza. Por tanto, no hay peligro alguno en que lleves un micro, y los potenciales beneficios son enormes: obtener pruebas para acabar no solo con Roberto, sino con todos los capitanes y el jefe. Te lo pones, le das a grabar, y listo. Será el mayor golpe de la historia a la familia Méndez, uno del que quizá no logren recuperarse.

Damián se quedó mirando el micrófono y su sonrisa desapareció poco a poco. Le gustaba la idea de acabar con los Méndez, pero no lo invadía el mismo entusiasmo que al inicio de la operación.

—¿Ocurre algo? —preguntó Julia.

—No, nada... Parece que por fin se ve una pequeña luz al final del túnel.

—Claro que sí, Damián. Estamos muy cerca ya, solo hace falta un último empujón —dijo Julia, sonriente. Le dio una palmada en el hombro y lo movió de un lado a otro, en señal de júbilo.

Damián sonrió con complicidad, pero no había determinado aún qué hacer.

Capítulo 21

La primera reunión de los nuevos altos cargos de los Méndez llegó tres días después. Desde el dormitorio del segundo piso de su recién estrenado chalé, Damián contempló cómo el albor mañanero bañaba la calle. La había mirado también tres horas antes, en completa oscuridad. A lo largo de la madrugada, había repetido el ciclo en varias ocasiones: se levantaba de la cama, se asomaba al exterior y volvía a acostarse; no conciliaba el sueño. Pensaba en su misión, en Julia y en la cárcel; pero también en Lorenzo, su amigo, en Valentino, su mentor, y en Roberto, su némesis. Incluso se acordó de cómo era su vida cuando trabajaba de contable en una empresa que le pagaba un sueldo miserable, y de lo nervioso que se puso al usar trucos contables para llevarse un dinero que no le correspondía. Se rio. Después de todo lo que había vivido, aquello le pareció una niñería.

No había punto de comparación entre su antiguo piso de treinta metros cuadrados en un barrio marginal y su chalé en la zona rica de la ciudad, ni entre su coche de segunda mano, con casi doscientos mil kilómetros, y su nuevo Chrysler. No se sentía satisfecho moralmente, pero, desde luego, estaba extático con lo que había logrado, a pesar de lo que había sufrido para llegar hasta ahí. Todo ello lo incitaba a abortar la misión que le había encomendado Julia, pero estaba tan cerca de la victoria... ¿Acaso no era lo correcto seguir adelante y poner a esos desgraciados entre rejas?

Se sentó en la cama, abrió el cajón de la mesa de noche, sacó el micrófono y lo miró con detenimiento. Se levantó, se ubicó enfrente del espejo y se lo colocó como Julia le había enseñado. Se quedó observándolo durante un rato. Finalmente, se lo quitó, lo tiró a la basura, y acudió a la reunión.

Cuatro días después, desde la mesa del salón, Julia olía el pollo frito de la cocina. Estaba leyendo noticias en su móvil. Vestía una camiseta blanca sin mangas, un pantalón corto y unas pantuflas.

—Esta vez le he echado un ingrediente secreto —dijo Sergio al dejar un plato delante de ella. Solo llevaba puestos unos pantalones cortos.

—Un ingrediente secreto... —repitió Julia con interés.

Abandonó el móvil en un lado de la mesa, cogió los cubiertos y probó el pollo.

—¿Canela?

—Sí, señora. ¿Qué opinas?

—Opino que mejor no lo hagas más.

—¿No te gusta?

—¿A quién en su sano juicio le gustaría esto?

—A mí, por ejemplo.

—Tú no estás en tu sano juicio.

—Pues, francamente, yo...

El timbre de la puerta lo interrumpió.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Julia.

—No, ¿y tú?

—Tampoco. No respondas. Ya se irán.

Retomaron la conversación, pero el timbre volvió a sonar, esta vez durante más tiempo, hasta llegar a ser irritante.

—¿Quién coño llama a estas horas? —se quejó Sergio.

—Ni idea, pero ignóralo. No van a tocar eternamente.

Estaba en lo cierto: el timbre calló; pero entonces intentaron abrir por la fuerza, dando patadas.

—¡Corre al dormitorio y cierra el pestillo! ¡Ya! —gritó Julia con determinación.

—¡Pero Julia...! —dijo Sergio, asustado.

—¡Corre, joder! ¡Y llama a la policía!

Sergio obedeció, y Julia sacó su pistola de una de las cómodas. Para cuando la puerta cedió, ya estaba lista para disparar, pero nadie entró. Se limitaron a lanzar una granada dentro. Julia se arrojó al suelo de inmediato, sin embargo, no pudo evitar que la metralla le impactara en el muslo derecho. Mientras ella trataba de contener la copiosa hemorragia, entraron dos de los invasores. A pesar de su penoso estado, eliminó a uno de ellos, pero el otro le disparó en la mano y el arma cayó lejos de su alcance.

Fue entonces cuando apareció un tercer hombre, alto y orondo. Parecía el líder del grupo. Se detuvo a observar a Julia y al cadáver de su sicario. Dio un silbido y canturreó *Las chicas con guerreras* al tiempo que movía la cabeza y los hombros, como si bailara. Acto seguido, soltó una carcajada estridente.

—¿Has visto, chaval? Nunca te cansas de encontrar cosas nuevas y sorprendentes en este trabajo: una tía con los músculos de The Rock repartiendo estopa. Mira cómo ha mordido el polvo este pobre diablo.

—Por eso no me gusta entrar el primero, jefe —dijo el otro sicario, delgado y horripilante.

—No tenéis ni idea del error que estáis cometiendo, hijos de puta —dijo Julia—. Habéis puesto a todo el vecindario en alerta. La policía estará ya de camino.

—Ya, respecto a eso... Mi cliente asegura que ni un solo coche policial se acercará por aquí, y me inclino a creerlo. Es un hombre con mucha influencia y mucha pasta, ¿sabes?

—Tú deliras. El cuerpo está limpio de corrupción. Yo misma me encargué de ello.

—¿Y te has preocupado de que no se volviera a corromper?

Iba a contestar, pero se frenó. ¿Quién le garantizaba que no habían comprado a la policía de nuevo?

—Si quieres, nos quedamos aquí un rato, tomando a tu salud un café o algo así, y comprobamos si viene alguien —dijo el jefe—. Yo apuesto a que no y tú a que sí, ¿cómo lo ves? Yo lo veo genial. No solo perderás la vida, sino que yo me echaré algo de dinero extra al bolsillo.

—Vete a la mierda.

Julia, presa de la impotencia, apenas contenía las lágrimas. La herida en el muslo le impedía contraatacar o ponerse a cubierto, y estaba desarmada. Su muerte era inminente, pero lo que más le dolía era que Sergio corriera su misma suerte.

—Vale, ya está bien de tonterías —dijo el jefe—. Chaval, voy a dejarte los honores. ¿Tienes pensada alguna frase lapidaria?

—Sí, una buenísima, jefe.

—Sorpréndeme.

El subordinado apuntó con su pistola a la cabeza de Julia y dijo:

—Nos veremos en el infierno.

Estas fueron las últimas palabras que oyó la agente antes de que el hombre delgado y horripilante pusiera una bala en su cráneo.

—Por Dios, qué cosa más patética.

—¿No le ha gustado, jefe?

—¿«Nos veremos en el infierno»? ¿En serio? Ya puestos, haber dicho: «Anda, alégrame el día». O mejor aún: «Hasta la vista, *baby*». Joder, qué vergüenza ajena, macho.

—Perdone, jefe. Pensé que...

—No, si ese es el problema, que pensaste. La próxima vez te doy yo la frase, y a tomar por culo.

Sergio, con la oreja pegada en la puerta cerrada, escuchó el intercambio de palabras entre los sicarios y su novia y el disparo que acabó con su vida, pero no podía llorar, gritar ni gemir, porque dejaría al descubierto su escondite. Comprendió que su llamada a la policía no iba a servir de nada.

—Mira en las habitaciones —ordenó el sicario jefe a su subordinado en un susurro— y mata a quien sea que te encuentres. Sin frases lapidarias esta vez.

Aunque Sergio no oyó el cuchicheo, dedujo que registrarían la casa en busca de testigos. Si quería salir vivo de allí, debía escapar. Abrió la ventana. La súbita ráfaga de aire sobre su piel desnuda lo hizo tiritar. Estaba en un cuarto piso, de modo que la caída podía ser letal. Escudriñó los alrededores a toda velocidad y se fijó en el balcón del tercer piso del edificio contiguo, desde donde lo observaban los vecinos alterados por el ruido de la granada y los disparos. El salto era difícil debido a la distancia, pero no imposible. Y no veía otra vía de escape.

Oyó a los hombres intentando abrir la puerta, sin éxito porque estaba el pestillo echado. No podía pensárselo por más tiempo. Era ahora o nunca.

Se subió al alféizar, se santiguó y saltó. Pero lo hizo con tanto ímpetu que, en vez de aferrarse con los brazos, chocó con la barandilla. Amortiguó el impacto con sus manos, pero no fue suficiente. Se rompió el esternón, perdió el conocimiento, y su cuerpo inerte cayó a la calle.

Un minuto después, el sicario se asomó a la ventana y vio el cadáver sobre un charco de sangre.

—Hay un tío muerto ahí abajo, jefe. Tiene pinta de que se tiró o de que trató de escapar y no se le dio bien.

—Lo que hace la desesperación, ¿eh? Yo, seguramente, hubiera actuado igual. —El hombre alto y orondo sacó su teléfono y llamó—. Está hecho, señor Méndez.

—Magnífico —dijo Damián.

SEGUNDA PARTE
ECOS DEL PASADO

Capítulo 22

La vida era bella. Cuatro palabras que Damián jamás había juntado en la misma frase hasta ese momento, recostado en una tumbona cercana a la piscina de su jardín, bajo una sombrilla y completamente desnudo. En la tumbona de al lado, y también sin nada de ropa encima, lo acompañaba una actriz porno con la que había fantaseado desde hacía un lustro. Y, por fin, esas fantasías se habían hecho realidad.

Durante esos cuatro meses como capitán, su estilo de vida había mejorado hasta niveles que le resultaban inconcebibles. Ya no le hacía falta madrugar a diario para encerrarse ocho horas en una oficina, como en su época de contable, ni tampoco estar disponible las veinticuatro horas del día para cumplir cualquier encargo que surgiera, como cuando trabajaba de matón. Ni siquiera cocinaba su comida ni hacía la compra, y había dejado de angustiarse la posibilidad de quedarse sin dinero o de que un gasto imprevisto hiciera saltar por los aires sus finanzas. Ya no sufría escasez de relaciones sexuales. Sus necesidades y apetitos estaban cubiertos.

Como capitán de la familia, elegía su grado de implicación en el día a día. Él no disfrutaba del trabajo como lo había hecho el fallecido Martín ni lo movía la ambición de Roberto. Consideraba que se había esforzado bastante y, como había heredado un negocio próspero que producía un extraordinario nivel de ingresos en piloto automático, delegaba la mayor parte de las tareas en sus soldados para disponer de mucho tiempo libre. La contabilidad de los casinos era de lo único que se encargaba de buen grado y regularmente.

La chica lo miraba con una expresión de deseo que él sabía falsa, pero le daba igual.

—Dame un segundo —dijo Damián, aún jadeante por el ejercicio físico realizado.

—Lo que necesites —respondió ella.

Su teléfono personal sonó. Miró durante unos segundos el pantalón donde estaba guardado, pero al no ser el móvil que usaba para hablar con los Méndez, lo ignoró. A los pocos segundos, volvió

a oírlo, y de nuevo dejó que se extinguiera. Solo cuando lo llamaron por tercera vez, se tomó la molestia de erguirse y meter la mano en el bolsillo para ver de quién se trataba.

Era su padre.

Se quedó mirando la pantalla sin saber qué hacer, perplejo. Hasta que se hizo el silencio. La mano que sostenía el móvil cayó sobre su muslo.

—Amor, ¿estás bien?

La chica lo sacó de su ensimismamiento.

—Ya hemos terminado, puedes irte —respondió sin darse la vuelta.

La chica comprendió que el capitán no estaba de buen humor y, sin decir una palabra, se vistió y abandonó el chalé.

Damián esperó a que sonara de nuevo el teléfono, pero como no ocurría, acabó por llamar él.

—¿Damián?

La voz de barítono de su padre al otro lado de la línea lo sobrecogió tanto que enmudeció durante unos segundos.

—¿Papá? —A pesar de ser un gran actor, esta vez le costaba conservar la entereza.

—Cariño, ¿cómo estás? Hace mucho que no hablamos.

—Quince años, para ser exactos.

Oyó un suspiro.

—Quince años...

—¿Qué es lo que quieres, papá?

—No quiero nada, Damián, solo charlar.

—Alguna razón tendrás para llamarme después de tanto tiempo.

—Se percibía rabia contenida en su voz.

—¿Necesitas una razón? —dijo su padre, emocionado—. Eres mi hijo, hace quince años que no hablamos y no puedo soportar la idea de vivir un día más sin saber de ti. ¿Qué te parece esa razón?

La réplica no acudió de inmediato a sus labios.

—Entonces, ¿qué? ¿Las tres llamadas perdidas de antes eran solo para hablar?

Tras una breve pausa, su padre respondió:

—Ven a vernos, Damián, por favor. Queremos verte. Tu madre quiere verte.

—Si tantas ganas tiene, ¿por qué no llama ella?

—Está aquí conmigo, espera un momento.

«Esto es ridículo», pensó Damián. «¿Acaso no podías...?».

—Damián, tesoro mío, ¿cómo estás?

La voz aguda de su madre produjo en él una impresión similar a la de su padre.

—Mamá...

—Cariño, ¿por qué no vienes a casa? Ya sé que no hemos sido buenos padres, pero...

—Eso es quedarse corto.

—Queremos recuperar el tiempo perdido, intentar hacer las cosas bien para variar. Danos otra oportunidad, te lo rogamus.

Se apartó el móvil de la oreja y lo contempló, incrédulo. Quince años atrás se prometió a sí mismo que viviría como si fuera huérfano, y sus reticencias a retomar el contacto con su familia seguían vigentes. Sin embargo, la voz de su madre aún tenía el poder de desarmarlo.

—¿Damián? ¿Estás ahí? —la oyó decir.

—Durante los veinte años que viví con vosotros, estuvisteis ausentes. Los pocos abrazos que recibí os los tuve que robar. Se notaba que no me queráis. ¿Qué es lo que ha cambiado en estos quince años?

—Hijo mío, se nos acaba el tiempo.

Estas palabras causaron una honda impresión en su ánimo.

—No es que nos estemos muriendo —se apresuró a aclarar su madre—, pero tu padre y yo estamos a punto de jubilarnos y nos gustaría hacer las paces contigo, pasar juntos los años que nos queden.

No quería. Su cerebro y su corazón no querían, pero su alma seguía siendo la de aquel niño desesperado por una mísera muestra de amor.

—Iré a veros este fin de semana.

Capítulo 23

Nada, nunca, es tan bonito como lo pintan. Ni siquiera los reencuentros con los padres a los que no ves desde hace quince años. O, mejor dicho, especialmente los reencuentros con los padres a los que no ves desde hace quince años.

Llegó el sábado. Tras una hora de coche hasta un pueblo de no más de diez mil habitantes, Damián aparcó enfrente de la casa de sus progenitores. No era la misma donde se crio; según su padre, la había heredado del abuelo, fallecido cuatro años atrás. Esta noticia no suscitó sentimiento alguno en él, ya que la relación con sus abuelos no era mejor que con sus padres.

A ambos lados de la calle, una hilera de residencias sin espacios abiertos entre ellas. A su derecha, estaba la casa de sus padres. Era humilde, de color verde oscuro y de un solo piso. La contempló un largo rato, con serias dudas sobre lo que iba a acontecer, si bien se dijo que no había llegado tan lejos para darse la vuelta en el último momento.

Bajó del coche y tocó el timbre, cuyo clásico sonido le hizo sonreír. En cuanto se abrió la puerta, la figura de su padre se dibujó ante sus ojos. Era una sombra de lo que fue en su juventud: tenía la piel seca y arrugada, bolsas en los ojos y completamente cano el poco pelo que le quedaba. Llevaba puesta una camisa blanca y el pantalón sujeto con tirantes.

—¡Hijo mío! ¡Cómo me alegra que hayas venido!

Damián correspondió a su efusivo abrazo con uno más bien tibio. Sus emociones más viscerales trataban de embriagarlo, pero se resistía. Aquel reencuentro, por idílico que pareciese, tal vez escondiera algún motivo. No se dejaría llevar por sus sentimientos hasta que se asegurase de que no había ninguno.

—Yo también me alegro —dijo sin mucha convicción.

—¡Mírate!, ¡qué bien vestido vas! Da gusto verte.

Desde que fue ascendido a capitán, en lugar de la ropa casual que solía comprar en época de rebajas, vestía trajes de marcas caras, no porque deseara engalanarse, sino por puro orgullo, para demostrarle al mundo lo elevado que era ahora su nivel de vida.

—Anda, ven. Tu madre te está esperando.

Cruzaron el recibidor y llegaron a un salón cuadrado, con un sofá de madera en la pared izquierda y un sillón a cada lado, puestos frente a frente. En el centro, una mesa de cristal con figuritas decorativas encima. Un enorme mueble ocupaba la pared derecha, exhibiendo la vajilla y los libros; en medio, un televisor, y fotos en blanco y negro a su izquierda.

Una señora escuálida, de pelo blanco y alborotado, gafas enormes y un vestido azul marino, se hallaba de pie enfrente de uno de los sillones. Al ver entrar a su hijo, se le abrieron los ojos y la boca, que se tapó con ambas manos.

—Cariño mío —susurró.

Caminó todo lo deprisa que pudo hacia él y lo rodeó con sus brazos. Damián hizo lo mismo, enternecido por su tono de voz y la fragilidad de su cuerpo, pero aún en guardia.

—Cómo te he echado de menos —dijo la madre—. ¡Y qué flaco estás! Debes comer más. ¿Quieres un trozo de bizcocho?

—No tengo hambre, mamá.

Se sentó en uno de los sillones y sus padres en el sofá.

—¿Cómo te va, tesoro mío? —le preguntó su madre—. ¿Estás bien?

—Estoy bien, sí.

—¿Sí? Me alegra oírlo. ¿Te va bien en el trabajo?

«El trabajo», repitió Damián para sus adentros en tono jocoso.

—Me va muy bien. Me ascendieron hace cuatro meses.

—Ya se nota —dijo su padre con alegría—. Mira lo bien vestido que va —dijo a su mujer—, se lo comenté en la entrada. ¿A qué te dedicas?

—Soy gerente de varios casinos.

—¡Caray! —continuó su padre—. Entonces, tienes mucha responsabilidad, ¿no? ¿Te gusta tu trabajo?

—La verdad es que sí —admitió con una sonrisa.

—¡Qué maravilla! Te lo mereces, corazón.

El afecto que derrochaban sus padres era una novedad para Damián, no estaba acostumbrado. Después de toda una vida de indiferencia, por primera vez se sentía querido, y se dejó llevar poco a poco.

Pasaron una hora poniéndose al día. Damián omitió toda referencia a la mafia, a su etapa como confidente de la policía y, en general, al giro que había dado su vida hacia la delincuencia desde que desfalcó dinero de su empresa, poco más de un año atrás. Se limitó a subrayar lo bien que le iba en el presente. Por su parte, ellos le relataron con orgullo cómo por fin habían conseguido dejar la bebida, esa que había hecho que Damián sufriera la ausencia de su padre casi todos los fines de semana y que había entontecido a su madre hasta el punto de descuidar toda responsabilidad para con su hijo. Le contaron también que el precio del alquiler no había parado de subir, aunque sus sueldos se mantenían estáticos, por lo que había sido una gran fortuna heredar aquella casa cuatro años atrás. Se mudaron allí enseguida, sin importar que estuviera a una hora de la ciudad.

A esa altura de la narración, surgió el tema económico. La madre había ido a la cocina a prepararle un té verde, de modo que estaba a solas con su padre.

—Decías antes que eres gerente de casinos, ¿no?

—Correcto.

—Entonces, ganas mucho dinero, supongo.

—Sí.

—Muy bien...

Aquella pausa le resultó extraña, sobre todo porque su padre parecía dubitativo, como si se debatiera entre seguir hablando o no.

—¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada, es igual.

—¿Seguro?

Su padre miraba al suelo. El movimiento de manos manifestaba sus reflexiones internas. Al final, las verbalizó:

—Es una tontería, pero es que hemos visto un terreno a la venta no muy lejos de aquí, y a un precio bastante razonable. Tu madre y yo queríamos comprarlo y construirnos una casa nueva, más bonita, pero no nos alcanza con nuestros ahorros. Habíamos pensado que tal vez tú pudieras dejarnos algo de dinero. Te lo devolveríamos, por supuesto, no sería un regalo. Pero nada, olvídalo, es una tontería como digo, un capricho.

Damián ni siquiera supo reaccionar. Solo fue capaz de dedicarle una mirada anonadada. Justo en ese momento, entró su madre en el salón con una bandeja sobre la que portaba una tetera y una taza.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—¿Me habéis traído aquí para que os dé dinero? —Damián enfatizó la pregunta con sus manos.

—¿Qué? ¡No! —exclamó su madre—. ¿Por qué piensas eso? —Miró a su marido, cuyo rostro reflejaba su sentimiento de culpa—. ¿Le has dicho lo del terreno?

—Sí, bueno —balbuceó el padre—, se lo he comentado, nada más, no pensé que...

—No me lo puedo creer —dijo Damián, que dejó escapar una risa sarcástica.

—¿Eres idiota, Ramón? —dijo su madre—. ¡No tenías que decírselo todavía! ¿No ves que acaba de volver a nuestras vidas? Se va a llevar la impresión equivocada de nosotros.

—Ahora todo cobra sentido —dijo Damián—. Ya me extrañaba que de pronto os interesarais por mí.

—Damián, escucha —dijo su madre después de dejar la bandeja en el mueble—. Te lo juro por Dios: no es lo que parece, ¿de acuerdo? No queremos tu dinero, te queremos a ti —añadió al tiempo que le acariciaba el brazo.

—¡No me toques! —Damián se apartó con violencia—. Seréis miserables... —dijo mientras se ponía de pie.

Las lágrimas acudieron a sus ojos. Trató de contenerlas, pero una surcó su mejilla derecha. Su padre, consternado, no se atrevía a romper el silencio por miedo a empeorar la situación.

—¡Jamás, en toda mi vida, he sentido que me quisierais de verdad! —exclamó Damián con la voz rota—. ¡Jamás! Pasan quince años, me decís que necesitáis recuperar el tiempo perdido, e idiota de mí, me lo creo. ¡Y resulta que lo que necesitáis es mi dinero! ¡Sois unos cerdos!

—¡Damián, por favor...! —dijo su madre.

—¡No quiero volver a veros nunca más! —gritó al cruzar el recibidor.

Se metió en su coche y se alejó para siempre, dejando atrás tanto el llanto como las súplicas de su madre y la petrificada vergüenza de

su padre.

Capítulo 24

Mientras Damián tenía desavenencias con sus padres, Roberto mantenía una batalla interior. La contienda duraba ya varios meses, pero sus propios demonios se resistían a dar su brazo a torcer.

Desayunaba unos huevos revueltos con beicon en el comedor de su chalé, desde cuya puerta de cristal se veía el jardín trasero. Lo acompañaba Begoña, su mujer, pelirroja, obesa y de nariz estrecha, con un bocadillo de queso entre las manos. Reinaba el silencio, cosa que la preocupaba e irritaba. El mutismo de su marido era cada vez más frecuente, y esa mañana no le había escuchado ni una sola palabra. Cansada de la situación, dijo:

—Vale, ya está bien de tanta tontería. Llevas meses así, he tenido paciencia de sobra contigo. ¿Me quieres decir qué te pasa?

La abrupta reprimenda de su mujer lo sacó del ensimismamiento.

—¿Qué?

—¿Que qué diablos te pasa?

—Ah... Nada, cosas del trabajo.

—No, no me vengas con esas, estoy harta de oír siempre la misma respuesta. Estás con una depresión de caballo. ¿Qué cosas del trabajo te mortifican tanto?

Mientras Roberto tomaba aire para contestar, Begoña dio un generoso mordisco a su bocadillo.

—Esta familia me tiene hartó.

Su mujer intentó replicar, pero su boca llena se lo impidió.

—Los Méndez, quiero decir —se apresuró a aclarar Roberto—. No me tratan con respeto.

—¿A qué te refieres? —preguntó su mujer con la dicción propia de quien está a medio camino de masticar un gran trozo de pan.

—Mi negocio es el que más dinero da a esta familia, de largo. Lo que aportan los otros tres, es ridículo en comparación. Nadie quería expandirse por Latinoamérica, todo el mundo decía que era una locura tratar con los carteles de Colombia, pero yo lo hice, lo hice por mis santos cojones, y ahora, gracias a eso, somos dioses. Putos dioses, como diría mi hermano. Soy uno de los veteranos, he seguido las reglas a rajatabla siempre, incluso cuando no me han

hecho gracia. Soy el primogénito del legendario Luis Méndez. Soy, indiscutiblemente, el que merecía sustituirlo como líder de la familia. ¿Y a quién le concedió ese honor mi padre? A Lorenzo.

—Nada nuevo bajo el sol —dijo Begoña, que no era la primera vez que oía un discurso similar.

—Pero, por si eso fuera poco, no tienen en cuenta mis opiniones. No me refiero únicamente a lo que pienso de Damián —aclaró con presteza, pues su mujer parecía a punto de protestar otra vez—. Mi hermano me ha tocado mucho los cojones estos últimos meses. Papá, al menos, me dejaba dirigir el negocio de la droga como me diera la real gana, pero Lorenzo no. El señorito quiere que lo haga como a él le gusta. Es increíble. No tiene ni idea de ese mundillo y se cree que puede decirme cómo hacer mi trabajo. Te juro que me saca de quicio.

Mientras Roberto vomitaba su filípica, su mujer devoraba su bocadillo, esperando con paciencia su turno de palabra. Cuando este llegó, dijo:

—Mira, hace tiempo que estás descontento con tu situación en la familia, y estos meses, lo único que has hecho es quejarte a sus espaldas. Yo que tú dejaría de hacerme la víctima y pasaría a la acción.

—¿Y qué se supone que voy a hacer? Por mucho que sea mi hermano, Lorenzo es el jefe. Debo obedecerlo, son las reglas.

—¿Y si fundaras tu propia familia?

La propuesta disparada a bocajarro lo cogió desprevenido. Era una opción que, sencillamente, no entraba en ninguna de sus quinielas.

—Begoña, eso es un disparate.

—¿Por qué es un disparate? A ver, ilumíname.

—No puedo llevarme el negocio del narcotráfico así por las bravas. Mis chicos, mis contactos, el dinero... ¿Qué te hace pensar que Lorenzo renunciará a todo sin oponer resistencia?

—Que te quiere demasiado.

Roberto prorrumpió en carcajadas.

—Esa sí que es buena...

—Ríete, pero lo digo en serio. Lorenzo profesa amor ciego, esa es su mayor virtud y, a la vez, su mayor defecto. Si eres uno de los

agraciados, tienes un amigo de por vida. Y tú eres su hermano mayor, Rober. Lorenzo te adora y, aunque a veces lo parezca, no es tonto ni inconsciente. Yo apuesto a que, cuando le propongas irte de los Méndez y fundar tu propia familia, lo entenderá.

—Que no es tan sencillo, mujer, que estamos hablando de muchísimo dinero.

—¿Y qué? Entre los casinos, la prostitución y las armas, los Méndez ganan de sobra.

Roberto, más por deseo que por verdadera certidumbre, cedía poco a poco a los argumentos de Begoña.

—¿Y qué pasa con mi juramento? Juré ser leal a la familia. No puedo irme.

—¿Qué más da? Se supone que la última palabra la tiene tu hermano, ¿no? Si él dice que sí, a la mierda los juramentos.

Y cedía más y más.

—La idea es tentadora, pero... No hay precedentes en la familia, nunca ha pasado esto.

—Que no haya precedentes no significa que no pueda hacerse.

Y cedió por completo.

—Visto así...

—Yo lo que quiero es que seas feliz, maridito mío.

Roberto encontró dos motivos para sonreír: el inesperado diminutivo que le dedicó su mujer y la constatación de que sus dudas se habían esfumado.

—¿Y cómo nos llamaríamos? —preguntó Roberto, medio en broma, medio en serio—. El apellido Méndez ya está pillado.

—Usa tu segundo apellido —dijo ella con una sonrisa.

Dos noches después, en el bar favorito de Lorenzo, Roberto le contó su intención de fundar su propia familia.

—No me pilla por sorpresa —contestó su hermano, comprensivo, tal y como vaticinó su mujer—. Te he visto bastante jodido, sobre todo desde que me puse al frente de la familia. No soy gilipollas, sé que querías el puesto, y, francamente, yo también estaría puteado en tu situación.

Estuvo tentado de confesarle que su ascenso a líder era solo una de las razones de su descontento, pero calló, ya que la forma de reaccionar de su hermano se veía prometedora.

—Entonces..., ¿te parece bien? —preguntó.

Lorenzo miró con detenimiento la etiqueta del botellín de cerveza que sostenía en su mano derecha.

—Antes de que te vayas, quiero que me ayudes a montar una cadena de distribución de cocaína en los países vecinos. Tú serás nuestro proveedor y nos suministrarás la mercancía al mismo precio que la compres, ni un céntimo más. A cambio, te permitiré conservar el negocio que ya tienes aquí, y para que veas lo buen hermano que soy, ni siquiera te cobraré comisión por vender tu droga en mi ciudad.

Roberto detectó en su voz cierto tono de condescendencia, fruto del despecho, pero daba igual porque le había dicho que sí. Estaba rebosante de alegría.

—Gracias.

—¿Cómo os vais a llamar?

—Begoña sugirió que usáramos mi segundo apellido.

Lorenzo levantó su cerveza para brindar:

—Pues será un honor hacer negocios con usted, señor Castellano.

Capítulo 25

El desencuentro con sus padres hizo que Damián recordara un capítulo de su pasado que requería algún cierre, aunque solo fuera por alcanzar cierto grado de paz mental.

Fue a ver a Mario a la semana siguiente. En vez de reunirse en el locutorio, como era costumbre, lo hicieron en un cuarto. Estas citas se reservaban con un mes de antelación como mínimo, pero un capitán de los Méndez podía solicitarlas cuando se le antojasen.

En cuanto se encontraron a solas, se dieron un efusivo abrazo y revisaron la estancia con la mirada. Había una cama con toallas limpias encima y un pequeño baño al fondo.

—Nos han puesto condones. Espero que no fuera idea tuya — bromeó Mario al ver la caja sobre el estante.

Damián rio. Admiraba que su amigo mantuviera el sentido del humor después de tanto tiempo encerrado.

—No sé por qué —dijo Damián al sentarse en la cama, al lado de Mario—, pero me acabo de acordar de la noche que fuimos al Nitro y nos cruzamos con aquel finlandés tremendamente borracho. Aunque intentaba hablar contigo, no le salía ninguna palabra coherente.

—Ah, sí. —Mario sonrió al recordar la anécdota.

—Tú le soltabas ruidos raros, parecidos a los de él, y el tío respondía como si te entendiera.

—Me acuerdo, me acuerdo. Menudas risas.

Si Damián echaba la vista atrás, rememoraba momentos similares con Lorenzo, pero cuando ya llevaban varios años de amistad a sus espaldas. Con Mario los había vivido a los pocos meses de conocerse. Se imaginó un escenario en el que los tres fueran grandes amigos. Creía que se habrían caído muy bien.

—El Nitro, tío, qué tiempos aquellos... —dijo Mario—. ¿Por qué íbamos allí siempre? El local daba asco y la música no era la mejor.

—Las copas estaban baratas.

—Ah. Claro.

—¿Me lo parece a mí o estás especialmente de buen humor hoy?

—Lo estoy, lo estoy. He hablado con mi abogado estos días y dice que es posible que me den la condicional de aquí a tres meses.

—¡Ostras! Enhorabuena.

—Sí, tío. Por fin tengo recompensa por ser un preso modélico.

—Me alegro mucho. Un poco más y estaremos tomando copas por ahí, como en los viejos tiempos.

Los viejos tiempos no se retrotraían ni siquiera un año y medio, pero su convulso trabajo en la mafia hacía que le pareciese un milenio.

Rememoraron vivencias del pasado durante varios minutos, hasta que Mario preguntó:

—A todo esto, ¿cómo va tu misión secreta? ¿Ha habido algún progreso?

—Me han hecho capitán.

—¿Qué dices? —exclamó Mario con asombro.

—Lo que oyes. Por lo visto, como soy contable, les venía bien ponerme al frente de sus casinos.

—¿Pero sigues trabajando para la poli?

Damián no quería que su amigo tuviera una mala impresión de él ni que supiera que los peores presagios sobre la evolución de su carácter se habían hecho realidad.

—Claro. Desarticular una organización criminal es complejo, ¿sabes? Yo llevo un año trabajando en ello, y queda aún mucho por hacer. Mi ascenso le viene de maravilla a la policía porque ahora tengo acceso a información privilegiada que nos ayudará a cumplir nuestra misión.

—Suená bien. ¿Cuándo te ascendieron?

—Hace nada, un par de días —mintió. Si le decía que algo más de cuatro meses, le preguntaría qué había averiguado.

—Pues genial. Qué bien, ¿no? Dadas las circunstancias, nos va muy bien a ambos. Hay que ser optimistas.

Damián asintió y, acto seguido, le lanzó una pregunta de importancia capital:

—Mario, no le has dicho a nadie que estoy infiltrado en la familia Méndez, ¿verdad? Alguno de los presos podría enterarse e informar a cualquiera de mis compañeros, y entonces sería hombre muerto.

—¡Lo sé, lo sé! ¿Por quién me tomas? No se lo he contado absolutamente a nadie.

—Magnífico.

La hora de la visita estaba a punto de expirar. Damián se despidió de su amigo y se acercó a la puerta. Antes de abrirla, se giró hacia él y le dijo:

—Ha estado bien vernos en privado. Deberíamos repetirlo.

Su rostro y su tono de voz dejaron entrever la melancolía que intentaba ocultar.

Esa misma noche, mientras Mario dormía en la cama inferior de la litera de su celda, el preso acostado en la de arriba se levantó. Bajó con sumo cuidado para no despertarlo, le tapó la cara con su almohada y presionó con todas sus fuerzas. Cuando Mario dejó de forcejear, regresó a su cama y siguió durmiendo.

Capítulo 26

—¡Gol! ¡Ja, ja, chúpate esa!

Lorenzo dio un brinco en el sofá, mofándose de Roberto, cuyo equipo perdía tres a cero.

—Haciendo trampas, hasta yo marco —protestó.

—¿Qué trampas ni qué hostias?

—Eso fue un fuera de juego clarísimo.

—¡Sí, hombre, los huevos!

—En fin, da igual.

Roberto sacó de su cartera dos billetes de cincuenta euros y se los dio a Lorenzo.

—No sé cómo he dejado que me convenzas para hacer esto...

—Qué más da, será por dinero. Además, el fútbol es más divertido si apuestas.

—Si apuestas y ganas, querrás decir. —Dio un trago a su lata de cerveza.

Uno de los soldados de Damián entró en el salón.

—Jefe —dijo a Lorenzo—, mi capitán me envía para darle esto.

Le entregó una carpeta amarilla en cuya portada ponía «Casinos», se despidió y se marchó.

—¿Y esto qué es?

Ambos examinaron el contenido.

—Guau —dejó escapar Lorenzo—. Damián se lo curra bastante.

Encontraron informes económicos que detallaban cuántos ingresos y gastos generaban cada uno de los casinos en propiedad de los Méndez, así como una serie de gráficos que representaban la evolución del negocio.

—Este tío lleva seis meses como capitán —dijo Lorenzo— y todavía se deja el culo para que vea que se lo merece. ¿Ves cómo te equivocabas con él? Le tenías tirria sin motivo.

—Tal vez, pero es precisamente este tipo de cosas las que me desconciertan. ¿A santo de qué te envía los informes? A estas alturas, no tiene nada que demostrar.

—Claro que sí. Tiene que demostrar que lo hace de puta madre como capitán.

—¿Seguro? Porque, tal y como yo lo veo, parece que necesita compensarte por algo. Mira lo currado que está. Ni siquiera papá pedía informes tan detallados. ¿Has visto alguna vez los que le preparaba su contable?

—Sí, de hecho...

Lorenzo se detuvo en seco al recordar el registro de pagos a Carmelo que había visto en el despacho de su padre y cómo le había extrañado el desorden del escritorio. Reparó también en que aquel día había perdido de vista a su amigo durante largo rato. Entonces le vino a la mente una idea ridícula, pero no por ello menos intrigante: ¿y si Damián estuvo leyendo esos documentos y los dejó de esa manera al oírlo entrar? ¿Era eso posible?

—¿Ocurre algo? —le preguntó Roberto.

—No, nada —se excusó Lorenzo—, estaba dudando si los había visto, pero sí, no eran muy elaborados en comparación.

—¿Verdad? Se me hace rara tanta minuciosidad, pero qué sé yo, igual son cosas más.

Continuaron conversando como si nada, pero, en su fuero interno, Lorenzo comprendió que la idea de que Damián hubiese espiado los documentos de su padre no era arbitraria, sino la consecuencia lógica tras las sospechas que sus allegados le habían transmitido en reiteradas ocasiones. La posibilidad de que su amigo fuera un traidor lo hería en lo más profundo de su alma. También lo avergonzaba, pues había apostado con vehemencia por él desde el primer minuto, defendiéndolo ante múltiples compañeros. Pero no podía ignorar aquel torrente de suspicacias por más tiempo. Tenía que descubrir la verdad.

Capítulo 27

Tres días después de que comenzara a sospechar, Lorenzo llamó a Damián:

—¿Te pillo bien?

Iba en el asiento trasero de su coche, de camino a casa. Su reacción instintiva fue decirle que no, pero por mucha amistad que los uniera, uno nunca debía negarse a atender a su jefe.

—Sí, dime.

—Estoy revisando las cuentas del casino del puerto y hay unos números que no me cuadran.

—¿Qué es lo que no te cuadra?

—Es complicado de explicar por teléfono. Ven y lo miramos.

—¿Ahora?

—No, cuando llegue el Año Nuevo chino, no te jode.

—Vale, vale, voy para allá.

Y Lorenzo colgó. Damián se quedó mirando el móvil, incapaz de entender el arrebatado de ira de su amigo. Su extraño comportamiento de los últimos días tampoco le había pasado desapercibido. El chófer aguardaba sus órdenes y, al ver que no llegaban, tomó la iniciativa:

—¿Adónde vamos, capitán?

—A la mansión.

Durante el trayecto, reflexionó sobre su inminente encuentro con el jefe de la familia. ¿Esa irascibilidad tendría algo que ver con él? ¿Acaso su pasado como confidente de la policía había quedado expuesto? «Imposible», se dijo, «tomé las debidas precauciones. Debe de ser otra cosa».

Ya en la mansión, se dirigió de inmediato al despacho de Lorenzo. Se lo encontró sentado en su mullida silla, usando el móvil. Alzó la vista, se levantó y le enseñó una botella.

—Es curiosa tu costumbre de beber vino antes de una reunión, ¿sabes? Es como si te pusiera nervioso hablar con nosotros y necesitaras algo de alcohol para sobrellevarlo.

Era la primera vez que Damián veía a su amigo andarse con rodeos, y eso lo inquietó. Se irguió, con la barbilla en alto y las

manos en los bolsillos. Esa postura, que exudaba confianza, le sirvió para disimular su desasosiego.

—Tienes buen gusto, además. Este vino es muy bueno. Te he visto servirte una copa de esta botella en varias ocasiones, lo que significa que tus huellas dactilares están aquí.

La sola mención de sus huellas dactilares lo puso en alerta. ¿Era posible que las hubieran descubierto donde no debería haberlas dejado? Por más que se devanaba los sesos, no se le ocurría cómo.

—¿Sabes en qué otro sitio están?

Lorenzo cogió una carpeta y se la mostró. El capitán la identificó a los pocos segundos: era la que revisó durante la fiesta de cumpleaños de Roberto, un año y medio atrás. Agachó la cabeza y cerró los ojos. Quería gritar, romper algo. Se maldijo por haber sido tan estúpido como para dejar huellas en el despacho aquel día.

—¿Te importaría explicarme por qué, cabronazo?

Damián recobró su circunspección, en un vano esfuerzo por ganarse otra vez la confianza de su jefe.

—Necesitaba saber cuánto le estamos pagando a la policía ahora mismo.

—¿Y necesitabas saber cuánto le pagamos a Carmelo también? La mayoría de tus huellas están en ese folio.

Damián tardó en encontrar una réplica:

—Tenía que comparar los pagos del anterior comisario con los del nuevo.

—Vete a la mierda. No me puedo creer lo bien que se te da mentir y lo idiota que he sido confiando en ti.

—Lorenzo...

—Tú metiste a Carmelo en chirona, mamonazo. Y lo que es peor, hiciste que mataran a Martín, uno de los mejores capitanes que ha habido en esta puta familia.

—Te lo estás inventando, no tienes pruebas.

—¿Que no tengo pruebas? ¿Y esto qué coño es? —Señaló la carpeta que aún sostenía.

—Ya te lo he dicho, pero lo repito: quería saber lo que le pagábamos al anterior comisario para compararlo con lo que le pagamos al nuevo. Por eso has encontrado ahí mis huellas.

Lorenzo reaccionó a la valentía de Damián con un gesto desafiante.

—Vale, muy bien. No tengo pruebas, pero no las necesito. Puedo matarte aquí y ahora.

—Si fuera un simple matón, no veo por qué no, pero soy un capitán. Ni siquiera a ti se te permite matar a un capitán de esta familia sin pruebas irrefutables que lo justifiquen. La gente empezaría a desconfiar de ti y a cuestionarte como líder.

Damián tenía razón, y eso encolerizó en grado sumo a Lorenzo, que no pudo resistirse a darle un puñetazo que lo hizo caer al suelo.

—¡Eras mi amigo, joder! ¡La única persona en la que confiaba de verdad! ¿Tienes idea de lo que me alegré cuando me escribiste? En este mundillo, no te puedes fiar de nadie. Salvo Roberto, todos los tipos que conozco son unos cabronazos. Tú has sido mi primer y único amigo dentro de la mafia, y ahora resulta que eres un cerdo traidor igual que el resto.

Damián lo escuchó con la mirada baja y con una incómoda sensación en el pecho. Le dolía haber herido los sentimientos de Lorenzo, que le había ayudado a llegar tan lejos dentro de los Méndez, protegiéndolo desde el minuto uno. También era su único amigo de verdad dentro de la organización.

—Con todo lo que te pasé por alto cuando era tu capitán — prosiguió Lorenzo—. Hubo momentos en los que me gritaste y me mandaste a la mierda. ¿Te das cuenta? Nadie le habla así a un superior, nadie. Si eso me lo hubiera hecho cualquier otro matón, le habría cortado los huevos, pero a ti te lo he permitido porque eras mi puto amigo. No tienes ni idea de lo privilegiado que has sido en esta familia.

—Sí que lo sé, Lorenzo, créeme. Por favor, no me hagas perder todo esto. Antes de unirme a vosotros, mi existencia era miserable. Solo desde que estoy aquí sé qué es disfrutar de la vida. Soy leal al cien por cien, te lo juro. Dame otra oportunidad.

Damián suplicó de rodillas, con las manos juntas y la cabeza gacha, pero no fue suficiente para conmovier el inflexible ánimo de su jefe.

—Tarde o temprano encontraré pruebas, y cuando lo haga, serás historia. Fuera de mi vista.

El capitán se puso de pie y abandonó el despacho mientras se secaba el hilo de sangre que manaba de su mejilla izquierda. Por mucho que le doliera, su relación con Lorenzo se había roto para siempre y no había opción de arreglarla. A partir de ese momento, debía velar por su propia supervivencia.

Capítulo 28

El elefante se había acostumbrado a vivir con aquella cicatriz en su piel, pero, cuando descubrió quién se la había producido, quiso vengarse con un trompazo letal.

Cuatro días habían transcurrido desde que pusieron las cartas sobre la mesa. Los negocios continuaban funcionando igual de bien y, cuando los antiguos amigos interactuaban en presencia de otros, mantenían la compostura. Sin embargo, sus mentes estaban en constante ebullición. Lorenzo dedicaba la totalidad de su tiempo libre a investigar a su capitán: repasaba los informes que le había entregado, el dinero en efectivo, sus conversaciones, sus gestos, sus recuerdos desde que había vuelto a su vida... Todo lo que sirviera como indicio para destapar su secreto ante la familia. Damián, por su parte, no paraba de maldecirse. Se consideraba un cenutrio por haberse olvidado de limpiar las huellas dactilares de los documentos que manoseó un año atrás, máxime cuando se había esforzado en eliminar cualquier rastro de su época como confidente de la policía. Y no sabía cómo salir de esa encrucijada. El jefe de los Méndez lo mataría en cuanto encontrara alguna prueba inequívoca de su implicación en la caída de Carmelo y Martín. Y eso podía ocurrir en cualquier momento.

«Esto es una carrera», pensó. «Si me duermo en los laureles, perderé. Y no he llegado hasta aquí para acabar muriendo de una forma tan estúpida. Tengo que hacer algo».

Al quinto día, Lorenzo se hallaba en su despacho. Mantenía una distendida conversación de negocios con Valentino.

—Tengo noticias de Rusia —dijo el capitán—. Un contacto de allá me ha comunicado que los Kórobov están en plena guerra con los Chérnikov.

—¿Los Chérnikov? ¿Quiénes coño son esos?

—Una familia joven, surgió hace poco. El caso es que ambas familias se están peleando. Creo que deberíamos seguir de cerca el

conflicto y, si se tercia, hacer un acuerdo comercial con cualquiera de los bandos.

—Esa gente no es de fiar. Ya lo intentamos con los Kórobov una vez, y salió fatal.

—La otra vez hablamos con Miroslav, y yo ya avisé que a ese tío se le va la cabeza. Un día te dice una cosa y al otro día te dice otra. Por eso sugiero que, por ahora, nos limitemos a estar atentos a lo que pasa. ¿Quién sabe? Igual esta guerra nos proporciona una oportunidad que no debemos desperdiciar.

Lorenzo se reclinó sobre su silla y analizó la propuesta de Valentino.

—No me he olvidado aún del fiasco con Hernán. Vale que te las apañaste para encontrar otro proveedor, pero no quiero vivir episodios como ese nunca más. ¿Me garantizas que con los rusos será diferente?

—Yo no cometo el mismo error dos veces.

El teléfono de Lorenzo sonó.

—Lo tendré en cuenta. Ven a verme dentro de una hora o así.

Valentino se marchó, y solo cuando la puerta se hubo cerrado, se dignó a contestar.

—Don Lorenzo, soy Fernando —dijo el sustituto de Carmelo al frente del cuerpo policial—. ¿Tiene un momento?

—¿Qué ocurre?

—Me comenta uno de mis chicos que alguien acaba de denunciar a Damián.

Lorenzo se enderezó en su silla al escuchar ese nombre.

—¿Cómo dices?

—El denunciante asegura que entró en su casa por la fuerza, mató a su novia y, por poco, lo mata a él. Escapó saltando por la ventana. Sobrevivió de milagro.

—¿Estás totalmente seguro de lo que dices?

—No le habría llamado si no lo estuviera. Mis chicos son de fiar.

—¿Quién ha denunciado a Damián?

—Un tal Sergio Hernández. Tengo sus datos justo aquí.

—¿También su dirección?

—Sí, señor.

—Envíamela al móvil echando leches. Y una foto suya, si puedes.

—Ahora mismo, señor.

Lorenzo colgó. A los pocos minutos, recibió un mensaje con la información solicitada y salió en busca de su guardaespaldas. Lo encontró en la puerta de su despacho.

—Vamos, hay trabajo que hacer.

Mientras bajaban las escaleras, el jefe de los Méndez llamó a su hermano:

—Roberto, ven esta noche a la mansión. Debemos hablar de Damián urgentemente.

—¿Por qué?, ¿qué pasa con él?

—Es un puto cerdo traidor, Roberto. Has tenido razón todo este tiempo y no lo supe ver.

—¿En serio? ¿Qué has descubierto?

Lorenzo y su guardaespaldas salieron de la mansión.

—Hay huellas tuyas en la carpeta de Carmelo Nieto. El muy cabrón dice que quería comparar lo que le pagábamos a él con lo que le pagamos al nuevo comisario, pero es demasiada coincidencia. Por su culpa, Carmelo acabó entre rejas y Martín bajo tierra.

Llegaron a su coche.

—Pero, Lorenzo, para el carro. ¿Y si Damián está diciendo la verdad?

—Me acaban de llamar de la policía. Un tío lo ha denunciado por entrar en su casa a la fuerza y matar a su novia.

Lorenzo se sentó en el asiento trasero y su guardaespaldas arrancó.

—Roberto, si este tío me da las...

Y en ese momento, el coche explotó.

Roberto condujo con tal temeridad hasta la mansión que fue un milagro que no feneciera en el trayecto.

Cuando llegó al jardín, aparcó de cualquier manera y corrió hasta el lugar de la explosión, donde un grupo rodeaba una chatarra que poco antes había sido el automóvil de Lorenzo. La gente se apartó para que se acercara a los cadáveres carbonizados de su hermano

y el guardaespaldas, ambos irreconocibles. Por primera vez en mucho tiempo, lágrimas acudieron a sus ojos.

—¿Estáis totalmente seguros de que es él? —preguntó.

—Mira la matrícula, Roberto —dijo el matón que sostenía en la mano derecha la matrícula desprendida del vehículo—. Es su coche. No puede ser nadie más.

—¿Y si alguien tenía copia de las llaves? —insistió.

—Nadie tiene una copia de las llaves del coche del jefe.

—¡Pues tal vez sea un ladrón que entró a robar y...!

—Roberto...

—¡JODER!

Dio una patada a los restos del coche de Lorenzo. A punto de dejarse llevar por la pesadumbre, le vino a la mente la conversación que había mantenido con su hermano justo antes de la explosión, en la cual le había comunicado sus sospechas sobre Damián. Una ira incontenible lo cegó. Aquel ataque lo había perpetrado él, no encontraba otra explicación.

Se montó de nuevo en su coche y fue a toda prisa al chalé del capitán. Los guardaespaldas no se interpusieron en su camino cuando pasó por el portón principal con mirada homicida. Sabían que ese hombre solo necesitaba una palabra para hacer que les arrancaran la cabeza.

Entró en la casa y halló a Damián en el salón, en ropa interior y con una taza de café en la mano.

—Roberto, ¿qué haces aquí? ¿Y esa cara? ¿Ha ocurrido algo? —dijo con expresión desconcertada.

Dejó escapar un bramido por toda respuesta y lo embistió de tal manera que cayeron sobre la mesa de cristal. Numerosas esquirlas se clavaron en la espalda de Damián. Roberto comenzó a darle puñetazos en la cara, sin importarle que él también se estuviera cortando con los añicos de la mesa.

—¡LO MATASTE, HIJO DE LA GRAN PUTA! ¡MATASTE A MI HERMANO!

—¡¿PERO QUÉ DICES?! ¡YO NO HE HECHO NADA!

El agredido bloqueó los ataques lo mejor que pudo hasta que logró empujarlo a un lado.

—¡AYUDA!

Los guardaespaldas hicieron acto de presencia raudos.

—¡MATAD A ESE BASTARDO, YA!

Enarbolaron sus pistolas, pero vacilaron, momento que aprovechó Roberto para escapar por la ventana más cercana. Corrieron tras él y lo vieron cruzar el portón y subirse a su coche. Pisó el acelerador al máximo ante la mirada atónita de sus perseguidores, que no se atrevieron a disparar ni una sola bala.

Regresaron al interior de la casa, donde Damián aún se dolía de los daños sufridos. Hilos de sangre recorrían su espalda y su cara.

—Lo sentimos mucho, jefe...

—¿Para qué narices os pago, desgraciados?!

—No creíamos que Roberto fuera a atacarlo, jefe.

—¡Me da igual lo que creáis, mentecatos! ¡Estáis aquí para protegerme, no para saludar al que venga de visita!

Damián respiró hondo. Se pasó la mano por la cara, como siempre que se paraba a pensar, pero el dolor le hizo retirarla.

—Quiero muerto a ese miserable, ¿me oís? ¡Lo quiero muerto!

Capítulo 29

Los tres capitanes acordaron reunirse en el chalé de Valentino dos días después del asalto a Damián por parte de Roberto. Un café humeaba delante de cada uno de ellos, sentados en los sofás del salón del primer piso.

—¿Cómo estás, Damián? ¿Mejor? —preguntó Eduardo.

Tenía un aspecto lamentable. Su cara estaba desfigurada por la hinchazón y le habían suturado la ceja izquierda con tres puntos.

—Estoy vivo, que no es poco.

—¿Y anímicamente? —dijo Valentino—. Es duro perder a un amigo.

—Ayer pasé un día terrible, y hoy lo llevo lo mejor que puedo. Dejémoslo ahí.

Valentino se dio por satisfecho con esa respuesta.

—¿Alguien sabe algo de Roberto? —le preguntó Damián.

—Está en paradero desconocido. Mis chicos intentan localizarlo.

—¿Por qué crees que te atacó? —dijo Eduardo.

—¡Yo qué sé! Fue como si se hubiera vuelto loco de repente.

—Tiene que haber alguna razón —dijo Valentino—. Conozco a Roberto desde hace muchos años y te aseguro que es de los tíos más cuerdos de la familia. No lo veo capaz de hacer algo así sin un motivo concreto.

—¿Y qué motivo se supone que le he dado? Siempre lo traté con respeto.

—Roberto piensa que fuiste tú quien mató a Lorenzo, ¿verdad?

Damián lamentó no haber sacado esa teoría a la luz él mismo, ya que daba la impresión de que pretendía ocultarla, y eso lo convertía en sospechoso. Trató de solventarlo:

—Claro que lo piensa, ¿cómo no va a pensarlo? Me odiaba cuando entré en la familia y ha seguido odiándome hasta hoy. No me parece descabellado que la muerte de su hermano le sirva como excusa para deshacerse de mí.

Esa fue la mejor argumentación que se le ocurrió. Eduardo la encontró convincente, no así Valentino, que prefirió no manifestar su desagrado, pero dijo:

—En cualquier caso, alguien de la familia puso de su parte, de lo contrario, matar al jefe habría sido imposible. Por tanto, si pillamos a la rata, pillaremos al asesino.

Su conclusión les pareció lógica a todos. Y esta vez sí, Damián mostró su acuerdo de inmediato.

—Tiene pinta, no cabe duda. Si quieres, me encargo yo...

—No, lo haré yo personalmente. Debe investigar alguien que no sea sospechoso ni se haya visto afectado por este asunto de manera directa o indirecta.

—Lorenzo era amigo mío, Valentino. Creo que merezco ser yo el que lo descubra y tomar medidas.

—Por eso mismo no puedes hacerlo. Tu implicación emocional en este lío te invalida como investigador.

Dudó si insistir, sus protestas no iban a lograr nada positivo.

—Como quieras.

—Es posible que Roberto intente atacarte otra vez —dijo Eduardo—. Deberías ser especialmente precavido estos días.

Damián asintió al tiempo que daba otro sorbo a su café.

—¿Quién va a ocupar el cargo de Lorenzo? —preguntó.

—Según el protocolo de la familia —dijo Valentino—, a menos que se haya nombrado explícitamente un sucesor, el nuevo jefe ha de ser el capitán que lleve más años al servicio de los Méndez, no como capitán, sino como miembro de la familia... Y ese soy yo.

Ese mismo día, Damián decidió hacer una llamada mientras descansaba en su habitación.

—Navarro al aparato —dijo la voz al otro lado de la línea.

—¿Hay moros en la costa?

—No, señor Méndez, dígame.

—Lorenzo está muerto, pero la operación no ha sido lo limpia que me hubiera gustado, sobre todo porque Roberto se volvió loco y me atacó en mi propia casa.

—¿Se encuentra usted bien, capitán?

—Sí, pero tengo dos frentes abiertos ahora mismo. Por un lado, Roberto anda suelto por ahí y tratará de matarme de nuevo. Por otro

lado, Valentino va a investigar la muerte de Lorenzo y es probable que me vigile durante los próximos días.

—Entendido. Por la parte que me toca, no se preocupe de nada, capitán. Nadie en el cuerpo sabe lo de la denuncia falsa excepto yo, o sea que no hay ningún rastro que lleve hasta mí ni hasta usted.

—Magnífico.

Capítulo 30

El bullicio del mercado no era distinto aquel día, ni tampoco el olor y la cantidad de luz que se filtraba por el techo de cristal. Aun así, desde que sabía a ciencia cierta que estaba bajo amenaza de muerte, Damián apreciaba esos detalles como si los percibiese por primera vez.

No era costumbre que un capitán de los Méndez hiciera su compra semanal, pero su paranoia aumentaba cada día, hasta el punto de creer que le servían comida envenenada. Mientras no resolviera el asunto de Roberto, se encargaría él mismo de comprar y cocinar lo que iba a consumir. Lo acompañaban sus dos nuevos guardaespaldas, y tomaba la precaución extra de dejarse ver en lugares públicos y repletos de gente, donde era menos probable que lo atacara. Sabía que la policía no iba a detener a Roberto, aunque acometiese una masacre a plena luz del día, él estaba por encima de la ley. Sin embargo, nunca era buena idea llamar en exceso la atención.

Damián se paró enfrente de un puesto de fruta y examinó las naranjas con la mirada. Pidió al frutero que metiera en una bolsa las que más le gustaron, pagó y dirigió sus pasos al puesto de embutidos que se encontraba en el pasillo principal, cerca de la entrada, una puerta bastante grande que agilizaba el tránsito de clientes. Mientras decidía qué productos se iba a llevar a casa, uno de los guardaespaldas notó que una furgoneta blanca se acercaba a toda velocidad a la puerta, y no parecía que fuera a frenar.

—¡Capitán, cuidado!

La furgoneta no se detuvo ante la marea de gente y se adentró en el mercado. Algunos lograron esquivarla, pero a otros los arrolló. Damián se apartó a un lado y sus guardaespaldas abrieron fuego. La sangre salpicó la luna del vehículo, que colisionó contra el puesto de embutidos. De la puerta corredera salieron tres individuos armados. Uno de ellos fue abatido por los guardaespaldas, pero los otros dos se impusieron y dejaron indefenso al capitán.

Puesto que él disponía de su propia arma, disparó contra los atacantes. Fue solo una maniobra de distracción para huir, ya que

no era diestro con su pistola. Y, aunque lo hubiera sido, no se creía capaz de sobrevivir a aquel tiroteo. Corrió en dirección opuesta tan rápido como pudo, y los agresores lo siguieron. No le hizo falta esquivar clientes: todo el mundo se había escondido detrás de los puestos o había escapado por la puerta principal.

Giró un pasillo tras otro para despistarlos. Solo al llegar hasta el fondo de la nave, se dio el lujo de pararse y meditar su próximo movimiento. Para entonces, tanto la clientela como los dependientes habían abandonado el lugar. Damián estaba solo con sus atacantes. Desde su posición, veía a uno de ellos acercarse, sin prisa pero sin pausa. No sabía cuántas balas le quedaban en el cargador, pero debían de ser dos o tres como mucho. Además, a él no se le daba bien el combate cuerpo a cuerpo. Incapaz de enfrentarse a esos hombres, mucho mejor entrenados que él, su única opción era huir.

Avanzó hacia la salida por el pasillo central, en dirección opuesta al individuo que tenía al alcance de la vista. Iba agachado y lo más deprisa que podía sin hacer ruido, girando la cabeza de izquierda a derecha constantemente, hasta que oyó un disparo y un bote de cristal se rompió cerca de él. Abandonó entonces el sigilo y corrió como una gacela. La puerta estaba a unos cuarenta metros. Si recorría esa distancia en línea recta, lo dejarían hecho un colador, de modo que dobló a la derecha, detrás de un puesto de vinos. Y se dio cuenta de que se había metido en un callejón sin salida: desde allí solo llegaba a una de las esquinas de la nave, y los dos pasillos para abandonarla estaban ya ocupados por sus perseguidores. Levantó las manos y les dirigió la palabra:

—Chicos, antes de que hagáis algo drástico, decidme: ¿cuánto os pagan por esto? Sea lo que sea, os pagaré el doble.

—Esto no es por dinero, amigo —dijo uno de ellos.

—Vale, no es por dinero, pero sois jóvenes, ¿no? ¿Cómo os suena jubilaros ahora, a los, qué, veinticinco años? ¿Treinta? ¿Y si os doy tanta pasta que no podáis gastárosla ni en cien años? ¿De verdad vais a renunciar a eso?

—No estamos renunciando. Nuestro jefe nos paga así de bien.

Estaban ya a pocos metros. Damián se puso de rodillas.

—¡Por favor, os lo suplico! ¡No tenéis por qué hacer esto!

—Haberlo pensado antes de matar a Lorenzo. —Tras decir esto, lo encañonó.

Las tres balas que se alojaron en su espalda le impidieron apretar el gatillo.

Detrás de él, uno de los guardaespaldas se tambaleaba con la pistola en alto y la camisa empapada de su propia sangre. El otro atacante terminó con su vida antes de que fuera a por él. Y Damián aprovechó el momento para abatirlo con las tres balas que le quedaban.

Ya a salvo en su chalé, llamó a Valentino y lo puso al corriente de lo ocurrido:

—¡Se ha vuelto loco, Valentino, totalmente loco! ¡Enviando gente a por mí en un lugar público, a plena luz del día! ¡Esto no puede seguir así, maldita sea! ¡Tenemos que encontrarlo y acabar con él cuanto antes!

—Relájate, ¿quieres? —dijo Valentino con voz tranquila.

—¡¿Cómo quieres que me relaje?! ¡Casi me matan!

Después de una temporada apacible, en la que se había creído invulnerable, su vida corría peligro, y descubrió que todo aquello no era más que un castillo de naipes. Temblaba, incapaz de pensar con claridad y dejándose llevar por el instinto primario de la supervivencia.

—Somos mafiosos, Damián, nos puede matar cualquiera en cualquier momento. Cállate de una vez y escucha.

El tono aséptico y firme del jefe de los Méndez imponía. A Damián le costaba comprender que alguien mantuviera la calma en escenarios tan comprometidos. Cierto era que la vida de Valentino no corría peligro inminente, pero un conflicto entre dos capitanes podía desencadenar una guerra entre los hombres de ambos, con consecuencias económicas y personales para la familia.

—Vamos a hacer una cosa —continuó Valentino—. Roberto está fuera de sí. Quiere matarte a toda costa y no parará hasta que lo consiga, así que escóndete. Lorenzo tenía una finca cerca de un coto de caza, donde le gustaba pasar la noche cuando iba a cazar.

Quédate allí unos días. Entretanto, yo trataré de localizar a Roberto y hablar con él, a ver si hago que entre en razón. ¿De acuerdo?
Damián aceptó sin dudar.

Capítulo 31

La noche que Damián pasó en aquella casa fue la más oscura y larga de su vida. Cada vez que cerraba los ojos, veía al hermano de Lorenzo acercándose con aviesas intenciones, y eso le impedía conciliar el sueño. Se decía a sí mismo: «Relájate, Valentino está ahí fuera, Roberto no pondrá un pie aquí», pero no bastaba para calmarse.

Puesto que su muerte era más que probable, muchos pensamientos se agolpaban en su mente. Se acordó del desfalco que le había conducido a aquella situación desesperada, y se consideró un estúpido por recurrir a la delincuencia. Por primera vez, su antigua vida en un barrio conflictivo y con un salario miserable no le parecía tan mala. Pensó también en sus padres y se maldijo por no haberlos perdonado.

La casa era pequeña, pero con lo esencial para vivir: un baño, un cuarto y un salón cocina. Cuando llegó esa mañana, se la encontró acondicionada para su corta estancia: olía aún a friegasuelos; la cama tenía puesto un juego de sábanas nuevo y un par de toallas reposaban sobre ella; en el baño había productos de higiene personal y dos paquetes de papel higiénico, y las despensas y la nevera de la cocina estaban llenas de fruta, verdura, embutidos, carne, latas de conserva, legumbres, agua y cerveza. El terreno se hallaba a cinco minutos a pie de un coto de caza, desde donde se divisaban colinas pobladas de arbustos.

Miró el reloj: eran las cuatro menos cuarto. Resopló. Le pareció oír pasos fuera de la casa. Se levantó de la cama de inmediato y cogió su pistola. Apenas parpadeaba y respiraba con lentitud, temeroso de que sus inhalaciones y exhalaciones lo delataran. Caminó despacio hasta la ventana, sin encender la luz, y se asomó con discreción. En la oscuridad de la noche no distinguió a nadie. Se encaminó hacia la puerta y pegó el oído, pero no oyó nada. «Tal vez fueran imaginaciones mías».

El cristal de la ventana por la que había mirado antes se rompió. Regresó allí con la pistola lista para disparar a quien fuera que viese al otro lado, pero tampoco logró vislumbrar a nadie. Estaba

temblando. No terminaba de acostumbrarse a que intentaran matarlo, y el hecho de que lo atacaran en plena noche, en medio de la nada, exacerbaba su terror. Se sentía indefenso. No sabía qué hacer. No podía escapar, pues salir de la casa era poco menos que suicida. Tal vez era mejor esperar a que apareciera el asaltante y pegarle un tiro. Corrió hasta una esquina del salón, apoyó la espalda contra la pared y apuntó hacia la puerta. En cuanto alguien la echara abajo y entrara, lo recibiría a balazos.

Al rato, un objeto atravesó la ventana. De la nada, surgieron llamas. Le habían lanzado un cóctel molotov. Cayó un segundo proyectil; luego, varios más. La casa comenzó a arder. Damián no tenía elección: o salía o sería pasto de las llamas.

Se abalanzó sobre la puerta y, al abrir, vio a Valentino a unos metros, sentado sobre el capó de su coche, contemplando la escena.

—Tú...

El estupor, sumado a la oscuridad reinante, le impidió percibir que Roberto estaba a su derecha, pegado a la entrada, y para cuando se dio cuenta, ya le había derribado de un certero golpe en la cabeza con un palo de golf. Se le nubló la vista y estuvo a punto de perder el conocimiento. De la brecha abierta por el impacto, manaba un reguero de sangre. Dejó caer la pistola, y Roberto aprovechó para alejarla de una patada. Mientras, el jefe de los Méndez no hacía nada más que observar.

—Cerdo traidor —dijo—. Sabía que alguien de dentro había puesto de su parte en lo de Lorenzo. Te he investigado desde entonces... Ese policía que creías tan eficiente fue bastante descuidado. Uno de sus compañeros lo vio hablar por teléfono minutos antes de que Lorenzo subiera a su coche, y cuando me lo contó, me hice con la grabación de la llamada. Un rato después, logré que me confesara quién le había pagado. Mira que pillar a un chaval joven para ese trabajo, sin experiencia, sin lealtad... Un error de novato, Damián.

El interpelado se secó la sangre de la frente y miró a Valentino.

—No quería matarlo, ¿vale? —dijo con voz trémula—. Había dejado eso atrás, os era leal. Intenté razonar con Lorenzo, pero no me dio otra opción...

Roberto lo interrumpió con una vigorosa patada en la barriga.

—En esta familia no razonamos con ratas —dijo Valentino—. Di tus últimas palabras.

El trato que cerró con Julia, su infiltración en la mafia, todo lo que había sufrido y se había visto obligado a hacer con el único propósito de salvar la vida, no había servido de nada. Consciente de que era el fin, un torrente de tristeza lo invadió y no fue capaz de contener algunas lágrimas.

Desesperado y aún sollozando, miró a Valentino a los ojos y dijo las palabras que nunca se había atrevido a pronunciar:

—Que os follen, hijos de puta.

Roberto entró en un frenesí de violencia, asestando golpes al desfigurado y sanguinolento rostro de su víctima. Solo después de que Lorenzo muriera, había comprendido cuánto lo quería, a pesar de lo mucho que le había exasperado por momentos. Su palo de golf se hundía más y más en la carne y los huesos de Damián, y llegó a un punto en el que ese esfuerzo ya no lo satisfizo. Había alcanzado un estado mental similar a la aceptación. Podía por fin pasar página.

Se irguió y soltó el arma homicida. Al darse la vuelta, se encontró con la pistola de Valentino apuntándole a la cara. Quedó estupefacto durante unos segundos. Lo miró a los ojos y detectó cierta tristeza, como si se viera obligado a hacer aquello por algún motivo.

—Valentino, ¿a qué viene esto?

—Siempre te tuve en la más alta estima, Roberto. Siempre pensé que eras de fiar, un ejemplo para el resto de la familia...

—¡Pues claro que lo soy, joder!

—Intentaste matar a uno de los nuestros. Eres igual de traidor que Damián.

—¡¿Pero qué dices?! —El capitán estaba fuera de sí—. ¿Has olvidado de quién estamos hablando? ¡Damián era un traidor, tú mismo lo dijiste! ¡Lo único que hice fue ir a por un traidor! ¡Soy leal a la familia, siempre lo he sido!

—No tenías pruebas —prosiguió Valentino—. Querías acabar con él sin pruebas. Eso te convierte en un traidor.

—¡Claro que las tenía! ¡El propio Lorenzo me dijo por teléfono que Damián era una rata! Justo antes de morir, iba de camino a hablar con un tío que lo había denunciado, para conseguir esas putas pruebas. ¡De no haber explotado el coche, estarían en mi poder ahora mismo!

—Así que no las tienes.

—¡Me cago en la hostia!

Roberto se llevó las manos a la cara y empezó a girar sobre sí mismo. Valentino no le quitaba el ojo ni el arma de encima. La casa seguía ardiendo detrás de ellos.

—Por lo que cuentas, la lealtad de Damián estaba en entredicho, pero, en mi opinión, solo eran indicios, y en esta familia nos movemos por hechos contrastados. Este tipo de comportamientos equivalen a traición, y no los consentiré mientras sea el jefe.

—Por favor —Roberto se puso de rodillas, implorar era el último recurso que le quedaba—, te lo ruego, dame otra oportunidad. Me conoces, sabes que siempre mantengo mi palabra. Te prometo que respetaré las reglas de ahora en adelante, sean las que sean. Lo juro por mi vida, pero, por favor, no me mates.

Aquel momento era igual de duro para ambos. Ninguno de los dos deseaba aquel desenlace, pero Valentino no solo era el jefe, sino el líder de pensamiento y de conducta. El ejemplo vivo de cómo los Méndez debían manejar sus negocios y comportarse ante cualquier circunstancia. La ética profesional estaba por encima de todo y de todos, incluso de él mismo. Sin excepciones.

—Lo siento.

Apretó el gatillo y desterró a Roberto del mundo de los vivos.

Contempló su cadáver durante unos segundos. Los ojos inertes de Roberto se clavaron en el fondo de su alma, pero se negó a dejarse llevar por los remordimientos.

—Fundar tu propia familia... Qué ocurrencia.

Al fijarse en el otro cadáver, experimentó una sensación distinta. En lo personal, no había lamentado demasiado la muerte de Lorenzo, y gracias a ella se había convertido en el jefe de la familia Méndez, con lo cual, no podía evitar cierta gratitud hacia Damián.

—Mira que has dado guerra, cabrón.

Sacó su móvil y llamó al capitán que lo había sustituido al frente del tráfico de armas. Tuvo que hacerlo tres veces, hasta que por fin le contestó:

—Diga, jefe.

—Envía a dos de tus chicos cuanto antes a la dirección que te voy a enviar. Tenemos dos cadáveres y una casa en llamas.

—Sí, jefe.

—Avísales de que los cadáveres son de gente conocida. Mañana recibirán una explicación al respecto.

—Sí, jefe.

—Convocaré también una reunión extraordinaria con todos los capitanes. Tengo noticias desagradables, pero no te preocupes por eso de momento. Envía a tus chicos y vete a la cama. Hablamos mañana.

—De acuerdo, jefe.

Valentino caminó hacia su coche reflexionando sobre cómo lo ocurrido había desembocado en la extinción de la estirpe de Luis Méndez. Por primera vez en la historia de la familia, ninguno de sus miembros pertenecía al linaje del fundador. Era el fin de la primera era, y él mismo sería el artífice de la segunda, con su propia mitología, normas y costumbres. Se sentía ufano.

Mientras abandonaba la escena a la luz de las llamas, la sangre de las bestias se hacía una con la tierra.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias.

A Ayoze, por devolverme la pasión por la escritura, que durante años estuvo guardada en un cajón. También, por supuesto, por sus comentarios sobre el primerísimo borrador de la novela.

A Pablo y Esther, por ponerle cara y ojos al manuscrito.

A mi familia, por estar ahí siempre.

A Dani y a Carlos, por tan larga y próspera amistad.

Y a ti, lector. El tiempo es lo más valioso que tenemos, y que hayas decidido invertir parte del tuyo en leer esta novela significa mucho para mí. Gracias.

Si te ha gustado el libro, te pido humildemente que escribas un comentario en la página de Amazon. Los comentarios me ayudan muchísimo a darle visibilidad a la novela, con lo cual más gente tendrá la oportunidad de encontrarla.

Gracias otra vez. Y recuerda, puedes seguirme en:

- Twitter: <https://bit.ly/2zrJpkD>
- Instagram: <https://bit.ly/3c2Qh52>
- Goodreads: <https://bit.ly/2M0AnO9>
- Mi blog: <https://bit.ly/2ZEnVM1>

CRÉDITOS

© Joel Rodríguez Alemán, 2020

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Índice

REGALO PARA LOS LECTORES

PRIMERA PARTE. UNA NUEVA VIDA

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

SEGUNDA PARTE. ECOS DEL PASADO

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31
AGRADECIMIENTOS
CRÉDITOS